QUE SE HAGA JUSTICIA

NORMAN FAIRBANKS



Que se haga justicia

Una novela de Norman Fairbanks

Índice

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte
- Capítulo veintidós
- Capítulo veintitrés
- Capítulo veinticuatro
- Capítulo veinticinco
- Capítulo veintiséis
- Capítulo veintisiete
- Capítulo veintiocho
- Capítulo veintinueve
- Capítulo treinta
- Capítulo treinta y uno
- Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Agradecimientos

Capítulo uno

La vida es como una partida de ajedrez. Tú eres el rey; la reina es esa persona especial, el amor de tu vida, tu compañera; la torre es tu casa, ese sitio seguro en donde puedes refugiarte cuando todo parece desmoronarse; el alfil es tu trabajo, por momentos capaz de hacerte olvidar de los problemas; y el caballo es tu mascota, fiel e incondicional. Luego, los peones son tus amigos, que en un comienzo son muchos, pero a medida que avanzas se van reduciendo cada vez más y más. En esta categoría podríamos incluir a los hijos, esas copias imperfectas de nosotros que pueden ser el tesoro más valioso del mundo, como nuestra perdición, y que, de igual modo, como con los amigos, al principio están, pero siempre terminan largándose y olvidándose de nosotros. Y así, nos vamos quedando cada vez más solos, como ese rey que intenta evitar lo inevitable, ese jaque mate que está al caer y que, a pesar de mostrarse ineludible, preferimos fingir que podemos evitarlo, aun cuando sabemos que es imposible, porque esa es nuestra naturaleza, negar lo evidente, seguir adelante como esas aves migratorias que vuelan guiadas por un instinto ancestral que nunca se desvanece, sumergidos en una infinita inercia sin principio ni final.

Muchas veces pienso que vivimos corriendo una carrera hacia el pasado, luchando por conservar aquello que ya no está, con la ilusión de que la meta sea un sitio diferente, capaz de hacernos sentir aquello que tanto añoramos, pero que no es más que el punto del que partimos, porque los caminos, sin importar que tan intrincados puedan llegar a ser, siempre terminan conduciéndonos a nuestros inicios, a nuestras raíces, a eso que nos hace ser quienes somos más allá de todos los adornos y potingues que podamos echarnos encima. Entonces, una vez que comprendemos que el destino es el mismo que el punto de partida, comenzamos a valorar el viaje, el proceso, eso que muchas veces se pasa por alto y se pretende olvidar. Así mismo, estaría mintiendo si digo que soy capaz de olvidar el proceso. Mi vida, como la de un rey en sus últimos movimientos, está marcada por la soledad, por la pérdida, y por una profesión que hizo que fuese capaz de sobrevivir hasta el día de hoy, cosa ciertamente irónica, ya que en cierta medida podría decir que mi trabajo me salvó la vida, solo que a costa de otras.

Mi profesión, o debería decir ex profesión ya que en estos momentos me encuentro retirado, aunque ciertamente no creo que uno pueda retirarse de un trabajo como el mío, es el de sicario. De ahí la ironía. Salvé mi vida tomando la de los demás.

Para la gran mayoría debo de ser un monstruo desalmado, y no los culpo, de hecho, ese es el modo en el que me veo cada vez que me miro al espejo, pero la realidad es mucho más complicada. No todo siempre es blanco o negro. La vida está repleta de grises, de demasiadas tonalidades de grises.

Comprendo el punto de vista de algunos que dicen que cuando se mata no hay nada que discutir. Eres un asesino y punto. Pero en ocasiones nos vemos en una encrucijada en donde la única salida es hacerlo.

Yo era igual que el resto del mundo, entendiendo por «resto del mundo» a las personas que tienen un trabajo de oficina y una familia feliz, pero de un día para otro mi vida se vio completamente transformada, y no, no fui el culpable.

Recuerdo hacer siempre lo que dictaminaban las normas de la sociedad. «Estudia, trabaja, cásate, compra una casa y ten muchos hijos». Hice todo tal y como lo decían los sabios, pero en mi caso no funcionó. En el divino testamento del capitalismo actual no está tipificado un apartado especial para los contratiempos, para aquellas cuestiones que pueden surgir de la nada y desbaratar todo tu mundo.

Mi familia estaba compuesta por Maggie, mi esposa, por Lucio, mi hijo, y por Pulgoso, mi perro. Siempre habíamos querido tener a la parejita, pero al dios de la fertilidad se le dio por concedernos una sola bendición. De igual modo, Lucio era todo nuestro mundo. Su sonrisa, tan dulce y pura como la de un ángel, siempre iluminaba nuestros días sin importar la oscuridad que nos envolviese. Recuerdo trabajar de sol a sol para darle todo, para asegurarme de que tuviese una vida mucho mejor que la mía, para que nunca tuviese que tener necesidad de algo… pero a pesar de todo aquel esfuerzo que realicé gustoso, no pude hacer nada para evitar que ocurriese lo que ocurrió.

A diferencia del dios de la fertilidad que se le dio por no concedernos otra bendición, al dios de la desgracia se le dio por iluminarnos, y no una, sino dos veces.

Primero, mi pequeñín especial, la luz de mis ojos, contrajo una rara enfermedad que justamente el seguro médico, aquello que siempre pagas «por si acaso», no cubrió, demostrando que el «por si acaso» es tan asquerosamente limitado como la capacidad de empatía de sus dueños.

Aún recuerdo las palabras de la zorra que me atendió en medio de todo el caos. «Lo siento, señor. En «Vida Sana Protegida» no podemos hacernos cargo de la enfermedad de su hijo. La cláusula diecisiete del inciso «K» de su contrato expone de manifiesto cuales son las exclusiones de cobertura. Es una lista muy breve, pero la enfermedad de su hijo se encuentra entre ellas. El señor Torrejón ya se lo dijo por teléfono. Ahora voy a tener que invitarlo a que se retire, por favor».

Recuerdo que me dijo todo aquello sin siquiera pestañear, sin siquiera titubear, como una grabación, como si estuviese hablando de objetos, de cosas sin vida, y no de mi hijo. Torrejón, quien estaba observando la secuencia desde la segunda planta con una expresión completamente deleznable, era el cabrón que me había dicho por teléfono que la aseguradora no cubriría los costos del tratamiento.

Maggie me había insistido con que viniese en persona, que al verme a los ojos cambiarían de opinión. Esa era Maggie, con aquella inquebrantable ingenuidad demasiado pura como para este mundo. Siempre le había envidiado aquella capacidad para ver el lado bueno de las personas, a pesar de que no lo hubiese.

¿Qué demonios iba a hacer ahora?

El costo del tratamiento era astronómico. La aplicación de la primera dosis del tratamiento valía lo mismo que un año de salario, sin mencionar que Lucio debía aplicarse dos dosis por mes, lo cual era económicamente imposible para nuestras realidades. Yo trabajaba en una fiscalía como asistente de investigación. Básicamente me la pasaba recopilando y analizando evidencia, preparando informes, investigando antecedentes, y demás cuestiones que no vienen al caso. Mi trabajo era bueno, pagaba bien, pero así y todo no alcanzaba. Maggie, por su parte, trabajaba como enfermera en el Hospital general, y su sueldo, a pesar de las horas extras, tampoco alcanzaba.

La única salida que teníamos era hipotecar la casa, aquel lugar que habíamos logrado comprar tras muchos años de esfuerzo y sacrificio, aquello que representaba el legado que

deseábamos dejarle a Lucio, aunque, teniendo en cuenta la situación actual, si no actuábamos cuanto antes, nunca podríamos dárselo.

Según los médicos, la enfermedad avanzaba a pasos agigantados, de a horas inclusive. Teníamos que actuar antes de que fuese demasiado tarde, y eso tampoco garantizaba el éxito. Según el médico a cargo, las posibilidades de que Lucio lograse salir con vida eran de un veinte por ciento, siempre y cuando se actuase de inmediato.

Haciendo uso de mis contactos, intenté que mi caso llegase lo antes posible a algún juez con un mínimo de humanidad, pero la justicia, tal y como suelen decir, es demasiado lenta cuando se trata de mortales comunes y corrientes. Supongo que si la sentencia fuese necesaria para un político estaría firmada en menos de cuarenta y ocho horas. Lamentablemente ni mi esposa ni yo éramos políticos. Tan solo éramos un matrimonio atravesando una crisis familiar, una situación de vida o muerte, una estafa por parte de un seguro médico que nunca tuvo problemas para cobrar su jugosa cuota mensual, pero que cuando lo necesitamos, se desvinculó de sus responsabilidades mediante una artimaña tan baja como los escrúpulos del cabrón de Torrejón.

Siempre lo pensé y lo seguiré pensando hasta que me muera. La justicia está supeditada al intelecto de quien la imparte.

Como sabíamos, la hipoteca solo alcanzaría para cubrir los primeros seis meses de tratamiento, ya que las dosis iban en ascenso con el pasar de los meses. Según el médico, para poder salvar a Lucio tendrían que suministrarle el tratamiento durante al menos un año.

Aquellos días la desesperación y la impotencia hicieron que no pudiese dormir. Andaba todo el día en busca de otro empleo, de otro ingreso extra durante las noches. Era imposible. En mi trabajo nadie se compadeció de lo que nos estaba ocurriendo. Simplemente me decían, «lo siento mucho», «ojalá se mejore pronto», o la frase que más detesté y detesto, «todo estará bien». A pesar de que una voz en mi interior me pedía a gritos que les dijese que nada estaría bien a menos que ganase la lotería o que a los gilipollas de la aseguradora se les diese por recapacitar su postura, no sabía cuál de las dos posibilidades era más probable, me llamé a silencio. No debía estallar con aquellas personas. No eran culpables de poseer una capacidad de comprensión sumamente miserable. Además, cabía la posibilidad de que pensasen de verdad que aquella suerte de optimismo a prueba de balas pudiese hacer algo por Lucio.

Hipotecamos la casa sin dudarlo, hicimos todas las horas extras que pudimos, los meses pasaron, y cuando mi pequeñín estaba atravesando el cuarto mes del tratamiento, lo inevitable, aquel ochenta por ciento que se mantenía al acecho, terminó sucediendo. Recuerdo aquella mañana como si hubiese ocurrido hoy mismo. Estaba en el cuarto de hospital junto a él, tomando su pequeña mano que cada vez estaba más consumida, cuando de pronto, pude sentir que me la apretó por un instante, como queriendo decirme algo, como queriendo despedirse. Sus ojos se entreabrieron por un segundo, me miró a través de una bruma de dolor, y como una vela en medio de una tempestad, se apagó para siempre.

Ya no volvería a ver ni a oír aquella sonrisa, ya no volvería a jugar con él, ya no volvería a ser ese padre protector. En ese instante algo en mi interior se apagó, pude sentirlo. Algo se había roto, y por mucho que me esforzase, no se iba a reparar.

Maggie llegó al poco tiempo, estaba de guardia en ese momento. Nunca antes la había visto de ese modo. Sus ojos, que siempre estaban cargados de optimismo, estaban sumidos en la más profunda desesperanza. Su corazón se había roto, y lo que más me dolía es que no podía hacer nada para repararlo.

No sabía qué hacer, qué decir. Todo era demasiado irreal. Sabía que solo contábamos con un

veinte por ciento de posibilidades, pero como dije antes, continuaba creyendo que lo lograríamos, que solo sería una prueba que íbamos a superar. Mi pequeñín… tan solo tenía nueve años… toda una vida por delante… un mundo de sueños por cumplir… y ya no estaba… se había ido…

Durante los primeros dos meses tras la muerte de Lucio la relación con Maggie sufrió un gran deterioro. Era como si estuviésemos culpándonos mutuamente por no haber hecho más, cosa completamente estúpida, ya que ambos nos habíamos dejado la piel por pagar el jodido tratamiento, pero de igual modo, cuando algo así sucede, la razón se va de vacaciones, dejando en su lugar a la más cruel irracionalidad. A pesar de seguir amándonos, nos hicimos mucho daño. Nos dijimos cosas que no queríamos decir, pero que, debido a la frustración y la impotencia generadas, salían de nuestras bocas casi de un modo inconsciente.

Puede que estuviésemos buscando un responsable para aquella tragedia, aunque bueno, quizás no lo había.

Nuestro hipotecado hogar se convirtió en un sitio de paso, en donde solo concurríamos para dormir unas pocas horas, bañarnos, y seguir nuestras jornadas laborales. Pese a la tragedia, debíamos seguir trabajando para pagar la deuda. Nadie comprende lo difícil que es seguir adelante cuando aquello por lo que tanto luchaste se va, dejándote un vacío imposible de llenar. Si ya de por sí se me hacía difícil llevar adelante aquella vida destinada al trabajo de sol a sol, ahora se me hacía un infierno. El motor de todo, mi pequeñín especial, ya no estaba, pero las deudas seguían, la vida seguía.

En la fiscalía tan solo me habían dado una semana por el duelo. Una semana. Como si siete jodidos días pudiesen bastar para sanar la enorme cicatriz que tenía por dentro. Era increíble. Uno desviviéndose por la institución, dejando todo en cada jornada laboral, pensando que es algo más que un simple número de legajo, pero cuando la realidad toca a la puerta, se da cuenta de que solo es un pedazo de excremento que incordia con su olor y que buscan botar cuanto antes.

El trabajo era un infierno, mi hogar era un infierno. No tenía paz en ningún momento, en ningún lugar.

Maggie ni siquiera podía verme a los ojos sin estallar en una escena de furia desconsolada. El único que estaba allí para mí, aunque también estuviese sufriendo la pérdida de Lucio, era Pulgoso. Él siempre estaba dispuesto a sentarse a mi lado, escucharme llorar, y lamer mis lágrimas, como un ángel guardián.

Una noche, cuando casualmente coincidimos con Maggie, últimamente a penas nos cruzábamos, pude notarla extraña.

Había algo en su mirada. Al rencor que había habitado sus ojos durante todo este último tiempo se le había sumado otro sentimiento. ¿Miedo?

—Fausto… —me había dicho con voz temblorosa parada en medio de una cocina cargada de nostalgia y pesar.

—¿Qué ocurre, Maggie? —le pregunté con un tono más descortés del que me hubiese gustado.

—Ocurre que me estoy muriendo… —sus palabras se vieron consumidas por un llanto desconsolado.

—¿Q-q-qué…? —no logré terminar de formular la pregunta que las lágrimas habían comenzado a desbordar mis cansados ojos.

—Tengo cáncer… —me dijo entre sollozos.

Mi mundo, aquel que aún seguía de pie, terminó de desmoronarse por completo.

¿Cómo era posible que otra desgracia golpease a mi puerta en tan poco tiempo? ¿Cómo era posible que, habiendo tantas personas nefastas, miserables, merecedoras de un castigo divino, le tocase a mi hijo y a mi esposa?

—Podremos salir adelante… —fue lo primero que logré decir mientras la abrazaba.

—No lo lograré… —su voz apenas se escuchó— Ya hizo metástasis…

—¿Eso qué significa? —sabía lo que significaba, pero no quería aceptarlo.

—Significa que mi tiempo se acaba. Creí que el dolor de cabeza era por todo lo de Lucio… pero el melanoma hizo metástasis cerebral, y no solo eso, sino que también hizo metástasis ósea. Hoy me lo confirmaron. También tengo comprometido el esternón…

Maggie me hablaba, pero no podía creer lo que estaba escuchando. No. No de nuevo. No otra vez a mí. ¿Por qué?

—Tiene que haber un tratamiento. Dime que lo hay —le dije mientras la miraba a los ojos a través de un mar de lágrimas.

—Lo hay… pero es demasiado costoso…

—¿Y el seguro médico? —le pregunté de inmediato.

—Ya no lo tenemos… Cuando empezamos a pagar el tratamiento de Lucio acortamos todos los gastos, y entre ellos estaba el seguro médico… Está bien, cariño. Las cosas suceden por algo. No llores.

No podía creerlo. Allí estaba Maggie, con su inquebrantable optimismo aún después de haber sido diagnosticada con cáncer y de haber perdido a Lucio. No sabía de dónde sacaba ese espíritu.

A pesar de sentir que me desmoronaba por dentro, debía mantenerme firme por ella. No podía darme el lujo de flaquear.

—Saldremos adelante. Yo me encargaré. Tú solo preocúpate por descansar. A partir de hoy tu tarea será quedarte en casa y descansar. ¿Me oíste?

—Fausto… La casa está hipotecada, no tenemos ahorros, yo no puedo hacer más horas extras. ¿De dónde piensas sacar el dinero?

—De algún sitio lo conseguiré. ¿De cuánto estamos hablando? —mi mente ya estaba haciendo cuentas, buscando algún modo de conseguir dinero.

—Demasiado… El tratamiento entero cuesta lo mismo que esta casa, la cual, como bien sabes, hipotecamos. No quería cargarte mis problemas. Sé que han sido meses difíciles, y créeme cuando digo que lamento todo lo que te he dicho. El rencor y la tristeza hablaron por mí….

—Nada de eso. No son tus problemas, son nuestros. Y como el matrimonio que somos, saldremos adelante juntos. No tienes nada que lamentar. Yo me he comportado como un idiota —la abrasé fuertemente, deseando que mis brazos pudiesen absorber aquella enfermedad que estaba consumiéndola por dentro—. Te amo… —le susurré al oído mientras sentía su cálido cuerpo contra el mío.

Dios. Daría lo que fuese por dar mi vida en lugar de la de ella.

La desgracia había logrado reunirnos nuevamente, hacernos actuar como un matrimonio. Si tuviese que adivinar lo que estaba pensando Maggie, juraría que estaría pensando aquello.

Nos quedamos fundidos en un abrazo bajo la débil luz de una lámpara que cada vez brillaba con menos fuerzas, al igual que mi determinación. Debía buscar un modo de conseguir dinero, y debía de hacerlo cuanto antes.

Según lo que le habían dicho los doctores, el melanoma estaba en estadio cuatro, lo cual significaba, resumidamente, que el tiempo apremiaba.

Por mi parte no había familiares a los que pedirles dinero. Mi familia, la cual era muy

reducida, se había reducido aún más cuando mis padres habían fallecido. Mis tíos y primos, al igual que los familiares de Maggie, eran personas humildes que apenas lograban vivir al día. La familia no era una opción.

En el trabajo nadie pudo brindarme una ayuda, cosa que no me extrañó en lo absoluto. A la hora de dar buenos deseos todo el mundo se llenaba la boca, pero cuando había que actuar, ahí la cosa cambiaba. Como se suele decir, es muy fácil ser moralista, pero es muy difícil tener moral.

De todos modos, este era mi asunto, y yo debía encontrar el modo de solucionarlo. Maggie contaba conmigo. Ya le había fallado a Lucio, no iba a fallarle a ella, no otra vez.

Mientras buscaba un modo de conseguir el dinero, presenté una petición ante las autoridades pertinentes del sistema de salud estatal, aclarando el caso de mi esposa, el modo en que habíamos perdido a nuestro hijo, y bueno, básicamente exponiendo todo lo que nos estaba ocurriendo. A pesar de saber que aquella petición probablemente nunca encontrase destino, en el fondo de mi ser, muy en el fondo, guardaba una leve esperanza de que al menos una vez las cosas funcionasen.

Sin importar mis esfuerzos para que mi petición sea tenida en cuenta antes de tiempo, pasaron dos meses, y las novedades brillaban por su ausencia. Mis contactos del trabajo me decían que estaban siendo tiempos difíciles para el estado, que no era un buen momento para la salud pública, y que la agenda política giraba en torno a otras cuestiones más relevantes. Ciertamente me preguntaba que podría ser más importante que la vida de las personas.

Maldita y obsoleta burocracia. Siempre la había odiado, y ahora la odiaba mucho más.

Mi desesperación estaba escalando a niveles insoportables, cuando una tarde a última hora, poco antes de que me marchase de la oficina, un excompañero tocó a mi puerta.

—¿Pedro? —pregunté extrañado al verlo allí.

Pedro había trabajado en la fiscalía como abogado asistente hacía ya varios años. Nuestra relación, estrictamente profesional, solo se había limitado a intercambiar algunas apreciaciones profesionales, compartir un café, y poco más. Ambos habíamos entrado a la fiscalía casi al mismo tiempo, solo que él había decidido irse a otro sitio luego de unos años.

—Fausto, viejo amigo. ¿Cómo estás? —me dijo con una camaradería que dudaba correspondiese para la relación que recordaba tener con él.

Pedro vestía un traje elegante, bien planchado, llevaba su pelo castaño oscuro peinado hacia atrás con gel, y sostenía un maletín negro.

—Estoy… —comencé a decir, cuando levantó ambas manos para interrumpirme, exhibiendo un reloj de oro que brilló en medio de la oficina en penumbras.

—Perdón. No debí de hacer semejante pregunta estúpida. Lo lamento profundamente, de verdad —se llevó una mano al corazón al tiempo que apoyaba el maletín en el suelo.

—Está bien. No hace falta…

—Sí que hace falta. Tú eres un amigo, y uno debe de estar para los amigos.

Aquello estaba siendo demasiado extraño. Un sujeto al que no veía hace más de seis años estaba tratándome como si fuésemos íntimos amigos, y algo en su actitud me daba mala espina.

Siempre había tenido un sexto sentido para identificar cuando las personas venían con intenciones ocultas, y Pedro estaba ocultando su verdadera intención.

—Me encantaría quedarme a charlar un poco, pero lamentablemente me pillas de salida. Tengo que ir a casa…

—Lo sé. Maggie te está esperando —dijo, mostrando un gesto de comprensión y solemnidad.

—Sí… —lo escudriñé.

—No quiero robarte mucho tiempo, pero estoy seguro de que te interesará lo que tengo para contarte.

—No entiendo…

—Déjame hablar y lo entenderás —me interrumpió, a lo cual asentí en silencio. Pedro se había ganado mi atención—. Fausto —continuó—, sé muy bien por lo que estás atravesando. Aquí los rumores vuelan, y me llegó la información de que estabas buscando otro trabajo, o, mejor dicho, un ingreso extra —asentí—. Verás, tengo una proposición que no podrás rechazar.

Ya había estado llamando a diferentes usureros, de esos que te rompen las piernas si no les pagas, pero ni la escoria más podrida me había otorgado un crédito. ¿Acaso Pedro sería peor que los usureros?

—¿Necesitas que te ayude con un caso? —intenté adivinar, manteniendo la mente abierta.

—Algo así.

—¿Qué necesitas que haga? —quise ir directo al grano.

—Siempre me agradó esa actitud sin rodeos. —sonrió, y algo en su mueca me generó un fuerte rechazo—. Verás, esto no es fácil de decir.

—Pues simplemente dilo sin pensarlo. Suele funcionar —lo insté.

Me señaló con el dedo índice de la mano derecha mientras esbozaba nuevamente su sonrisa.

—Está bien. Verás, Fausto, no sé si lo sabes, pero desde hace ya tres años que tengo mi propia firma. El bufete no cuenta con mucho prestigio, aún, pero estoy seguro de que si sigo haciendo las cosas como hasta ahora lo alcanzará sin lugar a dudas.

Genial. Estaba atravesando el peor momento de mi vida, y todo lo que necesitaba es que un antiguo colega me viniese a refregar su éxito.

—Me alegro por ti… —dije con tono apremiante, dándole a entender que no se fuese con rodeos.

—Gracias —asintió levemente con la cabeza—. Pero bueno, yendo directo al grano, el motivo por el que estoy aquí es por un cliente.

—¿Necesitas ayuda legal?

Nunca había ejercido como abogado fuera de la fiscalía, donde ciertamente no hacía el trabajo que uno espera cuando decide estudiar abogacía, sin embargo, si el desempolvar mis conocimientos significaba cobrar un dinero que Maggie necesitaba, lo haría sin dudarlo.

—No exactamente —el tono de Pedro cambió levemente.

—¿Entonces?

—Digamos que necesito que hagas un favor para mi cliente.

Esto ya no me estaba gustando. Si Pedro necesitaba que le hiciese un favor a su cliente, eso significaba que él no podía hacerlo, lo cual se traducía directamente en algo ilegal.

—¿Quieres que desaparezca evidencia, que plante evidencia falsa, o que testifique a favor de tu cliente? —fueron las primeras posibilidades que me vinieron a la cabeza.

—Veo que eres más agudo de lo que recordaba —se rascó la barbilla—. No es nada de eso, sin embargo, estás medianamente orientado en la raíz de la cuestión —hizo una breve pausa—. Antes de decirte lo que debes hacer, necesito que me prometas total confidencialidad. Una vez que lo sepas, no podrás contárselo a nadie por nada del mundo.

—No puedo hacerte esa promesa con tan poca información. Me estás pidiendo demasiado.

—Porque justamente te estoy ofreciendo demasiado —se llevó las manos a los bolsillos.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunté intrigado.

—De lo suficiente como para costear los próximos seis meses de tratamiento para Maggie.

—¿Cómo? —no pude disimular la sorpresa.

—Estuve haciendo mis deberes. Como imaginarás, no iba a venir hasta aquí a hacerte una propuesta sin antes hacer las pertinentes averiguaciones.

Eso me gustaba aún menos. Significaba que sabía de mi desesperación.

—Está bien. Te prometo que no se lo contaré a nadie —dije, y antes de que Pedro comenzase a hablar, añadí—. Eso no significa que haré lo que me pidas. Simplemente significa que no se lo diré a nadie.

El que Pedro no hubiese traído un contrato de confidencialidad significaba únicamente que la índole del favor era sumamente ilegal, pero, ¿qué tan ilegal?

«Un delito es un delito». Recuerdo que eso era lo que siempre me decía mi padre, un fiel defensor de la justicia.

En cierto punto tenía razón, pero la realidad es que existen distintos tipos de delitos. Una cosa es pasar un semáforo en rojo en medio de la madrugada en una calle desolada, que está mal, pero que tranquilamente puede ser un crimen sin víctima si se hace a una velocidad prudencial luego de mirar hacia ambos lados. Al fin y al cabo, el esperar en un semáforo en rojo en medio de la madrugada puede ser una perfecta invitación para un maleante. Y otra cosa, muy distinta, era robar, violar, o matar. Eso ya era un delito en toda regla y siempre me había generado un fuerte rechazo. Si Pedro me pedía que hiciese algo para encubrir a un ladrón, un violador, o peor aún, un asesino, ni por todo el dinero del mundo le diría que sí… aunque… en la presente situación, mi sentido de la moralidad no me estaba ayudando en lo absoluto, de hecho, mi esposa estaba a la espera de que la justicia, esa justicia que tanto defendía mi padre, fallase a favor de nosotros para comenzar con el tratamiento. El tiempo seguía corriendo, y cada día que perdíamos esperando la decisión de un juez hacía que las posibilidades de Maggie de salir con vida disminuyesen.

—Te haré caso y simplemente lo diré. Tienes que matar a una persona.

Pedro, quien claramente era peor que los usureros, me soltó aquello con una liviandad que indicaba que no era la primera vez que lo decía.

¿Acaso habría estado fingiendo todo aquel nerviosismo previo?

—¿Qué acabas de decir? —intenté ganar tiempo para terminar de procesar aquello.

—Necesito que mates a alguien. No puedo darte muchos más detalles, ni nombres, como supongo debes comprender, pero si prefieres saberlo, se lo merece.

—Espera un segundo. ¿Me estás pidiendo que mate a alguien?

—Técnicamente hablando, sí. Tú me haces ese favor, yo te pago por los servicios prestados, mi cliente se libera de un dolor de cabeza, y todo el mundo es feliz.

—Todo el mundo menos el sujeto al que tengo que matar…

—Siempre existen daños colaterales. Además, como dicen, si quieres la paz, prepárate para la guerra…

—¿Por qué yo? —lo interrumpí antes de que continuase por aquella senda de refranes.

—Primero, porque, como te dije, sé que necesitas el dinero. Segundo, porque sé que eres capaz de hacerlo —De algún modo Pedro conocía mi pasado—. Y tercero, porque algo me dice que te gustaría tomar la justicia por tus manos.

—Yo…

—Vamos, Fausto. Sé muy bien lo que ocurrió con Lucio. Esos malditos de la aseguradora siempre buscan el recoveco legal para no hacerse cargo. Dime, ¿no sentiste el deseo de tomar la justicia por tus manos en ese momento?

—Una cosa es el deseo que puede embargarte en un momento dado, y otra, muy distinta, es el tomar acción. ¿Acaso crees que soy un psicópata?

—No necesariamente. La gente suele pensar que los asesinos, o si quieres decirlo con otras palabras, aquellos que les quitan la vida a otros, son personas retorcidas, completamente enajenadas de la realidad, inmersas en su mundo de caos y muerte, pero la verdad suele ser más ordinaria de lo que creen. El quitar una vida no es algo reservado exclusivamente a los psicópatas. De lo contrario, quien debiera oficiar de verdugo ante una pena de muerte debería de serlo, y generalmente no es así, aunque no pondría las manos en el fuego por nadie.

¿Aquello había sido una broma?

—¿Te estás escuchando? —inquirí con una mezcla de indignación y aturdimiento.

—La pregunta debería de ser si tú me estás escuchando, si tú estás escuchando la realidad que te está abofeteando en la cara. Tu hijo murió, y no pudiste hacer nada. Ahora, tu esposa, el amor de tu vida, está muriéndose, y de nuevo, no puedes hacer nada. El sistema se encargó de despojarte de todas las herramientas que tenías para afrontar este duro momento, y yo, sin ánimos de encasillarme como un héroe, vengo a traerte una solución, una salida —hizo una breve pausa—. Es tu decisión. No pienso presionarte. Sin embargo, debes recordar que la persona a la que tienes que matar es una escoria, y que el mundo será un lugar mejor sin él.

—¿Es un hombre? —pregunté al cabo de algunos segundos.

—Así es —asintió—. ¿Qué dices? ¿Tenemos un trato? —me extendió su mano.

Matar a alguien… Volverme un asesino… Dios. Estaba a punto de firmar un contrato con el Diablo. Estaba a punto de vender mi alma… aunque bueno, tampoco es que me quedase mucho que vender. Cuando Lucio partió, una parte dentro de mí partió con él, y si Maggie seguía sus pasos, todo lo que quedaba de mí se iría con ella… sin embargo, eso no era una justificación para matar a alguien… ¿o sí? ¿La vida de un extraño valía más que la de mi amada esposa? No lo sabía, aunque sí sabía que aquel extraño no era una persona de bien, si es que Pedro no me mentía, cosa completamente posible. Quizás me estuviese diciendo lo que necesitaba oír para tomar la decisión. De seguro ya había lidiado antes con esta situación.

Mis principios me gritaban que no le diese la mano, que no aceptase, que el matar estaba mal, joder, ese sí que era un delito con D mayúscula. Me convertiría en un asesino, y por mucho que quisiese, esa mancha ya nunca se borraría, quedaría maldito para siempre… pero… ¿acaso no había deseado dar mi vida en lugar de la de Maggie? Esta era la oportunidad de volver en realidad mis deseos. Por más que lograse salirme con la mía y la justicia no me encontrase culpable, nunca iba a poder librarme del sentimiento de culpa, nunca iba a poder limpiar la sangre de mis manos.

En mi interior se desató una tormenta de sentimientos y pensamientos encontrados. Ya había hecho todo lo que estaba a mi alcance, y nada había bastado. No había otra salida más que esta.

—Tenemos un trato… —dije finalmente tras un largo debate interno y estreché la mano de Pedro.

En aquel momento mi vida cambiaría para siempre, y de un modo que nunca imaginaría.

Luego del apretón de manos, Pedro sacó de su maletín una carpeta marrón y me la entregó. En su interior se hallaba la foto de un sujeto. Me dijo que ese era el «blanco». Debajo de la foto había anotada una dirección, una fecha y una hora. Según lo que me dijo, el «blanco» estaría pasado mañana en aquel sitio a esa hora.

—¿Cómo voy a hacerlo? —le pregunté mientras sentía un leve mareo.

—Aquí tienes. —sacó una bolsa de papel madera de su maletín.

Sin comprender lo que ocurría, tomé la bolsa, sintiendo su peso, metí mi mano dentro, y mis dedos entraron en contacto con la fría superficie de un objeto metálico.

—¿Esto es…?

—Un arma. Sé que sabes usarla, pero si lo prefieres, puedes hacer el trabajo del modo en que gustes. Lo importante es que luego de matarlo te lleves la billetera y todo lo que sea de valor para que parezca un robo. El arma está limpia, bueno, en realidad está relacionada con otros crímenes que aún permanecen abiertos.

—¿Cómo…?

—No te preocupes. Eso simplemente significa que la policía irá tras los responsables de esos crímenes. Técnicamente hablando, estarías matando dos pájaros de un tiro.

—Odio que maten a los pájaros.

—Lo siento. Estarías haciendo un doble servicio a la comunidad. ¿Mejor? —rectificó.

—¿Y el dinero? —pregunté mientras mantenía la mirada fija en el arma.

—Aquí tienes la mitad —me entregó el maletín, el cual estaba lleno de dinero—. El resto lo tendrás una vez que pueda comprobar que el trabajo está hecho —se aclaró la garganta—. Muy bien. Eso es todo, Fausto. Espero de corazón que Maggie se mejore pronto. Estás haciendo lo correcto —me guiñó un ojo en gesto cómplice.

—Gracias…

—Si necesitas algo, no me llames, yo te buscaré ni bien me entere de que el trabajo está hecho. ¿Entendido?

Asentí en silencio.

Pedro se despidió con un «Nos vemos luego», como si hubiésemos tenido la típica charla de colegas del trabajo, y se fue de la oficina.

Una vez solo, mi cabeza comenzó a repasar toda la charla. Aquello era una locura, pero me había comprometido. Debía hacerlo por Maggie.

Volví a observar el arma, contemplando su brillo apagado, y recordé las tardes que había compartido junto a mi padre. A él le debía el saber manipular un arma de fuego. A pesar de que no me lo había dicho nunca, sabía muy bien que siempre le había hecho ilusión que formase parte de alguna fuerza de seguridad. Sin embargo, gracias a mi madre, dediqué mi vida a estudiar abogacía, y bueno, aquí estaba, trabajando en la fiscalía, y a punto de matar a alguien para salvar a mi esposa. Claramente los había decepcionado a ambos.

Recuerdo haber llegado a casa, pero no recuerdo haber conducido hasta allí. Mi mente estaba demasiado abarrotada por las incertidumbres, por el nerviosismo, por el modo en que iba a tener que llevar adelante la difícil misión que me había encomendado Pedro, y por la que me había pagado un adelanto, adelanto más que cuantioso y capaz de pagar el inicio del tratamiento de Maggie.

—¿Cómo? —me había dicho con lágrimas en los ojos.

—He conseguido que me otorguen un préstamo. Es una línea personal que ofrecen para los empleados de la oficina. Los intereses son sumamente bajos —solo me costaría mi alma—, y ofrecen una amplia gama de facilidades en caso de que se compliquen los pagos —mentí descaradamente—. Llamemos al doctor y comencemos cuanto antes el tratamiento... —antes de que pudiese continuar, Maggie me besó como no lo hacía hace tiempo. Aquel beso estaba cargado de sentimientos reprimidos, pero también de esperanza. Era increíble, pero parecía ser que el único modo de sobreponerse a una desgracia era sufrir otra.

Aún no acabábamos de superar la muerte de Lucio, aunque algo me decía que nunca la

superaríamos, y teníamos que lidiar con todo esto.

Maggie comenzó el tratamiento el día posterior. Era asombroso la velocidad con la que funcionaba todo cuando había dinero de por medio. Los médicos, tan éticos para algunas cosas, la atendieron sin demoras. Según el doctor a cargo, la situación de Maggie era sumamente delicada debido al tiempo que habíamos tardado en iniciar el tratamiento, no obstante, tenía fe de que iba a poder mejorarse. Lamentablemente aquella fe no lo había instado a comenzar el tratamiento antes, pero bueno, ya no era momento para pensar en lo que había podido ser. Esta era la realidad, y debíamos afrontarla con la mejor actitud. Ahora solo me quedaba lidiar con el asunto de la misión, y podría concentrar toda mi atención en mi esposa.

Aprovechando que Maggie debía permanecer internada los primeros días del tratamiento, según lo que nos habían informado la medicación era sumamente fuerte y era necesario tenerla monitoreada las veinticuatro horas por si acaso, tuve la casa sola para meditar y planear el modo en que iba a llevar adelante mi encargo.

Recuerdo los ojos de Pulgoso, observándome como si supiese lo que iba a hacer. Sin embargo, en aquella mirada no había reproches ni ánimos condenatorios, más bien había comprensión, o quizás era mi mente buscando el modo de no sentirme tan mal por lo que iba a hacer.

El día llegó, y una hora antes de la señalada ya me hallaba en el sitio. El lugar era un club de natación, el cual se hallaba completamente desolado. Al parecer a las personas no les agradaba nadar a las diez de la noche, cosa completamente entendible. ¿A quién se le podría cruzar por la cabeza nadar a esas horas? Bueno, quizás a alguien cuyo día empezaba muy temprano y terminaba muy tarde. Ciertamente era de admirar la fuerza de voluntad que había que tener para asistir en ese horario.

Por mal o por bien, el sitio se hallaba ideal para mi cometido. Las instalaciones parecían un tanto antiguas, y el sistema de seguridad se basaba únicamente en un perro que se encontraba atado a las afueras del estacionamiento. No había cámaras, ni serenos. El único empleado que había visto en la recepción esa tarde cuando había ido a preguntar por las clases, era un señor mayor que aparentemente vivía en el departamento contiguo al club. Me había informado que el sitio cerraba a las once y media, pero que las clases solo se dictaban hasta las ocho. El resto de horas hasta el cierre eran para nadar de manera libre, a lo que le dije que lo tendría en cuenta para más adelante, cuando pudiese nadar sin miedo a ahogarme.

Efectivamente, ya a esas horas no había entrenadores, y la última persona se había marchado hacía media hora.

Para mi fortuna, el acceso a los vestuarios estaba lo suficientemente alejado de la recepción, por lo que, luego de darle un poco de «doguitos» (el alimento favorito de Pulgoso) al pobre perro atado, pude escabullirme sin ser visto.

Una vez en los vestuarios, me metí en uno de los baños y cerré la puerta con pestillo. Ahora solo quedaba esperar a que el sujeto viniese a bañarse.

Mientras aguardaba, por mi mente pasó la posibilidad de que el sujeto decidiese pasarse por alto la ducha. No había contemplado esa posibilidad, y claramente estaría en problemas si eso ocurría, sin embargo, aparté rápidamente esa idea de mi cabeza. ¿Qué persona no se bañaría después de nadar? Con todos los químicos que se les echan a las piscinas es obligatorio bañarse de inmediato.

Aguardé sentado en el escusado con la tapa baja. Mis ojos solo podían observar el arma que descansaba entre mis manos. Aún no estaba del todo seguro si iba a utilizarla. También había

llevado un cuchillo, el cual sería mucho más sigiloso y me permitiría una huida mucho más tranquila, no obstante, el matarlo de ese modo implicaría un nivel de determinación mucho mayor. No era lo mismo hundir la hoja afilada de un cuchillo en la carne de un hombre, a tener que apretar un simple gatillo. Por más que pareciese una nimiedad, aquello me daba vueltas en la cabeza como un obstinado mosquito.

El tiempo pasó, y por un instante temí que el sujeto no viniese. Me parecía que habían pasado varias horas, de hecho, podría jurar que había estado sentado en aquel escusado desde hacía días, cuando de golpe, el ruido de la puerta me hizo volver en mí.

Había llegado la hora de la verdad. Estaba a punto de quitar una vida, puede que la vida de un criminal, pero una vida al fin.

Respiré hondo, intenté evocar todo lo que había planeado hacer, pero mi mente se había vuelto un revuelto amorfo de ideas a medio terminar. Dios. ¿Qué me estaba pasando?

Lo sabía. Aquella era la reacción normal, de alguien normal, a punto de hacer algo fuera de lo normal. Vamos, que no te preparan para matar a nadie.

Mi respiración se volvió errática, la sudoración empezó a poblar mi frente, mis axilas, mi cuello. La adrenalina estaba corriendo por todo mi cuerpo. Mi corazón parecía a punto de salirse de mi pecho. Mis piernas temblaban como si fuesen de gelatina. Todo mi ser estaba al borde del colapso, cuando de golpe, el rostro de Maggie eclipsó todo aquel carnaval de emociones. El bello rostro de mi amada, su calidez, su bondad, su pureza, pureza que siempre había podido ver en nuestro pequeñín, era todo lo que necesitaba para alcanzar la calma.

Debía concentrarme. Solo tenía una oportunidad.

No quería ni imaginarme lo que ocurriría si fallaba. Pedro parecía muy capaz de hacer algo mucho peor que los usureros a los que tanto temía. De seguro me implicaría en los crímenes relacionados con el arma. Dios. Lo mejor era no pensar en eso. No podía darle lugar a la negatividad. Eso diría Maggie. Siempre positividad.

La lluvia de la ducha comenzó a sonar con aquel ruido tan soporífero, sumiendo al vestuario en un ambiente propicio para el anonimato. El vapor se propagó rápidamente. Podrían no tener sistema de seguridad, pero el caudal de agua era impresionante.

Una vez alcanzada la calma suficiente, salí de la cabina, me acerqué al lavabo, y allí pude ver al sujeto.

Un hombre, quizás de unos cuarenta años, estaba parado frente al espejo del lavatorio contiguo al mío. Parecía estar contemplando su torso desnudo, como controlando que todo seguiese en su sitio.

Mi presencia no lo incomodó en lo absoluto ni hizo que depusiese esa actitud. Simplemente me observó por un instante, hizo un leve gesto de cortesía con la cabeza, y siguió posando.

Mi respiración comenzó a acelerarse otra vez.

—¿Ha estado difícil la cosa allí dentro? —me dijo mientras señalaba hacia el sanitario.

—Un poco… —dije con la vista fija en el espejo mientras continuaba lavándome las manos.

Podía sentir el frío del metal del arma en mi cintura, como así también el peso del cuchillo en mi bolsillo derecho.

—Es la primera vez que te veo por aquí. ¿Eres nuevo? —comenzó a escudriñarme.

—Así es… —bajé la mirada hacia mis manos.

—Creo que te vendría bien venir más seguido. El cuerpo a partir de determinada edad comienza a pasarnos factura.

—Puede ser… —no estaba del todo de acuerdo con eso, pero no era momento para debates.

—¿Acaso puedes responder con más de dos palabras, o es que tienes algún tipo de problema mental? —me increpó de un modo cuanto menos descortés.

—No suelo entablar charlas con extraños que tienen el torso desnudo —respondí sin levantar la mirada de mis manos.

—Vaya. Veo que eres un pringado. ¿Qué tanto te estás lavando las manos? ¿Acaso acabas de matar a alguien? —soltó y comenzó a reír solo.

Dios. Aquella risa sí que era despreciable.

No sabía si Pedro me había mentido, pero definitivamente no me caía bien.

Ante mi silencio, el sujeto se dio la vuelta, se quitó el traje de baño, y comenzó a caminar hacia las duchas.

Mis ojos pasearon por el suelo, el cual no poseía ningún dispositivo antideslizante ni maderas, solo cerámicos, de esos que te patinas si los miras muy fijamente.

En ese instante una idea atravesó mi cabeza. Quizás no necesitaría utilizar el arma ni el cuchillo.

Aprovechando que el sujeto estaba desprevenido, me acerqué envuelto por el manto de vapor, y sin pensarlo dos veces, lo empujé con todas mis fuerzas hacia un muro que sobresalía a un costado, el cual marcaba el inicio de las duchas.

El piso, completamente empapado, hizo el resto por mí.

El sujeto soltó un breve grito que apenas se oyó por sobre la lluvia. Intentó evitar el impacto contra el muro, pero su intento solo consiguió lo opuesto. Sus pies, sin las pertinentes sandalias para evitar el contagio de algún hongo, no lograron frenar el empujón que le había dado, y viajaron en sentidos opuestos, haciendo que sus rodillas se doblasen de un modo que dolía de solo verlo.

Con el tren inferior completamente desestabilizado, su cabeza, que había efectuado un latigazo hacia atrás, se fue directo contra el borde del muro que sobresalía.

Su sien impactó de lleno, acallando aquel grito que apenas había alcanzado a salir desde su interior.

Segundos más tarde, el suelo, de un blanco inmaculado, se hallaba teñido de rojo.

El agua se llevaba un hilo de sangre desde su cabeza, dirigiéndolo hasta el desagüe que claramente estaba obstruido.

El hilo rápidamente se convirtió en un arroyo, y antes de que pudiese terminar de reaccionar lo había invadido todo. La zona de las duchas se había vuelto la escena de un crimen sanguinario. Un crimen que solo había bastado con un empujón.

Si la suerte estaba de mi lado, la justicia determinaría que la muerte había sido por accidente. Un piso resbaloso, un hombre que no tenía puestas las sandalias pertinentes. Vamos, que teniendo en cuenta el modo en que trabajaba la policía, lo cerrarían para antes de que pudiese desayunar.

Salí de la escena con una extraña sensación en mi interior, o mejor dicho una extraña ausencia de sensación en mi interior. Aquella ausencia me llenaba de miedo. Por primera vez en mi vida tenía miedo de mí mismo, de lo que era capaz de hacer. ¿Qué se suponía que debía de sentir? ¿Por qué mi moral no me detuvo? ¿Tantas injusticias habrían apagado mi conciencia? ¿Acaso se habría roto algo en mi interior, o siempre habría estado roto?

Regresé a casa, me metí bajó la ducha, y dejé que el agua caliente se llevase todos mis problemas, o al menos que lo intentase. Sabía que por más que me quedase bajo el agua durante un mes seguido mi situación no iba a cambiar. Había matado a alguien.

Tras salir de la ducha intenté comer algo, pero el sándwich que me había preparado terminó siendo comido por Pulgoso, quien parecía observarme con gesto cómplice, casi piadoso.

Al día siguiente, cuando estaba por salir hacia el hospital, una carta bajo la puerta captó mi atención. En ella estaba escrita la dirección de un parque, una hora, y al pie decía que fuese puntual. A pesar de que la nota no estaba firmada, sabía que se trataba de Pedro.

La cita estaba estipulada para dentro de media hora, por lo que tendría que esperar para ir al hospital.

Efectivamente, se trataba de Pedro. Este estaba sentado en un asiento de madera, contemplando a las palomas que comían, hasta que, al verme, se puso de pie.

—Fausto —esbozó su sonrisa.

—Pedro —lo saludé escuetamente.

—Debo confesar que me sorprendiste. Bien jugado.

—Espero que de verdad se lo haya merecido.

—Desde luego. Ese maldito era un violador. La justicia lo dejó en libertad en varias oportunidades por falta de pruebas. Le has hecho un bien a la sociedad.

—Si tú lo dices…

—Muy bien. El tiempo apremia, y como prometí, aquí está lo tuyo —señaló hacia un maletín que se hallaba junto al asiento de madera—. Deja que me vaya y espera unos minutos antes de tomarlo. Nadie debería de estar viéndonos, fue una muerte accidental, pero uno nunca sabe —observó la hora en su reloj de oro—. Me encantaría quedarme a charlar, pero tengo un día muy ocupado.

—Espera… ¿Ya está?

—Así es. ¿Te pensabas que era un mafioso o algo por el estilo? —sonrió—. Confío en que no abrirás la boca, por el bien tuyo y de Maggie —su mirada se tornó más intensa—. Si quieres, llegado el caso, cuando surja otro «trabajo», te contactaré.

—¿Sueles tener muchos «trabajos» de este estilo?

—No me mires así. Solo ofrezco una solución a los problemas que se escapan de la justicia, y como todo trabajo, cobro mis honorarios —hizo una breve pausa, volvió a observar su reloj, y añadió—. Yo te buscaré.

—Espera —lo frené—. Tengo que darte el arma —me llevé la mano a la cintura.

—Nada de eso. ¿Estás loco? Guárdala en un lugar seguro. Algo me dice que en algún momento puedes llegar a necesitarla. Adiós, Fausto. Nos vemos pronto. Envíale saludos a Maggie.

Asentí con la cabeza a pesar de que no pensaba enviarle sus saludos, y lo observé partir.

Me quedé sentado en el asiento de madera durante cinco minutos, observando a las palomas, hasta que cuando lo creí prudente, tomé el maletín y volví a mi hipotecado hogar.

Antes de salir para el hospital guardé el arma en un sitio seguro, controlé que estuviese todo el dinero, y luego de despedirme de Pulgoso, ya estaba listo para ir en busca de calma en los brazos de mi amada esposa.

Mi mano había tomado el picaporte, cuando mi teléfono comenzó a sonar.

Primero pensé que sería de la oficina. Había pedido el día libre, pero sabía que esas cosas no les importaban cuando querían tocarte las narices.

Estuve a punto de no contestar, pero algo hizo que lo sacase de mi bolsillo.

La pantalla mostraba un número que no conocía, pero que raramente se me hacía familiar.

—Hola… —dije dubitativo.

—Señor Belmonte —dijo la voz de una mujer.

—Soy yo…

—Me comunico desde el hospital San Nicolás. Necesitamos que venga de inmediato… —no terminé de oír lo que me estaba diciendo que salí corriendo como poseído por el demonio.

Aquello que me había llevado a atender, ahora me estaba haciendo conducir a toda velocidad por la ciudad.

Llegué al hospital en menos de diez minutos. Corrí hasta la habitación de Maggie, pero el médico a cargo me interceptó antes de que pudiese entrar.

—Fausto… Lo lamento…

—¿Qué lamenta? ¿Dónde está Maggie? ¿Dónde está mi esposa? ¡Déjeme verla! ¡Hágase a un lado si no quiere que me ponga violento! —empecé a vociferar.

Un empleado de seguridad que se hallaba realizando una ronda intentó tomarme del brazo, pero el médico lo detuvo.

—Fausto… Maggie sufrió un ataque… Su cuerpo no pudo soportarlo más. Lo siento —hizo una breve pausa, dio un paso al costado, liberando la puerta a la habitación, y añadió—. Puedes pasar a verla antes de que se la lleven.

Maggie… Mi Maggie… Mi mundo…

Entré en la habitación completamente enceguecido por el dolor y las lágrimas. Me abalancé sobre el cuerpo de mi amada esposa, quien yacía sobre la cama con los ojos cerrados y una expresión de paz absoluta en su rostro.

La abracé con todas mis fuerzas deseando que nada ni nadie me separase de ella. La abracé deseando poder transmitirle mi calor. La abracé deseando poder retroceder el tiempo. La abracé deseando ser yo el que partía de este mundo.

¿Por qué me estaba pasando esto? ¿Por qué Dios me estaba castigando de este modo? ¿Por qué me había quedado solo?

Cielos. Mi alma se había roto en mil pedazos… pedazos que se iban desintegrando al tiempo que caían en las profundidades de mi oscuridad… una oscuridad tan impenetrable como insoslayable… Ya no me quedaba nada por lo que vivir… Ya no era nadie en este mundo… Me había vuelto un ser vacío…

Capítulo dos

Tras la muerte de Maggie, mi vida se volvió una sucesión interminable de agónicos segundos. Ya no le encontraba sentido a nada, ni siquiera a cuidar del pobre de Pulgoso, quien me observaba y parecía compartir mi sufrimiento.

La casa se había vuelto un sitio que solo me recordaba todo aquello que una vez había amado pero que ya no estaba. Mi esposa… mi hijo… mi familia… Lo había perdido todo… Absolutamente todo… Hasta mi humanidad tras haber aceptado aquel sucio acuerdo con Pedro.

Me sentía un ser miserable, desgraciado. Tan solo deambulaba por los pasillos de la casa, intentando rememorar alguna época feliz, alguna época en donde estaban Maggie y Lucio, pero el dolor de sus partidas, el dolor de esta soledad, hacía que fuese imposible. Mi mente solo era capaz de evocar pensamientos fatalistas. Tal es así, que una noche tormentosa, cuando ya creí no ser capaz de continuar con aquella tortura, tomé el arma que me había dado Pedro, me senté en la cama que tantas noches había sabido ser el nido de amor de nuestro matrimonio, y sin pensarlo dos veces, me llevé el cañón a la sien.

El frío del metal erizó el bello de mis brazos. La solidez del borde del cañón se hundió en mi piel. Aquella mezcla de aceite y pólvora me impregnó las fosas nasales. Aquel era el olor de la muerte.

Llevé mi dedo tembloroso al gatillo, decidido a poner fin a mi existencia, cuando de pronto, Pulgoso apareció en la habitación.

Sus ojos, semejantes a dos monedas pulidas, me observaban entre la penumbra. Ahora sí que era una mirada condenatoria, llena de reproches.

Estaba siendo un ser inmundo. Iba a abandonar a Pulgoso, dejándolo a su suerte, huérfano por completo. Aquello hizo que me odiase aún más.

—Lo siento… —recuerdo haberle dicho mientras lo miraba lleno de culpa—. Pero no puedo continuar… ya no más… Este dolor es demasiado fuerte…

Por mucho que quisiese a Pulgoso, no era capaz de continuar. No de este modo.

Aún con la intención de quitarme la vida, aparté la pistola de mi sien, me levanté de la cama, e hice que Pulgoso me siguiese hasta la puerta de entrada.

No podía dejar que se quedase en aquella casa con mi cadáver. Podrían pasar días, incluso semanas hasta que alguien me encontrase, y eso significaría la muerte para mi querido amigo. Debía de instarlo a que se fuese, a que buscase un nuevo un hogar, una nueva familia, un nuevo amo, un amo que no estuviese roto por dentro, un amo que tuviese algo por lo que seguir adelante.

Me puse en cuclillas, quedando cara a cara con él. Lo acaricié detrás de las orejas como siempre solía hacer. Lo observé fijamente a los ojos al tiempo que le volvía a pedir perdón, lo abracé por última vez, y volví a incorporarme, completamente decidido a continuar con mi cometido.

Mi mano estaba por tomar el picaporte, pero en ese instante sonó el timbre de entrada.

¿Quién sería a estas horas?

No estaba esperando a nadie, y una visita aguaría lo que tenía planeado para mí. No estaba de

ánimos para recibir a nadie, y menos para fingir cortesía.

Aguardé un instante, esperando a que la falta de respuesta fuese suficiente como para disuadir al visitante nocturno, pero el timbre volvió a reverberar, en esta ocasión haciendo que Pulgoso reaccionase y respondiese con un ladrido.

Joder.

—Fausto. Abre de una maldita vez. Me estoy empapando —aquella era la voz de Pedro.

¿Qué demonios haría aquí? ¿Algo habría salido mal con mi «trabajo»?

Aquello ciertamente no era algo malo. Hasta cabría la posibilidad de que no tuviese que matarme y él me hiciese el favor.

Con el miedo anestesiado por la tristeza, abrí la puerta, decidido a que ocurriese lo que tuviese que ocurrir.

—Madre mía. Qué manera de llover —dijo Pedro al tiempo que entraba sin invitación.

—Adelante… —dije mientras retrocedía.

Pedro estaba vestido con su elegante traje y su reloj de oro. Llevaba un paraguas, pero este parecía no haber sido capaz de soportar la lluvia y el viento que azotaba a diestra y siniestra. Su cabello, tan prolijamente peinado en las anteriores ocasiones, ahora lucía alborotado, con un mechón que le dividía la frente a la mitad, asemejándose a una caricatura.

—Antes que nada, déjame decirte cuánto lo lamento. De verdad. Quiero que sepas que estoy para ti.

—Gracias… —respondí brevemente. Solo quería que se marchase para continuar con lo mío, o que me matase, aunque, a juzgar por el modo en que había iniciado la charla, dudaba que aquella opción fuese a materializarse.

—De seguro te estarás preguntando qué hago aquí en medio de una noche como esta, ¿verdad?

—Sí…

Parecía que tenía freído el cerebro. Mi lengua solo era capaz de modular una palabra a la vez.

—Estuve intentando contactarte en el trabajo, pero me dijeron que no estabas yendo. De hecho, por la información que llegó a mis oídos, si no das señales de vida en los próximos días, puede que te inicien un sumario, para luego pedir tu despido.

—Está bien… —Al menos había sido capaz de formular dos palabras seguidas.

—¿Está bien? Comprendo por lo que estás pasando, pero…

—Tú no comprendes en absoluto lo que estoy pasando. No vuelvas a decir algo así. Y si me quieren despedir, que lo hagan. Ya no me importa. Ya no me importa nada —mi cerebro logró hacer sinapsis de golpe.

—Perfecto. Procuraré no volver a mencionarlo. Y tienes razón, no puedo comprender lo que estás pasando. No tengo familia. Simplemente quise ser cortés.

—No es necesario que lo hagas. ¿A qué has venido?

—De acuerdo. Tan solo quise venir a hablar contigo por lo de Margarita.

Lo dudaba. Pedro no era de los tíos que andan por la vida preocupándose por las desgracias de los demás, a menos que pudiese sacar provecho de tal desgracia—. Además, quería felicitarte por el modo en que resolviste «el trabajo».

—Eso ya me lo habías dicho en el parque, y no hace falta que finjas congoja. Ve directo al grano. ¿Qué quieres? —mi paciencia había expirado con mis ganas de seguir viviendo.

—Veo que hoy no estás con ánimos de conversar —Dijo, y antes de que pudiese soltar otra réplica, añadió—. Estoy aquí por negocios.

—Ya no volveré a matar —a nadie que no sea yo—, si eso es lo que estabas buscando de mí. Ya no tengo nada por lo que luchar…

—Creo que llegué en un muy buen momento. ¿No es así? —le dijo a Pulgoso, buscando su complicidad—. Me esperaba una respuesta de ese estilo.

—¿Entonces? ¿A qué has venido?

—A convencerte de que continúes viviendo.

Vaya, se había dado cuenta de mi intención.

—¿Cómo…?

—El arma —señaló mi mano derecha—. Dudo que la hayas tomado para ver quién había tocado el timbre. Eso, sumado al modo en que estás hablando y te comportas, me indica que tenías planeado poner fin a tu existencia, cosa que, si me permites, considero un error garrafal.

No me había dado cuenta que aún estaba empuñando el arma. Me la llevé a la cintura de inmediato, como avergonzado.

—Yo no…

—No hace falta que finjas congoja —me esbozó una media sonrisa—. Ya te lo he dicho. No puedo comprender por lo que estás pasando, pero sí puedo ofrecerte una ayuda para lidiar con tus demonios, con tus pesares, con las injusticias que te empujaron a tomar esa decisión.

—No te entiendo…

—Si llegaste a este punto, es debido a que no encuentras un sentido a la vida, cosa realmente lógica, pero no por eso inalterable. Lo que hiciste en aquel club de natación fue algo muy bueno. Tienes un don, créeme. No cualquiera podría haberlo hecho de ese modo.

—Fue simplemente un acto de suerte…

—Nada de eso. La suerte no es algo que simplemente llega. Se construye, se forja con el tiempo, y tú, quizás de un modo inconsciente, la has forjado. Ahora, la pregunta es, ¿la usarás para algo que valga la pena?

—¿Matar personas te parece algo que valga la pena? Estoy maldito, y eso es por tu culpa… —hice una pausa, y antes de que Pedro pudiese decir algo, añadí—. Aunque, a decir verdad, todo es culpa mía. Yo fui la persona que no pudo hallar otra salida…

Por mucho que quisiese odiar a Pedro por convertirme en un asesino, él no era el responsable. El único responsable era yo. Nadie más.

—Para mí sí que lo vale. En cierto modo haces de este mundo un sitio mejor. Recuérdalo, mi trabajo, o debería decir nuestro trabajo, es llegar a donde la justicia no llega. Aquí tienes algo más que un simple oficio, tienes la posibilidad de dejar tu marca, de hacer algo verdaderamente relevante, de encontrar un nuevo motivo para seguir adelante. Que la muerte sea el motor de la vida. Como me decía mi padre, sin saber a lo que me dedicaría, «La vida y la muerte son las dos caras de una misma moneda. La una le da sentido a la otra. Vive, y haz que tu muerte valga la pena».

Ahora entendía porque Pedro era como era. Menudo crack de padre se había ligado. Aunque bueno, en cierto modo, aquella filosofía peculiar tenía un indudable sentido.

¿El matar a otros podría salvarme de matarme? Quizás el quitarle la vida a otro pudiese evitar que lo hiciese conmigo. No lo sabía, pero al menos era una nueva perspectiva, una nueva continuidad, un nuevo propósito.

Aquella extraña velada terminó con Pedro yéndose quince minutos más tarde. Sin saber muy bien cómo, había logrado convencerme de que no me quitase la vida y de que continuase trabajando con él, o para él, ciertamente aquella sociedad era difícil de explicar. Se podría decir

que nuestro bufete se tomaba los casos muy personales. Supongo que tanto mi madre como mi padre estarían orgullosos. Al fin estaría trabajando como abogado, y a su vez impartiendo orden como una fuerza de seguridad, una fuerza de seguridad completamente por fuera de la ley, pero justa, o al menos eso prefería repetirme.

Pulgoso, como si pudiese comprender lo que habíamos charlado, me observó medianamente animado. Continuaba triste por lo vacío que se sentía el hogar, pero podía ver un brillo de esperanza en el fondo de sus ojos. Por mal o por bien, continuaría a mi lado.

Tal y como habíamos acordado con Pedro, el siguiente «trabajo» tuvo lugar a los pocos días. Todo indicaba que la muerte por encargo estaba en su apogeo. El mundo siempre estaría lleno de seres despreciables a los que la justicia no alcanzaba, y allí entraba nuestra labor.

La segunda muerte fue un poco más sencilla que la primera. En esa ocasión los nervios no me traicionaron, simplemente actué sin pensar, como un autómata. Ya no podía evocar la imagen de Maggie, me era imposible. De igual modo, por un lado, lo prefería. Odiaría que mi amada esposa me viese convertido en esto. Puede que mi nuevo trabajo tuviese un trasfondo justiciero si se quiere, pero la realidad es que no dejaba de ser un asesino a sueldo, un simple mercader de la muerte, un heraldo contratado para exterminar el mal de este mundo.

Pese a la falta de nerviosismo, aquella experiencia seguía sintiéndose nueva. La adrenalina del momento fluía, quizás un poco más sosegada, pero seguía allí. Según lo que me dijo Pedro, quien ahora me compartía un poco más de información acerca del «blanco», este era un sujeto que había matado mientras conducía ebrio. La justicia había resuelto que una multa y doce meses de trabajo comunitario bastarían para hacerlo recapacitar por sus actos, cosa que claramente la familia de la víctima desaprobaba, pero como se trataban de personas no pudientes, al juez le pareció que no poseían un criterio que valiese la pena tener en cuenta. Por un instante había creído que Pedro me estaba por pedir que hiciésemos caridad, pero al parecer, la suerte, por momentos tan dispar e histérica, luego de quitarles algo, decidió darles por otro lado. Unos meses más tarde del fallo que dejó en libertad al asesino de su hijo, el padre de Víctor, así se llamaba el joven arrollado, ganó la lotería y no tuvo mejor idea que invertir buena parte de las ganancias en justicia, en verdadera y pura justicia.

El maldito había continuado su vida como si nada hubiese pasado, reuniéndose con amigos, saliendo con mujeres, y frecuentando un antro de perdición en donde la muchedumbre se abarrotaba para beber y sudar al tiempo que saltaban al ritmo de una música ensordecedora.

El hacerlo fue sencillo. Por extraño y paradójico que parezca, la multitud te brinda un manto de anonimato mucho más contundente que cualquier noche tormentosa o baño repleto de vapor. En el medio del gentío uno puede ocultarse a plena vista. Nadie observa a quien tiene al lado. Todos están enfrascados en su mundo y en su bebida.

Allí, mientras nuestro asesino impune saltaba y bebía como si no hubiese un mañana, pude acercarme sigilosamente, colocar una buena cantidad de polvo de ángel en su vaso, y alejarme lentamente.

Según lo que había averiguado, aquel polvo, el cual le había comprado a un sujeto en el baño de otro antro, poseía un gusto amargo y se disolvía fácilmente en el alcohol. «Ten cuidado con la dosis, si te pasas, puedes irte al otro mundo», me había advertido concienzudamente mi vendedor de confianza. «Perfecto», fue lo primero que me vino a la mente. Supuse que en el estado en el que se encontraba nuestro infame «blanco» no se daría cuenta de la variación en el gusto de su bebida, y si lo hacía, tenía conmigo el arma para corregirlo.

Aguardé desde una esquina, observando cómo se bebía toda su bebida, y al cabo de cinco

minutos, el espectáculo comenzó.

El «blanco» comenzó a agitarse de un modo errático y frenético. Sus colegas, o quiénes estaban a su lado, parecieron creer que simplemente estaba viviendo el ritmo de la canción que estaba sonando a toda caña y comenzaron a animarlo para que continuase con el número. Cielos, eso sí que era vivirlo hasta el fondo.

De pronto, cuando la danza delirante parecía haber alcanzado su algidez, el «blanco» se detuvo de golpe, para luego caer de espaldas al suelo. Aquello sí que había sido rápido. Según el camello que me había vendido la droga, iba a actuar bastante deprisa, aunque nunca creí que fuese tanto.

El resto de aquel aquelarre pintoresco continuó bailando y saltando como si nada hubiese pasado, como si el «blanco» simplemente se hubiese acostado en medio de la pista para tomar una siesta.

Eso había sido más sencillo de lo que me había imaginado.

Me quedé esperando a que alguien notase el cuerpo que se hallaba descansando en medio de la pista, pero al parecer a todo el mundo le parecía normal.

Recién luego de media hora, una chica gritó de un modo que se pudo oír por sobre la música. A los pocos segundos el personal de seguridad acudió, desplegando toda su parafernalia, y en cuestión de minutos se estaban llevando el cuerpo de nuestro entrañable amigo a las afueras de la discoteca.

Estaba seguro de que a la corte le encantaría ver que el asesino que habían liberado se había emborrachado y puesto hasta las narices de polvo de ángel. Una clara muestra de lo bien que funciona el sistema de justicia.

Otra muerte se sumaba a mi haber, al igual que otra cifra considerable de dinero.

Tal y como me había advertido Pedro, a las dos semanas de no haberme presentado al trabajo, una carta llegó a mi hogar. En ella me informaban que tenía veinticuatro horas para presentarme y regularizar mi situación, o de lo contrario me considerarían en rebeldía, cosa que desencadenaría en mi posible despido. Era impresionante la consideración que tenían para con uno. Total, solo había perdido al amor de mi vida y a mi pequeñín especial. Cabrones.

A estas alturas el regresar a la oficina no era una opción. Si lo hacía, todo el pasado, con su carga angustiosa de dolor, se me vendría encima, y no sabía si podría tolerarlo.

Ahora que el dinero no era un problema, o al menos mientras los malditos siguiesen saliendo en libertad, cosa más que esperable en el mundo en el que vivíamos, podía darme el lujo de no volver a la fiscalía. Se podría decir que había decidido tomar la justicia por mis manos. ¿Aquello era lo correcto? No lo sabía. Solo sabía que era el único modo de no pensar en ponerle fin a mi vida.

Capítulo tres

Las muertes continuaron acumulándose en mi haber, y me fui dando cuenta de lo aterradoramente sencillo que era quitar una vida. Tras la primera muerte no había tenido tiempo como para pensar en mis sentimientos. Con la muerte de Maggie, mi mundo se había venido abajo, sin embargo, tras la segunda muerte, y las subsiguientes, lo que más me sorprendía era la ausencia del sentimiento de culpa. Se podría decir que no sentía que estaba haciendo algo malo, por el contrario. De igual modo, como se suele decir, no existe justicia perfecta ni maldad perfecta. Incluso, se puede hacer justicia desde la maldad, cosa que, vista desde cierto punto, era lo que estaba llevando adelante con esta suerte de empresa justiciera que habíamos montado. Claro que no era el típico héroe. Vamos, que el dinero era el motor principal, pero no por eso era el único.

De todos modos, y por mucho que me gustase adornar este trabajo que había sumido mi vida, en la esencia, tan solo era un asesino, un sicario que mataba por dinero. Puede que mis habilidades respondiesen a los «buenos» de la historia, pero eso no borraba lo que era, en lo que me había convertido.

Con el pasar de los años fui comprendiendo que la clave estaba en no pertenecer al entorno del «blanco», ya que justamente el entorno era siempre el primer señalado y donde se buscaban los sospechosos. Mientras más alejado, mejor.

Se podría decir que a medida que fui avanzando y perfeccionándome en esta suerte de profesión, fui aprendiendo diversas reglas, pero había una que primaba por sobre el resto, y era, «no matar a un conocido».

Siempre intentaba realizar el «trabajo» de un modo en que pareciese un accidente, sin embargo, en ocasiones no podía evitar emplear un arma de fuego, o un arma blanca. Cuando eso ocurría, hacía lo que Pedro me había indicado en un principio. Que pareciera un robo.

Los días se convirtieron rápidamente en semanas, estas en meses, y estos en años. Ahora el tiempo se había convertido en algo que poseía una cualidad líquida, fugaz. Era incapaz de hallar un segundo de calma para recapacitar si lo que estaba haciendo era lo correcto. Simplemente creía que lo era, quizás a modo de autoconservación, pero era como si mi mente prefiriese no detenerse a pensar en profundidad.

Un día, cuando el paso del tiempo se hizo demasiado evidente y mis articulaciones ya no eran las de antaño, me observé en el espejo, como tantas otras veces, y algo en lo que vi reflejado me dijo que ya era hora de parar, que ya era hora de dejar de escapar de mis miedos.

La imagen que me devolvía el espejo era la de un hombre algo mayor, cansado, con los signos del tiempo sobre su rostro y su cabello encanecido. Aquel hombre era muy diferente al padre de familia que había sabido ser, al esposo que mi amada Maggie había confiado su vida. Ahora solo era una sombra de aquel hombre, un recuerdo difuso, desgastado, carcomido por el tiempo, los pecados, y las injusticias de este mundo. Sin embargo, en aquel reflejo también era capaz de ver un rostro angelical, el rostro de Maggie, aquel rostro que, quizás por vergüenza, había sido incapaz de evocar durante mucho tiempo, pero que ahora se veía nítido, puro.

No pude evitar comenzar a llorar. Su hermosa sonrisa parecía traspasar el cristal, bañándome

con su calidez.

Dios. Cuánto la extrañaba… Cuánta falta me hacía…

Por primera vez desde aquella noche de tormenta en la que Pulgoso había salvado mi vida, el deseo de quitarme la vida no estaba presente, o al menos no de aquel modo. Por primera vez estaba en paz conmigo mismo. Puede que alcanzar aquella paz me hubiese costado varios años, y muertes, pero por primera vez sentía que mi mente podía permanecer sin pensamientos fatalistas. Por primera vez sentía que no tenía que correr de aquel sentimiento suicida.

Esa misma tarde hablé con Pedro, quien, efectivamente como había dicho, había logrado tener un bufete prestigioso.

Al principio se mostró un tanto reacio, pero luego de que le expusiese algunas cuestiones, terminó aceptando mi decisión. Me había dicho que lamentaba la noticia, y que siempre tendría un lugar para regresar si es que lo quería.

Le agradecí sus palabras, y sin más, como había ocurrido aquella vez en la oficina cuando se había marchado por otro empleo, dejé de verlo y de hablar con él. De hecho, era como si nunca lo hubiese conocido. Nuestra relación era tan estrictamente profesional que poco sabía acerca de su vida personal. De igual modo, siempre dicen que mientras más cerca te encuentras de alguien, menos lo conoces. Nunca mejor dicho.

No obstante, siempre le estaría agradecido por haberme salvado en aquel momento. Sus «trabajos» hicieron que pudiese apartar la idea de quitarme de en medio, y eso no lo olvidaría fácilmente.

Ahora solo tenía mi casa, de la cual había podido pagar la hipoteca contraída para costear el tratamiento de Lucio, el suficiente dinero como para vivir sin preocupaciones, y mi fiel compañero, Pulgoso.

Había aprendido a vivir en soledad, y no estaba tan mal. Me había acostumbrado al silencio, a las rutinas, a tener todo bajo control.

Los días fueron sucediéndose, y fui acostumbrándome a la vida de retirado.

Ya no había nuevos «trabajos» que realizar. Ya no había nuevos errores que enmendar.

Mis días se basaban en pasar tiempo con Pulgoso, quien lamentablemente, al igual que yo, sentía el paso del tiempo en sus articulaciones. Sus piernas traseras, o mejor dicho su cadera, había comenzado a presentar ciertas molestias. A pesar de que el pobre no quisiese demostrarlo, sabía que estaba sintiendo dolor. El veterinario me había dicho que era algo normal en los perros de su raza, pastor alemán, y que no había nada más que pudiese hacer, salvo mitigar su dolor con algunos medicamentos.

Lo sabía, el paso del tiempo era inevitable, y mi fiel amigo estaba sufriendo sus estragos.

Ya no corría como antes, ni me pedía jugar. Sus días, al igual que los míos, se habían ido tornando cada vez más sedentarios. Puede que estuviese adaptándose a mí, o puede que yo me estuviese adaptando a él.

Una noche de lluvia, similar a aquella en la que mi fiel amigo me había salvado, nos encontrábamos viendo televisión en mi cuarto, el cual también era su cuarto ya que dormía en la cama junto a mí, cuando de pronto, mientras estaban pasando una noticia, y yo me hallaba medio dormitando, Pulgoso ladró hacia el televisor, haciéndome espabilar de inmediato, y luego me observó al tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado.

Aquella mirada me quería decir algo, pero ¿qué?

Ya completamente despierto, volqué mi atención al noticiero que estaba en la televisión, y observé a una mujer hablando con un periodista. La entrevista parecía estar teniendo lugar en el

vecindario de la mujer. Esta se hallaba llorando desconsoladamente. Sus palabras apenas se podían distinguir. El periodista, mientras intentaba poner su mejor cara de consternación, le decía que lo lamentaba profundamente.

Aquellas cosas eran las que más me indignaban. Un grupo de sujetos que lucraban con la desgracia ajena, haciendo ostentación de una empatía tan falsa como el deseo por parte de las grandes corporaciones para que la guerra se detuviese.

En medio de aquel momento de indignación y desconcierto, mis ojos volvieron a posarse sobre los de Pulgoso, quien me observaba a través de unas cataratas cada vez más marcadas.

—¿Qué ocurre, campeón? ¿Quieres que ponga una película? —le pregunté.

Pulgoso inclinó la cabeza hacia el otro lado. No sabía si tomar eso como un sí, pero de igual modo cambié y puse Netflix.

De inmediato ladró disgustado. Claramente no quería una película.

—De acuerdo —le dije mientras volvía a poner el noticiero.

Su cabeza giró hacia la televisión. No me quedaba más remedio que prestar atención a la noticia.

La mujer, en medio de un llanto desconsolado, parecía estar siendo entrevistada por la muerte de su hijo. Según lo que decía el zócalo informativo, un joven estudiante universitario había sido asesinado a pocas cuadras de llegar a su casa. El hecho había ocurrido en horas de la tarde del día anterior, y según lo que pude comprender, el asesinato habría estado motivado por el robo de un celular. El joven se había resistido, y el malviviente no había visto mejor modo de hacerse con el teléfono que matando a su víctima.

El desconsuelo de la madre, al margen de la triste noticia, estaba alimentado por las noticias que le habían llegado desde la justicia. Según lo que se sabía hasta el momento, el asesino, a quien ya habían identificado, habría tenido otras entradas por diferentes robos e intentos de homicidio.

Me arriesgaría a pensar que también había matado, pero seguramente la ley no se había enterado.

El sujeto en cuestión era un proyecto consumado de delincuente. Varias entradas en comisaría, en prisión, pero siempre terminaba saliendo libre por un juez excesivamente flexible que consideraba que era mucho más importante dar una segunda oportunidad que velar por la seguridad de los ciudadanos de bien. Un claro ejemplo del sistema legal en los últimos tiempos.

El llanto de esa madre podía traspasar la pantalla. No sé bien por qué, pero aquello me hizo pensar en Maggie, y en el modo en que me había sonreído a través del espejo.

Pude sentir el dolor de aquella madre desconsolada. Pude sentir la hipocresía disfrazada de cortesía del periodista. Pude sentir la injusticia manifestándose en el aire.

En ese momento comprendí qué era lo que quería decirme Pulgoso.

Mientras permanecía observando la pantalla, el periodista hizo una pregunta que creí un tanto insensible. «¿Qué espera al respecto, señora?», soltó con su aire ambiguo de superioridad y complicidad.

¿Qué cojones esperaba que le respondiese?

La mujer, tras observarlo por algunos segundos, logró aclararse la garganta, se enjugó las lágrimas, y antes de que levantasen la entrevista, tomó el micrófono que sostenía el periodista, miró fijamente a la cámara, y luego de tomarse un segundo para respirar, dijo con un tono categórico. —Que se haga justicia.

Capítulo cuatro

—Que se haga justicia… —repetí en voz baja.

¿Qué significaba eso? Supongo que antes debería de poder responder qué era la justicia, la cual, dependiendo del momento, lugar, y factores de poder, podía ser una cosa como otra. Hay quienes dicen que la justicia siempre será justicia, y que nunca cambiará, pero la historia la escriben los que ganan, por lo tanto, la justicia está definida por estos, quienes pueden no ser tan nobles.

¿Lo que había hecho con Pedro durante estos últimos años era justicia? Quizás sí, quizás no. A fin de cuentas, lo único que sabía era lo que él me decía, y en base a esa información, yo forjaba mi concepto de justicia. Fácilmente podría haber sido parte del fruto del árbol envenenado. Si lo que mi socio me decía acerca de los «blancos» era mentira, todo lo que creí hacer en el nombre de la justicia no había hecho más que ensuciarla.

Sin embargo, ahora me hallaba retirado, mi alma, o lo que quedaba de ella, si es que quedaba algo, ya no me atormentaba, y por primera vez estaba viviendo una existencia predecible… pero, ¿por qué me habían impactado tanto las palabras de aquella madre? ¿Pulgoso estaría queriéndome decir algo? Quizás querría que hiciese algo con mi vida, algo realmente… ¿justo?

—Ya estoy retirado, campeón —le dije mientras no podía escapar de su mirada.

Pulgoso emitió un leve gemido.

—Ya no quiero volver a matar… —le expliqué, pero… ¿en algún momento lo había hecho porque quería?

No. Esto nunca se había tratado de querer, se había tratado de necesitar. Había encontrado la forma de continuar con vida, y en cierto modo, era lo que había hecho para ganarme el sustento, pero ahora, esto era diferente. Por primera vez estaría actuando por mi cuenta. No estaría Pedro para señalar el «blanco» ni para decirme los pormenores del caso. Ahora ya no se trataba de un trabajo, se trataba de hacer lo correcto para aquellas personas que, al igual que a mí, el sistema había dejado fuera.

Este hilo de pensamientos me llevó a pensar en que había actuado como aquello que tanto odiaba. Finalmente, la justicia solo era para aquellos que podían pagarla. Por mucho que quisiese decirme lo contrario, era tan canalla como esos abogados y jueces que favorecían al adinerado. ¿Qué me diferenciaba de ellos? Puede que nada, pero ahora estaba en mis manos la posibilidad de cambiar eso.

Por mucho que me gustase este tranquilo estilo de vida, debía hacerlo, debía demostrarle a Maggie y a Lucio que no era un canalla, puede que mi alma estuviese condenada al Infierno, si es que existía, pero debía hacerlo por ellos.

—Está bien —le dije a Pulgoso luego de varios segundos—. Lo haré.

Mi fiel amigo movió la cola y volvió a echarse a mis pies.

En esta oportunidad abordaría el asunto a mi modo, y ya tenía algo en mente.

Si la cuestión se trataba de hacer justicia, debía hacer justicia por esa madre desconsolada, no por mí, de lo contrario, tan solo estaría repitiendo el ciclo que me había traído hasta aquí, un ciclo que se basaba en satisfacer una necesidad, de llenar un vacío emocional, un ciclo puramente

egoísta.

Para poder comenzar, iba a tener que hacerle una visita a aquella madre.

Con un poco de paciencia, internet supo brindarme todo lo que necesitaba saber. La mujer se llamaba Carola, vivía en un barrio humilde, y se ganaba la vida trabajando de sol a sol en una fábrica de panificados. Aquello de las cuarenta horas semanales parecía habérseles olvidado a sus jefes. De igual modo, supuse que Carola lo hacía por su hijo, la luz de sus ojos, para darle un futuro, un futuro que estaba construyendo hasta que aquel malviviente, de nombre Carlos, lo mató por un simple celular. El hijo de Carola se llamaba Nicolás, estaba estudiando abogacía, y tenía toda la vida por delante.

Me fue imposible no pensar en mi madre y en mí. Toda aquella esperanza puesta en ver feliz y realizado a su hijo, todo ese deseo de que las cosas mejoren, para que un ser despreciable le arrebatase todo lo que tanto esmero y sacrificio le había costado.

¿Cómo seguiría la vida para aquella madre? ¿Qué le queda a uno cuando un hijo muere? Esa última pregunta podía responderla. Puede que Lucio no hubiese muerto a manos de un malviviente, pero la pérdida de un hijo es algo que afecta de sobremanera sin importar el modo en que suceda, aunque puede que el saber que se pudo haber evitado de seguro hacía que el dolor se multiplicase.

Conseguir la dirección exacta de Carola me costó un poco más, de hecho, tan solo pude encontrar la calle en la que vivía, no obstante, el hallar su casa fue bastante sencillo. Siempre había una tienda en el barrio, cuyo dueño disfrutaba de contar las novedades que acontecían.

Saber cuál era la casa de Carola me costó solamente una botella de agua y un chocolate.

Esperé sentado en mi auto durante horas. Estaba estacionado frente a la casa de Carola, pero no estaba seguro del modo en que iba a iniciar la conversación. Aquella noche lo tenía muy claro, pero ahora, que debía interactuar con ella, hablar cara a cara, era muy diferente.

El agua y el chocolate ya habían desaparecido hacía horas, cuando por fin, antes de que me decidiese, Carola salió por la puerta de su casa. Su aspecto era el de un ente sin alma. Si tuviese que describirla en una sola palabra, diría «devastada». Su andar era pesado, falto de vitalidad. Todo su ser parecía estar envuelto por una suerte de estela grisácea. Vestía un pantalón y un abrigo negros. Un pañuelo, también negro, envolvía su cuello, y por un instante sentí que era capaz de sentir su sufrimiento, su dolor.

Su espalda mostraba los primeros indicios de una joroba, la cual se veía acentuada por unos hombros volcados hacia adelante en una postura de angustia crónica.

La observé caminar por algunos metros, parecía dirigirse a la tienda en la que había comprado el chocolate, el agua y la información de su casa.

Pensé que lo mejor sería abordarla de regreso, hasta puede que me invitase a entrar. Sabía que aquella posibilidad era muy remota, ya que, ¿quién invitaría a un extraño en estos tiempos?, pero si lograba conectar con ella, y más importante aún, si lograba demostrarle que comprendía su dolor, aquella posibilidad podría materializarse.

Me bajé del auto, estiré un poco las piernas, y aguardé a que regresase mientras observaba un cielo cargado de nubes negras. La lluvia se había marchado, pero parecía no haberlo hecho por mucho tiempo.

Veinte minutos pasaron, y Carola ya estaba de regreso. Volvía con una sola bolsa, la cual llevaba en su mano derecha, mientras que su mano izquierda sujetaba el pañuelo negro para que el viento no se lo llevase.

El clima se hallaba destemplado, y en breve comenzarían a caer las primeras gotas de una

tormenta que, según el pronóstico meteorológico, duraría por varios días.

Luego de respirar hondo y repasar lo que le iba a decir, me acerqué a ella.

—Buenas tardes. Disculpe la molestia —comencé a decirle.

La había interceptado diez metros antes de que llegase a su casa.

—Buenas tardes… —respondió lentamente por cortesía.

Su voz parecía a punto de romperse.

—No quisiera importunarla, pero me gustaría poder hablar con usted. Tan solo serán cinco minutos —dije un tanto nervioso, y antes de que pudiese responder, añadí—. Mi nombre es Fausto, encantado.

—¿De qué quiere hablar, Fausto? —me preguntó con extrañez.

—De Nicolás —respondí sin rodeos.

—¿Es un periodista? ¿Ha venido de ese canal lleno de cuervos? ¡Ya les dije que no les daría otra nota! —elevó la voz—. ¡Ya les dije que no pienso hacerles el caldo gordo para su puto circo! No pienso salir en la misma nota con la familia de ese maldito… —su voz fue perdiendo aquella intensidad, apagándose como una lámpara que se queda sin aceite.

—Carola, no soy ningún periodista, y no sé de lo que me está hablando. No vengo de parte de ningún canal, y créame cuando le digo que lo último que quiero es hacerla pasar un mal momento. Ya ha tenido demasiado. Créame, la entiendo.

—Dudo que pueda hacerlo…

—No lo dude tanto. Yo también he perdido a mi hijo. Sé el vacío que siente aquí —me llevé la mano al pecho—. Sé de esas noches interminables en las que el sueño nunca llega. Sé de esa pesadez que la acompaña a todas horas. Sé de ese deseo de justicia que arde en su interior, hambriento, desesperado.

—Espere… si no es periodista… ¿cómo sabe mi nombre y el de mi hijo?

—He leído acerca de lo que le pasó a Nicolás, y por eso justamente estoy aquí.

—No entiendo…

—Si me concede al menos cinco minutos de su tiempo, le aseguro que lo entenderá —le dije mientras la observaba fijamente a los ojos.

Carola pareció sopesar mis palabras. Algo en su mirada parecía querer decir que sí, pero su cuerpo parecía querer decir que no. Finalmente, tras algunos segundos de cavilación, dijo. —¿Quiere pasar a tomar un café?

—Me encantaría —asentí levemente.

Capítulo cinco

Cinco minutos más tarde me encontraba dentro de la casa de Carola. El hogar era un sitio sencillo, cargado con muebles, libros, y poco espacio para sentarse.

—Tome asiento en donde pueda —me dijo desde la cocina—. El agua estará lista en un minuto.

Unas cortinas de tiras dividían el salón comedor de la cocina.

Una mesa que ocupaba buena parte de aquella habitación se extendía cerca de la pared. A su lado, seis sillas parecían estar ubicadas exclusivamente como estantes para cajas, ropa, y demás cosas.

Luego de un rápido vistazo, me pareció que había una silla que no tenía tantas prendas, por lo que una vez despejada, la utilicé como asiento.

Carola entró en el comedor con dos tazas en las manos.

—Perdone. No le he preguntado si lo toma con azúcar o endulzante. Nicolás siempre lo toma con endulzante y ya me he acostumbrado a prepararlo de ese modo… —sus ojos comenzaron a brillar, vaticinando un llanto—. Lo tomaba… —se corrigió, y una lágrima rodó por su mejilla.

Era como si se hubiese quitado la máscara de acero que llevaba fuera de su hogar, mostrándome su verdadero dolor.

—Está bien. También lo tomo con endulzante —intenté desviar su atención.

—Él siempre se cuidaba en las comidas Entrenaba muy temprano antes de ir a estudiar. Decía que un cuerpo sano piensa mejor que un cuerpo enfermo… Mi Nico… —su voz se quebró por completo.

Viendo lo que se avecinaba, realicé un rápido movimiento, sintiendo un dolor punzante en mi rodilla derecha, y tomé las tazas antes de que se cayeran al suelo.

—¿Se encuentra bien, Carola? —le pregunté mientras dejaba las tazas en la mesa, y me odié automáticamente. Aquella pregunta era estúpida. Claro que no se sentía bien. Le acababan de arrebatar la vida.

—Lo siento tanto… —dijo entre sollozos mientras se tapaba la cara con las manos—. No puedo hacerme a la idea de que ya no entrará por esa puerta… Aquí están todos sus apuntes, sus camisas, sus pantalones, sus cosas… No sabe cuánto deseo que me llame por teléfono para decirme que llegará tarde, que se quedará a estudiar en casa de una amiga… que le deje la comida en el horno… Lo siento… —volvió a disculparse.

—No tiene por qué. Al contrario. Soy yo el que le pide disculpas por venir a hablar de él. No fue mi intención que…

—Está bien, Fausto. Solo es que aún no puedo pensar en que la vida continúa… Le juro que daría lo que fuese porque esto no le ocurra a nadie más. No se lo deseo ni a mi peor enemigo —la mujer se quedó un segundo con la mirada perdida.

Aparté unos libros y una caja de una de las sillas, y tras tenderle la mano, la guíe hasta el asiento.

—Carola —dije luego de algunos segundos—, mi visita se debe a algo que usted dijo en la televisión.

Debía sopesar muy bien mis palabras. Si avanzaba, ya no habría vuelta atrás. No podía simplemente decirle lo que tenía pensado, porque de equivocarme, podría pasar mis últimos años de vida en prisión, y eso no era una opción. No es que le temiese a la cárcel. Le temía a la idea de dejar solo a Pulgoso. No podía dejar que me separasen de él. Necesitaba de mis cuidados.

—Pero… me ha dicho que no era un periodista… —pareció colocarse nuevamente la máscara de acero.

—Y no lo soy. Solo es que vi la entrevista que le hicieron el otro día, y me quedó marcada la última frase que dijo —intenté apurarme para no perder del todo su confianza.

—Sinceramente no recuerdo ni lo que le he dicho esta mañana a mi hermana.

Aparentemente había vuelto a bajar la guardia.

—Usted dijo, «Que se haga justicia».

—Puede ser…

—¿Qué quiso decir exactamente? ¿Qué sería para usted que se haga justicia?

Estaba entrando en terrenos pantanosos.

—Ya lo sabe… ¿Hace falta que se lo explique? —inquirió con un tono suave.

—La gente suele tener diferentes definiciones de justicia, o mejor dicho del modo en que se aplica.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto? ¿Qué está haciendo aquí? —su tono se elevó levemente, dejando apreciar un nerviosismo creciente.

—Ya se lo dije. Solo quiero saber qué quiso decir con esa expresión —respondí, y antes de que siguiese alterándose, añadí—. Cuando mi hijo murió, una parte dentro de mí también lo hizo. En ese momento estaba lleno de furia, de impotencia, de odio. Si bien no tenía alguien a quien culpar, ya que fue una enfermedad, una parte de mí quería que el maldito de la aseguradora pagase por su artimaña para no pagar el tratamiento.

—Sigo sin entender… —me observó fijamente, como queriendo ver dentro de mí.

—A lo que voy, es que en este caso estamos hablando de una desgracia que pudo evitarse. Hay un responsable, y por lo que tengo entendido, ya le ha hecho lo mismo a otros. Entonces, mi pregunta para usted, es la siguiente. ¿Qué podría calmar su dolor?

Carola se quedó en silencio por varios segundos. Su mirada se alejó de la mía y su rostro adoptó una expresión que ocultaba miedo. Parecía como si hubiese visto el monstruo que habitaba en mi interior.

—¿Usted… me está queriendo decir…?

—Yo no le estoy queriendo decir nada. Simplemente quiero saber a qué hacía referencia cuando dijo «que se haga justicia».

—¿Le puedo ser sincera? —su rostro volvió a adoptar una expresión serena.

El susto había pasado.

—Desde luego. Para eso estoy aquí.

—Ya le dije que daría lo que fuese porque esto no le ocurra a nadie más… —hizo una breve pausa—. Le juro que me odio por tener esa clase de pensamientos, pero es que no puedo evitarlo… Mi mundo… mi vida… mi Nico… Todo se destruyó aquella noche. Siento que nada tiene sentido. Todo el tiempo estoy pensando en poner fin a esta angustia que no hace más que crecer minuto a minuto —las lágrimas comenzaron a caer lentamente por sus arrugadas mejillas —. Haga lo que haga, mire a donde mire, todo me recuerda a Nicolás, y peor aún, me recuerda que hay un maldito suelto por ahí mientras que él ya no podrá cumplir sus sueños, tener una familia, ser feliz. ¿Cómo se supone que deba hacer para seguir viviendo con este dolor? —cerró

los ojos, apretándolos con fuerza, y tras llevarse la mano a la cara, añadió con una voz carcomida por la cólera—. Quiero que el maldito pague con su vida. Quiero que no vuelva a arruinar otra vida. Quiero que muera… —levantó la mano de inmediato, instándome a que aguardase un momento—. Sé que eso no se le debe de desear ni al peor de los enemigos, pero es que no puedo entender que existan personas, si es que se les puede llamar personas, que maten por nada.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que Nicolás nunca se resistiría. Siempre lo charlábamos. «Lo material va y viene, la vida no» Era lo que le decía cuando veíamos una noticia de un robo. Estoy segura de que ese asesino lo mató por placer. Mi Nicolás sabía que no debía de resistirse… ¿y de qué le valió? Este mundo está podrido… Y encima ahora quieren que salga en una entrevista con la madre de esa lacra, quien asegura que su hijo es un joven de bien, que no es justo que se difame su imagen, que se están vulnerando sus derechos. ¿Puede creerlo? ¿Vulnerando sus derechos? Zorra hija de puta. ¿Y lo derechos de Nicolás? ¿Acaso no fueron vulnerados? Lo último que me falta es que me hagan un juicio por pedir justicia… —pude sentir la frustración y el odio en su voz.

Este mundo estaba jodidamente trastornado, pero por suerte yo lo estaba aún más.

—¿Está segura de que eso es lo que quiere? —pregunté lentamente sin apartar la vista de sus ojos.

El fuego de la rabia ardía dentro de aquellas pupilas dilatadas.

—Sí. Eso es lo que quiero, y no me arrepiento de pensarlo. Sin embargo, sé que la justicia no hará nada, y yo tan solo soy una mujer vieja y cansada…

—No se preocupe por la justicia. Solo procure permanecer a salvo y no dar más entrevistas. No queremos que le inicien una causa por difamación.

—¿Eso qué significa?

—Significa que se va a hacer justicia. Verdadera justicia.

Capítulo seis

Me bebí el café de un sorbo y me despedí de Carola con un fuerte abrazo. Parecía no comprender lo que acababa de iniciar, o tal vez sí. Algo me decía que había podido ver el monstruo que llevo dentro, y aunque en un principio la horrorizó, pareció comprenderme.

La tormenta que se había comenzado a gestar antes de entrar ya se hallaba en pleno apogeo. Las gotas, grandes como balas, caían impiadosamente sobre la acera.

La tarde se había convertido en noche, y el barrio lucía más peligroso que cuando había llegado. Ahora entendía aquello que me había dicho respecto al lema de «lo material va y viene, la vida no». Eso cambiaba las cosas. Carlos, el malviviente que había asesinado a Nicolás, según las noticias, las cuales son tan fiables como un político con imagen positiva, supuestamente había matado al hijo de Carola debido a que este se había resistido al robo. De seguro la familia del rufián estaría desperdigando aquella falacia para aminorar la condena social, o hasta inclusive como estrategia por parte de algún abogado sin escrúpulos, de los que últimamente parecían proliferar como los hongos en el vestuario de un club de natación.

Esto era un condimento extra que no me esperaba. Siempre puede existir el instinto de supervivencia, el deseo irrefrenable de comer, o de hacerse con dinero para pagar una deuda, vaya que lo sabía, pero ahora teníamos a un asesino que, aparentemente, había ejecutado al pobre muchacho por simple placer.

Aquella modalidad, por nefasta que pudiese parecer, se estaba convirtiendo en moneda corriente en aquellos barrios. Por lo visto los asaltantes, no conformes con su botín, estaban tomando como costumbre el matar a sus víctimas, las cuales, en la mayoría de casos, ya estaban doblegadas y de rodillas.

Bueno, Carola quería que se hiciese justicia, y justicia se iba a hacer.

Regresé a casa envuelto en una extraña sensación. Aquella charla fue en cierto modo liberadora. Hacía mucho que no hablaba abiertamente con alguien más que Pulgoso y Pedro. Las charlas que se habían sucedido en los últimos años con las demás personas eran simples pantomimas, intercambios vacíos de palabras que no significaban nada para mí, ejecutados meramente por cortesía y porque obligaba la circunstancia. Pero ahora, la cuestión era diferente. Había podido hablar de frente, sin máscaras, sin temores por mostrar mi verdadero ser. Si bien no había hecho falta decirlo en voz alta, estaba seguro de que Carola había comprendido el modo en que se iban a desarrollar las cosas.

Al poner un pie dentro de casa, Pulgoso vino a mi encuentro. Ya no venía corriendo ni saltaba en el sitio, pero siempre me seguía recibiendo con aquella cálida bienvenida.

Le acaricié detrás de las orejas, y tras abrazarlo por unos instantes, le dije que ya le serviría la comida. Hoy habría «Doguitos». La situación lo ameritaba.

Sus ojos parecían comprender de dónde había venido y qué había hecho.

Me cambié el abrigo mojado por algo más cómodo y seco. Había mucho por hacer, y no era un momento oportuno para enfermarse.

Tras asegurarme de que Pulgoso tuviese el suficiente alimento y agua, me puse manos a la obra. Ya me había asegurado de que Carola estuviese de acuerdo con lo que iba a hacer, a fin de

cuentas, esto era por ella. Ahora solo me quedaba averiguar en dónde podría hallar al bueno de Carlos.

Algo me decía que de seguro se estaría escondiendo en la casa de algún conocido, por lo que rápidamente comencé a inspeccionar las redes sociales de sus allegados.

Hoy en día las personas comparten absolutamente todo, hasta cuando cometen un delito, como si tal acción pudiese otorgarles alguna suerte de bonificación para ascender en la sociedad.

Lamentablemente Carlos no era lo suficientemente estúpido como para compartir sus fechorías, pero sí que lo era como para mantener su perfil público.

Un rápido vistazo a las fotos de nuestro rufián en fuga me sugirió quiénes podrían ser sus cómplices.

Entre las fotos, había un sujeto que salía de manera reiterada junto a Carlos. Un tal «Maricio» (así figuraba su nombre en su cuenta, dudaba que los del registro civil se hubiesen equivocado, aunque hoy en día uno no puede fiarse ni de su sombra), parecía ser el compinche más cercano de Carlos. Si debería de apostar, diría que estaba tan metido en todo el asunto del robo y la muerte como Carlos, no obstante, todavía no era su momento.

«Maricio», al igual que su secuaz, poseía un perfil público, y a diferencia de Carlos, era lo suficientemente estúpido como para compartir sus fechorías. Había varias fotos de él con armas de fuego, y hasta inclusive había un video en el que alguien, la víctima aparentemente, lo había grabado mientras le robaba. En la descripción del video decía que se sentía ultrajado por el modo en que lo habían filmado sin su consentimiento, desde luego que no con esas palabras, y que se sentía «perseguido». Para asombro de nadie, la mayoría de comentarios eran a favor de nuestro entrañable malhechor. Al parecer la sociedad se encontraba en un declive mucho mayor del que me imaginaba.

Entre las muchas fotos y videos condenatorios que guardaba en su perfil, pude distinguir una foto en donde se llegaba a vislumbrar un cartel que indicaba la dirección de una calle. En la foto, nuestro desvergonzado intergaláctico hacía alusión de que aquel «territorio», según sus palabras, le pertenecía. Bingo. Ya tenía un sitio por donde comenzar a buscar a Carlos.

Capítulo siete

La tormenta estaba completamente desatada. La noche no era propicia como para salir a cazar, o quizás sí. ¿Qué mejor que el velo de anonimato provisto por la lluvia?

Además, las personas suelen salir menos de sus casas, por lo que quizás, nuestro truhan haya decidido quedarse al resguardo del agua. Otro punto a favor otorgado por el actual clima, era la cuestión inherente a los sonidos. La gente suele adjudicarle la culpa al viento de cualquier ruido o estrépito. En parte porque es algo factible, y en parte porque no tienen ganas de salir a mojarse. Bendita comodidad.

El «territorio» de Maricio se hallaba a una hora de casa, por lo que, si salía ahora, podría llegar a la media noche, la hora en que se abre el portal entre los mundos.

Luego de hartarse de comer sus «Doguitos», Pulgoso ya se encontraba enroscado en la punta de la cama. Me acerqué lentamente, observé como descansaba, y tras besarle la cabeza, le dije que no me esperase despierto.

Abrí el armario, descorrí algunas camisas, presioné el falso fondo, y un recoveco secreto se abrió ante mis ojos. Allí guardaba las armas que Pedro me había dado y que no había utilizado. Siempre era bueno tenerlas por si acaso. Tomé un revólver *Colt Python* al que siempre le había guardado un cierto aprecio. Según lo que me había enseñado mi padre, el experto en armas, era uno de los mejores revólveres jamás fabricados. Sinceramente no sabía si era cierto, pero la verdad es que era un arma bonita. Me aseguré de que estuviese cargado, y tras guardarme algunas balas más en el bolsillo, mejor prevenir que lamentar, tomé un cuchillo y volví a cerrar el falso fondo.

Un tiroteo encajaba a la perfección con el perfil de Carlos y Maricio. Las autoridades terminarían concluyendo en que había sido una pelea entre bandas por el «territorio» que tanto alardeaba nuestro despreciable haz del «malianteo».

Ya con las provisiones listas en mi cintura, me puse un impermeable negro que fácilmente pasaría como un disfraz de la parca, y salí de mi hogar en busca de justicia para Carola.

Las calles habían empezado a inundarse, pero nada impediría que llegase a mi destino.

Con un poco de música clásica (hoy le había tocado a Chopin) entremezclándose con la lluvia de fondo, conduje a través de la noche.

A medida que me acercaba a mi destino, fui percatándome de que las farolas parecían haberse tomado vacaciones.

Las calles se hallaban sumidas en una oscuridad que atentaba contra mi plan de adentrarme sigilosamente en el terreno enemigo. Los faros de mi auto me delatarían a lo lejos.

Ya estaba pensando en alguna manera de subsanar este percance, cuando, afortunadamente, la oscuridad se vio interrumpida por una farola que brillaba débilmente. Aparentemente la oscuridad absoluta solo se extendía por algunas calles. Quizás hubiese ocurrido un apagón, no lo sabía, pero si llegaba a ocurrir cuando me estuviese acercando a mi objetivo, sí que tendría un problema.

En vistas de que cada vez estaba más cerca de mi destino, me detuve un instante para efectuar una maniobra que solía llevar a cabo cuando tenía que realizar un trabajo en una zona con

posibles testigos. La maniobra se trataba básicamente de modificar mi patente. El truco era sencillo pero efectivo. Simplemente pegaba unos números sobre los originales, y de ese modo, si alguien anotaba mi patente, no lo conduciría a ningún sitio. Siempre guardaba diferentes combinaciones en la guantera. Uno nunca sabe cuándo podría necesitar hacer uso de una bomba de humo para desaparecer sin dejar rastro.

Tras mojarme por unos segundos, ya estaba de nuevo en el interior de mi auto. Chopin seguía sonando en bucle, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, una extraña sensación había comenzado a correr por mi cuerpo.

¿Sería adrenalina? Ya no recordaba cómo se sentía. Todo se había vuelto tan… automático, por inercia, que había olvidado mis emociones. Era como si hubiese despertado después de un largo período de entumecimiento, de un confortable y largo entumecimiento emocional.

A medida que fui avanzando por las calles en penumbra fui aminorando mi marcha. Ya había puesto las luces de posición, mejor no levantar la perdiz.

Finalmente llegué a la calle en donde vivía Maricio, o al menos a donde estaba el cartel de la fotografía. Ahora me quedaba averiguar cuál de las casas era la que buscaba.

A punto estuve de estacionar para revisar las redes sociales de Maricio, pero la hora, el lugar, y la posibilidad de que algún vecino me viese aparcado hicieron que continuase conduciendo al tiempo que manipulaba mi teléfono. Mejor multado que identificado.

Busqué entre las fotos y videos, pero todos eran desde el interior del hogar. Estaba jodido.

Continué la búsqueda, deseando toparme con algo que me brindase un indicio, hasta que, de golpe, como un designio divino, encontré un video que me brindó lo que estaba buscando.

En el video, nuestro canalla amante de lo ajeno hacía alarde de una escopeta recortada. Según sus palabras, con aquella arma había «limpiado a la competencia», significase lo que significase, aunque, a decir verdad, no era necesario ser un erudito en mensajes cifrados para traducir eso en «maté a los que querían quedarse con mi negocio». Me preguntaba cómo era el modo en que trabajaba la policía, porque si esos videos eran públicos, y tenían tanta popularidad como parecía, era de extrañarse que el equipo informático, o como se llame, no los hubiese detectado. A mí me había tomado unas pocas horas, y eso que no era un haz de la tecnología.

Pero bueno, dejando de lado mi crítica hacia las fuerzas del orden, en el video de mención se lograba divisar una ventana, y tras esta, una especie de lona verde.

Aquello me servía para saber por dónde buscar. El único problema era que ninguna de las casas poseía un frente de ese color. La luz, a pesar de ser débil y bañar todo con aquella penumbra anaranjada, me permitía distinguir los colores de los frentes. Cabía la posibilidad de que se me hubiese pasado alguna de las primeras casas de la calle, ya me hallaba llegando al final, por lo que pisé el acelerador y me dispuse a dar la vuelta manzana.

Estacioné en la cuadra de a la vuelta. Había una casa que tenía un cartel de «Se vende», y algo me decía que los dueños no estaban allí. Supuse que vender una casa en ese barrio sería un hueso difícil de roer.

La lluvia seguía arreciando como si recién hubiese comenzado. Era hora de mojarse de en serio. Me puse la capucha de mi impermeable, al menos a nadie le llamaría la atención mi atuendo, y me apeé del coche.

Tras un rápido vistazo comprobé que no había nadie paseando a su perro.

Caminé sigilosamente hasta la esquina, y una vez allí comencé mi rastrillaje visual.

Debía buscar una fachada verde.

Barrí con los ojos las casas de la izquierda, pero nada. No había ni un solo frente de color

verde.

Volqué mi atención sobre la vereda de la derecha, y allí tampoco parecía haber un frente verde. Podría caber la posibilidad de que el video hubiese sido filmado en otro lado. Ya estaba por darme por vencido, cuando mis ojos, a través de la cortina de agua generada por la lluvia, vieron unas rejas negras. Sabía que ese no era el color que buscaba, pero detrás de las rejas, como un tesoro escondido a plena vista, una media sombra verde se extendía, abrazando el enrejado.

Bingo. Había encontrado el hogar del energúmeno.

Capítulo ocho

Caminé pegado a las casas que se hallaban antes de las rejas, lo mejor sería que no me viesen venir. Una vez que llegué al límite inicial, descorrí con cuidado un extremo de la media sombra verde, y por el recoveco pude observar el brillo de lo que creí era un televisor.

Genial. Los chicos estaban teniendo una noche de películas.

Miré rápidamente hacia ambas direcciones, y tras asegurarme de que ningún vecino curioso me estuviese viendo, me puse unos guantes de látex que saqué del bolsillo del impermeable (no importaba que estuviese lloviendo, el Diablo estaba en los detalles, y no iba a dejar una huella parcial en la escena de un crimen) y salté el enrejado.

A pesar de un césped descuidado y demasiado crecido, mi rodilla derecha (la mala) se quejó por el esfuerzo de amortiguar la caída, pero acallé el dolor apretando los dientes. No podía darme el lujo de soltar un quejido y revelar mi posición. Quizás la lluvia podría camuflarme, pero tampoco debía tentar a la suerte.

Una casa prefabricada se hallaba en el medio de un amplio terreno.

En el fondo, oculto por unos arbustos que al igual que el césped crecían descontrolados, una especie de galpón protegía una moto, un auto, y diversos trastos.

El césped, crecido hasta mis rodillas, parecía muy capaz de ocultar serpientes, ratas, y Dios vaya a saber qué más, sin embargo, lo aprovecharía para disimular mis pisadas.

La ventana por la que salía la luz estroboscópica parecía ser la misma que la del video de Maricio. Si mi memoria no me fallaba, y a nuestro rufián no se le había dado por redecorar su guarida, una suerte de comedor debería de hallarse tras aquella pared.

Caminé pegado a la pared lateral hasta llegar al extremo derecho de la casa. La lluvia seguía cayendo con fuerzas, brindándome su camuflaje.

Según el resplandor, el televisor debería de estar ubicado del otro lado de la ventana, por lo que, a menos que hubiesen dejado el televisor encendido, Maricio y Carlos deberían de estar de mi lado, siempre y cuando Carlos estuviese ocultándose con su compinche.

Nunca antes había realizado un trabajo de este modo. Por lo general Pedro era el que solía planificar la logística. Nunca actuábamos de manera impulsiva, pero esto era diferente.

Comencé a bordear la casa en busca de otra vía de acceso. Hasta ahora solo había visto la puerta principal y la ventana por la que salía el resplandor del televisor. El lateral derecho era ciego, tan solo el motor de un aire acondicionado colgaba en lo alto.

A la vuelta, una puerta trasera comunicaba con el patio, y parecía fácil de vulnerar.

Una pequeña ventana, probablemente de la cocina, se hallaba próxima a la esquina.

Procurando no hacer ruido, me acerqué a la pequeña abertura y eché un vistazo al interior de la casa.

Tal y como había sospechado, aquella ventana pertenecía a la cocina. A pesar de la oscuridad, fui capaz de divisar un refrigerador, una mesa, y tres sillas. Todo el interior de la casa parecía estar a oscuras, a excepción del comedor en donde estaba el televisor, cuyo resplandor se colaba por un angosto pasillo.

Bueno, era la hora de la verdad. Tras asegurarme de que no había nadie en la cocina, tomé el

picaporte de la puerta trasera, cabía la posibilidad de que estuviesen tan ebrios de poder y vanidad que quizás se les hubiese pasado cerrar con llave, y efectivamente, la puerta se abrió.

El viento y el repiqueteo de la lluvia contra el techo acallaron el leve chirrido que emitió la puerta, sin embargo, debía darme prisa y esconderme dentro por las dudas.

Cerré la puerta con velocidad y cuidado, observé rápidamente el interior de la cocina, y tras evaluar las diferentes posibilidades me escondí detrás del refrigerador.

Aguardé unos minutos, esperando a que apareciese Maricio, Carlos, o algún otro posible secuaz, pero nadie vino. Genial. La teoría acerca de los ruidos y la tormenta seguía cumpliéndose. De igual modo, y pese a que mi intrusión no les llamó la atención, no podía confiarme.

Sobre la mesada de la cocina yacían cajas vacías de hamburguesas y de pizzas, platos, cubiertos y vasos sucios. Parecía que la limpieza, cuando no se trataba de la competencia, no era su fuerte. Tomé un vaso, supuse que no lo extrañarían, y lo dejé caer.

El estallido del cristal contra el suelo de linóleo tendría que llamar su atención.

Aguardé tras el refrigerador con una mano empuñando el *Colt Python* y la otra empuñando el cuchillo.

Ya estaba listo para lo que viniese, pero nada vino. ¿Qué cojones? ¿Dónde se había metido esta gente?

Tras algunos minutos, estaba seguro de que nadie vendría, decidí emplear el plan «B», el cual básicamente se trataba de confrontarlos y disparar antes que ellos.

Además de este plan, una idea paseó fugazmente por mi cabeza. Aquella idea hasta podría ser mejor que el tiroteo entre bandas, y creí que podría funcionar. Sin perder tiempo, tomé un cuchillo del montón de cubiertos sucios y me lo guardé en el bolsillo.

Avancé sigilosamente por el angosto pasillo que aparentemente comunicaba la cocina con el comedor, y a medida que lo hacía, pude divisar el extremo de un sillón que sobresalía levemente y cuyo contorno se dibujaba con el destello del televisor, el cual apenas emitía un leve sonido.

Efectivamente, al otro lado del pasillo estaba el comedor, en donde había una mesa, unas sillas, y aquel sillón del cual había visto un extremo. El sillón se hallaba ubicado sobre la pared que tenía delante a la izquierda. Cerré los ojos un momento para evocar las imágenes de aquel video de Maricio, y recordé que lo había grabado sentado en un sillón gris de tres cuerpos. Probablemente se hubiesen quedado dormidos, o a juzgar por la falta de atención, drogados. Quizás pensaron que hoy era un buen día para festejar y colocarse hasta las cejas. Aprenderían la lección del peor modo.

Apreté con fuerzas la empuñadura del revólver, y tras inhalar profundamente, avancé con paso veloz.

Apunté hacia mi izquierda, pero no fue necesario disparar de inmediato. Sobre el sillón, tanto Maricio como Carlos se hallaban dormidos, aunque a juzgar por sus expresiones, parecían un tanto intoxicados. Menudas piezas que me había encontrado.

Me acerqué lentamente a los jóvenes arruinavidas, y el olor a alcohol me abofeteó de lleno. En el suelo, junto a unas botellas de vodka, había un cenicero en donde descansaban unos cigarrillos que seguramente eran de marihuana, y una bolsa con pastillas de colores. Se habían tomado muy a pecho el lema que dice «Hazlo a lo grande o vete a casa», aunque bueno, técnicamente estaban en su casa.

Maricio tenía la escopeta recortada de su video apoyada sobre su regazo, como si le pudiese servir de algo en el estado en que estaba. Había sido un milagro que no se hubiese disparado,

aunque, quizás podría influir en que ese milagro no se cumpliese.

Enroqué mi cuchillo por el cuchillo sucio que había tomado prestado en la cocina, y en ese momento noté que Maricio comenzó a moverse.

Hostia. Tendría que darme prisa.

El rufián comenzó a bostezar con los ojos cerrados al tiempo que se rascaba la cabeza.

Era ahora o nunca. Decidido, luego de guardar el revólver en mi cintura, le tapé la boca con la mano libre y con la otra hundí la hoja grasienta del cuchillo en su garganta. Ahora sí que se cumplía el dicho que reza, «La comida chatarra te matará».

Maricio se apagó antes de poder darse cuenta de lo que ocurría. La sangre comenzó a fluir desde su cuello como el relleno de un volcán de chocolate.

Sin tiempo que perder, tomé la mano del finado criminal, la coloqué sobre la escopeta recortada, y tras apuntar con cuidado el cañón hacia el responsable de haberle arruinado la vida a Carola, apreté el dedo de Maricio contra el gatillo.

El disparo fue ensordecedoramente placentero. Nunca antes había sentido algo al quitar una vida, pero ahora, como dije antes, era diferente. La sangre y los sesos se desperdigaron contra la pared que se hallaba detrás de Carlos, y este quedó tendido boca arriba, o bueno, debería decir en posición supina, porque el disparo le borró buena parte de la cabeza.

Aquello era mucho mejor que una balacera entre bandas. La policía, si es que empleaba la lógica que esperaba que emplease, pensaría que los jóvenes malvivientes, luego de una noche de excesos, coronaron la velada con un pleito que culminó en tragedia. Para fortalecer esta versión de los hechos, tomé el cuchillo y lo coloqué con cuidado en la mano de Carlos. La mesa estaba servida para que el caso fuese cerrado y archivado.

Volví sobre mis pasos, ya estaba a punto de salir por la puerta trasera, pero en ese momento pisé un trozo de cristal del vaso que había dejado caer. Joder. Debía limpiar mi desastre. El vaso no encajaría con la versión que quería que la policía se creyese. Podría abrirse una puerta de teorías respecto a si entró alguien por la puerta trasera. Como suelo decir, mejor prevenir que lamentar. El Diablo está en los detalles.

Como era de esperarse, los elementos de limpieza brillaban por su ausencia, de modo tal que tuve que juntar los trozos de cristal con la mano, tomando la suficiente precaución como para no cortarme.

Afortunadamente contaban con un cesto para la basura, el cual empleé para votar los trozos de cristal. Dudaba que pudiesen vincular un vaso roto en la basura con la posible presencia de un tercero.

El limpiar los restos del vaso también me hizo dar cuenta de otro detalle. Quizás pasasen muchas horas antes de que llegase la policía, pero si la suerte estaba en mi contra, podrían llegar y ver el rastro de agua que había dejado a mi paso. Por tal motivo, tomé unas cuantas servilletas de papel, por suerte contaban con estas, y sequé concienzudamente mi rastro.

Listo. Ya sin más que hacer en aquella morada, lancé un último vistazo y salí como entré.

Capítulo nueve

Una extraña sensación recorrió mi cuerpo al poner un pie en el patio. La lluvia se sentía diferente. No sabía a qué se debía. No había venido a matar a Maricio, pero bueno, algo me decía que el mundo sería un sitio mejor sin él. Quizás debería de sentir algo de remordimiento, pero hacía mucho que ese sentimiento había desaparecido de mi interior. La muerte puede tener un curioso don insensibilizador. A medida que empiezas a acumular más y más en tu haber, tu lado humano desaparece, quedando oculto tras una sombra impenetrable de inmisericordia, apatía e impasibilidad.

Quizás estaba esperando que luego de haber visto a Maggie en el espejo, las emociones regresasen a mí, pero no lo habían hecho. ¿Eso era malo? No lo sabía. Quizás simplemente las emociones no regresaron porque el motivo que me trajo a este sitio estaba conducido por la «justicia». Lo sabía, una justicia completamente imparcial desde los ojos de la sociedad, pero que a mí me supo a justicia verdadera. El dolor en los ojos de Carola era todo lo que necesitaba para saber que esto estaba bien. Puede que las muertes de estos malvivientes no le devuelvan a su hijo, pero como había deseado, ya no le volverían a hacer algo así a otra persona.

Tras aquel momento de reflexión bajo la lluvia, volví a lo que me concernía de manera inmediata, salir de aquel sitio.

Comencé a bordear la casa, cuando por encima del ruido de la tormenta, me pareció escuchar un auto que estacionaba.

Joder.

Me oculté rápidamente detrás de la pared, y con mucho cuidado asomé levemente la cabeza para espiar lo que ocurría.

Las luces de un vehículo brillaban tras la media sombra verde. Genial. Teníamos visitas.

Pese a que aparentemente me iba a tener que topar con algunos colegas de Maricio y de Carlos, mis pulsaciones continuaban estables, unas cuarenta y cinco por minuto. Un médico al que había ido a ver por un chequeo de rutina me había dicho que mi condición se denominaba bradicardia fisiológica, y que por lo general las personas entrenadas la poseen, ya que tienen una mayor eficiencia cardiovascular. Recuerdo que me había preguntado qué deporte practicaba. Desde luego que le mentí. No le iba a decir que había forjado unos nervios de acero a base de matar personas.

Si mal no recuerdo, la ballena azul también posee una frecuencia cardíaca baja, alrededor de diez a veinticinco pulsaciones por minuto. En su caso se debe a una adaptación que le ayuda a conservar energías mientras se sumerge en aguas profundas durante largos períodos de tiempo. En cierto modo, quizás un tanto poético, me asemejaba a las ballenas azules, solo que en mi caso había generado esta adaptación para adentrarme en las zonas oscuras de mi mente.

Fuera cual fuese el caso, el conservar la calma era extremadamente útil en ciertas ocasiones, y vaya que esta lo era.

Aguardé unos segundos, sería mejor esperar para ver que ocurría. Quizás era un automovilista perdido. Menudo sitio para perderse.

Al cabo de unos treinta segundos, una bocina chilló desde la calle.

¿Qué clase de automovilista perdido tocaría la bocina frente a la casa de un desconocido a medianoche?

No. Definitivamente no era un automovilista perdido.

Quizás algún cliente habría venido a buscar su dosis de felicidad instantánea. Puede que luego de algunos minutos se diese por vencido.

Antes de que pudiese pasar un minuto, la bocina volvió a chillar desde la calle, en esta ocasión sosteniendo su histriónico pitido por unos interminables cinco segundos.

Puede que la tormenta continuase con fuerzas, pero si el drogata de turno no desistía de continuar tocándome los cojones, llamaría la atención de los vecinos. Necesitaba que nadie se despertase a husmear por la ventana hasta que estuviese lo suficientemente lejos, o al menos en el interior de mi auto.

Las luces de la calle, a pesar de poseer una intensidad más baja que mis pulsaciones, me iluminarían si decidía trepar el muro lindero y salir por la casa del vecino.

Otra bocina, la tercera, volvió a sonar, demostrando que nuestro visitante no se daría por vencido hasta obtener su mercancía.

Mi mano buscó instintivamente el revólver. No quería matarlo, pero si no me quedaba otra opción, tendría que hacerlo. No podía dejar que me ubicasen en la escena de un crimen.

Mi mano entró en contacto con el *Colt*, cuando de pronto, aquello que me había parecido un problema mientras conducía hacia aquí, se convirtió en una solución.

Las luces de la calle se apagaron de golpe, sumiéndolo todo en una oscuridad casi tan impenetrable como la de mi interior.

Ahora, con el barrio convertido en una boca de lobo, nuestro desesperado amante del claxon pareció reconsiderar sus prioridades y apretó con fuerzas el acelerador.

Afortunadamente había reinado el sentido común y valoró más su vida que su vicio, cosa que, si hubiese estado colocado, no hubiese sucedido. De seguro que en otro estado hubiese sido capaz de esnifar un aromatizante de pino con tal de saciar el apetito desatado, pero al parecer estaba lo suficientemente sobrio como para saber que el barrio era un sitio peligroso.

Con las calles a oscuras, los forajidos tendrían vía libre para actuar como les placiese.

Ya sin la presencia del inoportuno visitante nocturno, desandé mis pasos hasta la reja, y una vez allí, procurando emplear la pierna izquierda, trepé y salté al otro lado.

En menos de un minuto estaba en mi auto, escuchando a Chopin, y listo para regresar a casa.

Nadie me había visto. Hoy se había hecho justicia.

Capítulo diez

Como se suele decir, hay que dejar escapar todo el odio de nuestro interior antes de que corroa nuestra fe, y aunque no tenga más fe que el más ateo de los ateos, el liberar a la bestia que habita en las profundidades de mi interior se sintió jodidamente bien.

Según lo que había leído en un libro de psicología que había pillado en la biblioteca pública, «El arte de conservar la locura», mi personalidad tenía tendencias psicopáticas, principalmente por la falta de remordimiento, aunque aún conservaba algo de humanidad, ya que todavía era capaz de sentir empatía. Alabado sea Jesús.

Según lo que estaba escrito en este libro de dudosa procedencia (con ese título su seriedad era más que cuestionable), se podría decir que los psicópatas podrían encarnar el papel de héroe en un hipotético caso, y que los perversos, aquellos que tienen un disfrute patológico por causar sufrimiento a los demás, ya sea físico o psicológico, podrían encarnar el papel de villanos. Dicho de otra manera, más específicamente en palabras del icónico teniente Cobretti, los perversos eran la enfermedad, y yo era la cura.

La crueldad se combate con crueldad, y eso me lo enseñó este sistema manejado por perversos, ya que no me cabe en la cabeza otro tipo de explicación para que se permitan tantas injusticias.

Puede que aquel libro haya tenido algo que ver con el hecho de que haya accedido a la solicitud de Pulgoso, aunque… creo que no es justo volcar toda la responsabilidad en mi adorable amigo fiel. De seguro mi mente, ansiosa de justicia, tradujo el ladrido y los gemidos de mi perro como una orden para actuar. Siempre es mucho más fácil responsabilizar a los demás en lugar de hacernos cargo de nuestros verdaderos deseos.

Mientras conducía bajo una noche tormentosa, con los compases de Chopin musicalizando mis pensamientos, una fuerte sacudida hizo que volviese a mi habitáculo. Dos vehículos me habían pasado, uno de cada lado, a una velocidad que fácilmente superaba el límite.

A juzgar por las prisas, por el modo tan temerario en que conducían, y por el hecho de que se pasaron el semáforo en rojo, aquellos dos estaban corriendo una carrera clandestina. Aquello nunca había sido de mi agrado, pero no podía perseguirlos por el simple hecho de que no compartiese lo que hacían. Sin embargo, sabía que eran unos asesinos potenciales, porque, como solía decir mi padre, «un auto es como un revólver cargado». Aquellos dos bien que podrían cargarse a alguien y desaparecer sin que quedase rastro alguno de su paso.

Apreté con fuerzas el volante, me quedé un instante pensando en cómo proceder, pero finalmente terminé inclinándome por regresar a casa tal y como tenía planeado. La noche ya había tenido la suficiente acción, y lo que menos quería era que me ubicasen en la calle a estas horas. Estaba seguro de que no había dejado ninguna huella en la casa de Maricio, pero siempre era mejor pecar de precavido.

De tal modo, a través de las gotas de lluvia que abarrotaban mi parabrisas, observé a los dos vehículos que se esfumaban en el oscuro horizonte.

Intenté volver a concentrarme en Chopin, en mis pensamientos, en lo que acababa de hacer, pero había algo que me impedía alcanzar la tranquilidad necesaria.

Ese algo se materializó unas cuantas calles más adelante. Los dos vehículos que me habían pasado a escasos centímetros y casi me habían arrancado ambos espejos retrovisores se hallaban detenidos, con las luces encendidas, y parecía que algo había sucedido.

Era extraño, porque ahora que el semáforo se hallaba en verde, los vehículos estaban detenidos en mitad del cruce, como si algo los hubiese frenado por arte de magia.

Otro auto, que no reconocí, se hallaba estacionado a un costado.

De un momento a otro pude ver que una chica se bajaba de uno de los autos que estaban corriendo carreras y se acercaba al vehículo que no había reconocido.

Aminoré la marcha, más por precaución que por curiosidad, ya que sobre el asfalto se podían ver cristales y lo que parecían ser trozos de carrocería, y avancé aprovechando el semáforo en verde.

Al pasar junto a los vehículos, observé que la chica estaba completamente tranquila, incluso juraría que parecía reírse, como si hubiese hecho algo digno de admiración.

En el auto estacionado se hallaba un chico, quizás un poco mayor que la chica, y parecía estar hablando por teléfono.

Ni siquiera se molestaron en observarme. A veces podía tener esa cualidad de invisibilidad. La gente parecía no percatarse de mi presencia.

Avancé lo suficiente como para no despertar sospechas, podría pasar muy inadvertido, pero si me estacionaba junto a ellos llamaría su atención. Estacioné delante de un auto a unos treinta metros, y apagué el motor.

Por el espejo retrovisor que a poco estuvo de pasar a mejor vida instantes atrás observé que del otro auto que corría carreras se bajó otra chica, y su actitud era muy similar a la de la otra que había bajado primero. De hecho, ambas vestían vestidos de noche y se las veía bastante arregladas.

Parecía no molestarlas el hecho de que la lluvia arruinase sus maquillajes y sus peinados.

Por mi cabeza se cruzó la idea de que quizás estaban alcoholizadas y chocaron entre ellas. Eso explicaría las risas y los cristales rotos que decoraban el mojado asfalto, pero un rápido vistazo a sus vehículos me indicó que solo uno se hallaba chocado. ¿Contra qué se habría siniestrado?

Pasaron algunos minutos y otro vehículo llegó. Un hombre mayor con un paraguas se apeó del automóvil y cubrió a las chicas, quienes a estas alturas parecían haber salido de una piscina.

Ya había demasiada gente, y eso no me gustaba.

Puse en marcha mi auto, dispuesto a alejarme del sitio con la duda a cuestas, cuando unas luces azules comenzaron a filtrarse por mi luneta trasera, haciendo que mi curiosidad si disparase de inmediato. Si ya tenía intriga acerca de lo que había ocurrido, el que la policía acudiese con tanta premura hacía que desease mucho más saber la verdad, pero lamentablemente no iba a poder ser.

Era de noche, estaba lejos de casa, y no tenía ninguna excusa medianamente decente para blandir en caso de que me preguntasen lo que hacía, por lo que pisé el acelerador y me fui de la escena silbando bajito, como quien se va de una discoteca sin querer saludar a nadie.

Estaba seguro de que aquellos buitres que lucraban con la desgracia ajena hablarían del caso al otro día, o si era optimista, en algunas horas.

Capítulo once

Hogar, dulce hogar. Podrían existir muchos sitios bonitos en el mundo, pero nada se comparaba con la paz que me transmitía mi hogar. El silencio, la confidencia, la calma.

Me sequé los zapatos en el tapete de la entrada, dejé el abrigo en el perchero, y en contra de lo que le había dicho, Pulgoso vino a recibirme.

En su mirada se podía apreciar que recién se despertaba. Su cola se movía lentamente, como si estuviese contento. ¿Sabría que lo había hecho?

Cielos.

Lo acaricié detrás de las orejas por algunos segundos hasta saciar su sed de mimos, y así como vino, se fue nuevamente a la habitación a continuar con su sueño nocturno.

Ya cambiado, me preparé algo de comer. Siempre que salía a «trabajar» de noche se me abría el apetito sin importar que hubiese cenado.

Me preparé unos huevos revueltos que acompañé con unas rodajas de pan para luego sentarme en la mesa de la cocina mientras encendía el televisor y bajaba el volumen para no despertar a Pulgoso.

Como era de esperarse, los noticieros no decían nada acerca del «supuesto choque». De seguro a la mañana la cosa cambiaría.

Me terminé la comida, y como quien se tiene que levantar a primera hora para ir a trabajar, me fui a la cama sin escalas.

A pesar de la curiosidad que me había despertado el escenario que había tenido que abandonar en contra de mi voluntad, la sensación de bienestar tras haber terminado con las vidas de aquellos malvivientes me embriagaba tanto que el sueño me alcanzó de inmediato.

Tras haber dormido mis siete horas como un bebé, desperté con una sensación de liviandad que me permitió levantarme de la cama sin molestias. Hacía bastante que no dormía de aquel modo.

Pulgoso, quien continuaba enroscado a los pies de la cama, me observó, como fastidiado por mi despertar, y comenzó su ritual para comenzar el día.

La luz del sol entraba por la ventana, demostrando que el sujeto del clima se había equivocado, y un nuevo día me aguardaba por delante.

Luego de que me hubiese cambiado, saqué a mi fiel amigo para que hiciese sus necesidades, y mientras lo hacía, pasé por el kiosco para pillar el periódico del día.

Lo sé, ¿quién lee el periódico en papel hoy en día? Pues yo. Siempre me había gustado esa sensación de tocar el papel, de ensuciarme las yemas de los dedos con la tinta, el pasar de las páginas, el olor que se desprendía de estas. Todo aquello conservaba algo tan genuino, tan único, tan especial. Quizás lo que lo volvía tan especial era el hecho de que Maggie siempre solía traérmelo. Sentía que al leerlo de esa forma podía revivir una época de mi vida que ya no volvería.

—Gracias, Paco —le agradecí al hombre del Kiosco que siempre me atendía tan amablemente.

—Gracias a ti, Fausto —me contestó—. Si la cosa sigue así, dentro de poco los diarios en

papel dejarán de existir. Ahora la gente prefiere leerlo en sus celulares, o sus tabletas. ¿Tú puedes creer eso? ¿A dónde iré a parar? —me expresó su preocupación.

—Este mundo se está yendo al garete. Solo nos queda resistir y dar toda la pelea que podamos —intenté sonar optimista, aunque por dentro estaba completamente convencido de que no había nada que hacer. Los supuestos «avances» no hacían más que mantenernos cada vez más ensimismados, aislados del contacto con el otro, quien, a todas luces, parecía ser el enemigo por naturaleza sin importar que no lo conociéramos. Era como si los grandes cabecillas que manejaban los hilos del mundo y de esta fábula que algunos llaman vida, quisiesen que las personas se odien cada vez más, y que solo estén atentas a lo que pasa dentro de sus móviles, o en la televisión. Tal y como decía Paco, si la cosa seguía avanzando, el sedentarismo ganaría terreno sobre un estilo de vida saludable, volviendo a las personas en seres propensos a las enfermedades y, por ende, farmacodependientes. La fórmula perfecta para que las grandes compañías continuasen engordando sus arcas a costa de la salud del pueblo.

Me despedí del hombre del kiosco deseándole que tenga un buen día (obviamente guardándome aquellos pensamientos fatalistas para mí), y mientras caminaba de regreso a casa comencé a leer la portada.

Nada.

No tenía muchas ilusiones de encontrar la noticia allí, pero con fijarme no perdía nada.

Después de que Pulgoso se tomase su tiempo para evacuar, volvimos a casa y puse la televisión con la misma premura y ansiedad que un niñato sintoniza su canal de caricaturas al regresar del colegio.

Nada.

Los noticieros no decían nada al respecto, lo cual podría significar dos cosas. O bien el incidente no había pasado a mayores, o bien había ocurrido algo grave y las involucradas eran de familias adineradas.

Pasé todo el día haciendo zapping, deseando toparme con la noticia que tanta curiosidad me generaba, pero todos los noticieros hablaban de lo mismo de siempre.

Recién a la noche, cuando ya estaba por disponerme a preparar la cena, una nueva noticia iluminó la pantalla. La policía había hallado dos cuerpos en la casa de un «reconocido malviviente», decía textualmente el titular.

Según fuentes oficiales, anunciaba el locutor, una disputa habría tenido lugar en el domicilio de un reconocido malviviente, dando por resultado la muerte del dueño de la casa y de otro sujeto. Según los oficiales a cargo, todo estaba demasiado claro. Los sujetos se habían alcoholizado por demás y encontraron la muerte tras una violenta disputa.

Aleluya por la tenacidad investigativa de los peritos forenses.

Carola había tenido justicia, y eso tendría que bastar para que mi mente se calmase, pero como si fuese un adicto al azúcar, aquello tan solo me sirvió por un instante. Mi hambre voraz me pedía a gritos algo más, era como si hubiese abierto una puerta, y el cerrarla no estaba en mis capacidades.

El único modo de cerrar aquella puerta era sabiendo lo que había ocurrido con aquellos vehículos que corrían carreras.

Otro día llegó, repetí mi rutina de apenas levantarme, y al regresar, tal y como pensaba, la noticia finalmente había llegado a la pequeña pantalla.

Allí, encerrado por los delgados bordes negros del televisor, un periodista estaba presentando la noticia en cuestión.

El darme cuenta de esto fue sencillo, ya que la cámara enfocaba a dos chicas muy coquetas. Sus rostros, como siempre suele ocurrir, se hallaban pixelados, protegiendo su identidad y privacidad. Eso ya indicaba que eran responsables de algo grave.

Es curioso cómo funciona la lógica de los noticieros. Cuando el victimario es un hombre de familia que robó un cartón de leche y un poco de pan, muestran su rostro por todos lados, como así también ventilan su nombre y donde vive, pero cuando se trata de algún asesino, violador, o temerario al volante, siempre suelen ocultar su rostro.

El presentador parecía medir muy bien sus palabras, como si estuviese presionado para no decir nada de más.

Según la noticia, las dos chicas habían chocado mientras una estaba guiando a la otra para que llegase a una supuesta salida de la carretera.

—«Guiando» mis narices —no puede evitar soltar mientras observaba con indignación.

Aquellas dos no estaban conduciendo como si una estuviese guiando a la otra.

Mientras el presentador seguía contando lo sucedido, o al menos la versión que el abogado de las involucradas quería que cuente, su imagen fue reemplazada por unos videos de seguridad en donde se veía el cruce en cuestión.

En el video se podía ver claramente que las chicas iban a una velocidad que indicaba más una carrera clandestina que un «tour guiado».

Mientras el semáforo se veía claramente en rojo para las conductoras temerarias, un joven venía por la derecha y se disponía a cruzar el semáforo que estaba en verde para él. La acción ocurrió en un segundo. El joven, que venía conduciendo una motocicleta, fue embestido violentamente por uno de los vehículos que venía corriendo carreras, saliendo eyectado del asiento a gran velocidad. El video en ese momento se pixelaba para que los espectadores no vieran las secuelas del choque, pero a juzgar por la distancia que recorrió en el aire, el joven debería de haber muerto.

El hecho por el que no lo vi fue porque estaba sobre la calle que cruzaba.

Eso explicaba el que solo un auto estuviese chocado.

La grabación continuaba, mostrando a la joven que había visto bajarse primero hablando con un auto que llegó a los pocos minutos. Aquel debía de ser el chico que estaba hablando por teléfono. Luego, cumpliendo el sueño de cualquier cholulo o amante de la televisión, pude presenciar una perfecta toma que captaba el momento en que pasaba junto a la chica.

Cielos. Si no quería levantar sospechas, lo estaba haciendo bastante mal.

Por suerte el video solo grababa unos metros más allá del cruce, dejándome fuera de escena rápidamente.

Tal y como había presenciado, el video mostró al hombre mayor que llegaba y cubría a las chicas con un paraguas, para luego finalmente mostrar a la policía llegando con sus alcahuetas luces.

A partir de aquí todo era desconocido para mí.

La policía pareció dirigirse de un modo sumamente amable a la chica que había chocado al chico de la moto, como si fuese «la hija de». Seguramente el hombre mayor tuvo algo que ver con ese trato.

Me sorprendió, al igual que al presentador, ver que la policía parecía no demostrar interés apremiante por ver el estado del joven arrollado, como si su vida no importase.

Otros vehículos de la policía se sumaron al primero, y en esta ocasión, según lo que detallaba el cronista de la noticia, un agente había querido realizarle el examen de alcoholemia a la joven,

pero esta se había negado, cosa cuanto menos sospechosa.

Luego, mientras esperaban a que llegase la ambulancia, y ante la atenta y cómplice mirada de los policías, la chica se dirigió hacia donde habían ido a parar las pertenencias del joven llamado Iván, desde luego el nombre de la chica no fue compartido como era de esperarse, y sin ningún tipo de pudor ni decencia, comenzó a manipular las cosas del joven que, si no estaba muerto, agonizaba por su vida.

Aquello era mucho más sospechoso que el negarse al examen de alcoholemia, sin embargo, el que la policía se lo hubiese permitido lo era mucho más.

La ambulancia llegó a la media hora, cuando finalmente se llevaron a Iván, quien milagrosamente seguía con vida. Todo indicaba que el casco había evitado que muriese en el acto, sin embargo, su estado era crítico.

Por primera vez me llamó la atención el que un presentador estuviese dando tantos detalles. Según sus palabras, el joven Iván estuvo agonizando en el hospital durante más de doce horas, período que tuvo que atravesar solo, ya que ni las autoridades del hospital, ni la policía, ni el fiscal, consideraron que era oportuno dar aviso a sus familiares. Finalmente, tras dar una dura batalla, Iván murió. Su madre, como su esposa y sus hijos pequeños, tuvieron que enterarse por la radio, demostrando una completa negligencia por parte de las autoridades.

Luego de describir los eventos que acontecieron durante la noche y el transcurso de la mañana, el presentador culminó la nota pidiendo que se haga justicia por Iván. Algo me decía que aquel latiguillo podría costarle muy caro.

Para que la policía se coluda con el hospital y con la fiscalía, un pez muy gordo debía de estar detrás de todo.

Sin importar la gravedad que acababa de comunicar, y su posterior pedido de justicia, la voz del presentador se tiñó de energía y pasó a anunciar una cortadora de pasto a la que no había mala hierba que se le resistiese.

Dios. Era increíble la moral de las personas. En un momento estaban pidiendo justicia por un joven asesinado, y al otro, como si esa demostración de emociones fuese una simple máscara, estaban anunciando una podadora. ¿En qué nos estábamos convirtiendo?

Al menos nos convertiríamos en unos monstruos con el pasto prolijamente podado.

De todos modos, si de monstruos se trataba, ahí tampoco podía hablar mucho, aunque al menos la hipocresía no estaba entre mis defectos.

Capítulo doce

Despejada la duda referente a lo sucedido, y con la fuerte convicción de que aquella chica era una merecedora de mi nuevo modo tan particular de impartir justicia, pensé que lo mejor sería estar completamente seguro. Los accidentes, por más que no estuviese del todo de acuerdo con el significado que las personas les otorgaban, podían ocurrir, y si existía algún atenuante que pudiese salvar a la joven asesina, debía de estar seguro de encontrarlo.

Sin mucha dificultad, pude enterarme de la identidad de la conductora principal. Supuestamente era una chica que se había hecho famosa por su modo tan temerario de conducir. En varios videos se la podía ver cruzando semáforos en rojo mientras observaba fijamente la cámara de su celular. También había videos en que los cruzaba mientras cerraba los ojos, otros en los que ponía al límite a su auto en medio de la ciudad, volviendo cada cruce en una suerte de ruleta rusa.

Según sus palabras, la vida era demasiado aburrida si se vivía dentro de las normas, por lo que le era necesario salirse de vez en cuando y desafiar al destino. Supongo que vivir por fuera de las normas significaba arriesgar la vida de inocentes.

Vaya. Cada vez que echaba un vistazo a la sociedad me daba cuenta de que no estaba tan mal de la cabeza. A veces los monstruos pueden vestir un vestido rosa y usar extensiones de pestañas.

A pesar de aquellos videos y aquellas declaraciones levantadas de sus redes sociales, eso no terminaba de ser del todo concluyente. Debía encontrar algo más.

Continué investigando en internet, y rápidamente descubrí que la noticia se había propagado como la peste. Ya se hallaba en boca de todos. Ciertamente iba a ser un blanco de un perfil demasiado alto, por lo que las improvisaciones no podían existir.

Rápidamente me topé con un audio que se había filtrado del celular de Clara, la conductora asesina. En él, se oía como le decía a Juana, la otra conductora, que debían hacerse pasar por locas para que no las molestaran y las dejasen seguir con sus vidas.

—Seguir con sus vidas… —repetí entre dientes.

Es increíble el modo en que las personas desean pasar página cuando ocurre un accidente, lo cual, en algunos casos está bien, pero cuando tú eres el responsable del accidente y le has arruinado la vida a la familia de otra persona, el querer desligarte de tus responsabilidades es una actitud completamente despreciable.

Un hilo de comentarios hablaba acerca de la secuencia en la que Clara se había acercado a las pertenencias de Iván. Supuestamente habían querido ensuciar la imagen del joven motociclista y aludir que el culpable había sido él por conducir bajo los efectos de estupefacientes. Afortunadamente el abogado de la familia del joven logró hacer valer el sentido común y se descartó esa acusación, aunque no se logró imputar a Clara por implantación de pruebas.

Según otras grabaciones de tránsito, la carrera venía teniendo lugar hacía varias calles. Ambas conductoras habían cruzado un sin número de semáforos en rojo, y cerca estuvieron de arrollar a un hombre mayor que volvía de trabajar en bicicleta.

Aquello era una tendencia destructiva, y estaba seguro de que no cambiaría.

Luego de recabar una más que suculenta pila de información en contra de la conductora

asesina, pensé que quizás ya había estado implicada en algo parecido anteriormente, y efectivamente, no me equivocaba. Hacía dos años había arrollado a una señora mayor que venía de hacer las compras. Su defensa logró aludir que había sido víctima de un conductor imprudente y que se había tenido que desviar para no causar un daño mayor. Luego, otro incidente había tenido lugar hacía cuatro años, en el que había arrollado a un niño que había cruzado la calle sin mirar, supuestamente detrás de su pelota de fútbol. Aquí la defensa de Clara pudo blandir como excusa el que la joven estaba escapando de un intento de robo, y que el estrés por haber estado a punto de perder la vida le había nublado la visión y el juicio. Por increíble que suene, logró salirse con la suya. El juez pareció haber tenido en cuenta el hecho de que el niño cruzó la calle sin supervisión y de manera sorpresiva.

Probablemente hayan ocurrido muchos casos más, y lo peor de todo es que ella continuaba como si nada, demostrando claramente una falta de culpa y remordimiento.

A pesar de que tenía toda esta información, no podía hacer nada hasta que la justicia terminase de dictaminar.

Según los medios e internet, la joven había prestado declaración y se había ido a su casa a esperar, algo cuanto menos extraño, ya que a cualquier cristiano por mucho menos lo meten en el calabozo para que escarmiente.

De igual modo, mientras la joven permaneciese en su casa, con la justicia vigilándola, no iba a poder ponerle las manos encima.

Capítulo trece

Tras el subidón por el «acto justiciero» que había calmado mi sed de sangre, y teniendo en cuenta que debía esperar a que Clara diese un paso en falso, o se saliese del radar de las autoridades, me vi sumido en una extraña apatía.

No sabía lo que me ocurría. Hasta antes de ver la noticia de Carola y el posterior llamado a lo salvaje por parte de Pulgoso, era como si mi vida hubiese estado envuelta en una suerte de calma, puede que una calma ficticia, endeble, y llena de fisuras, pero al menos era capaz de pasar más de diez minutos sin pensar en cobrar justicia por mano propia. Ahora, puede que debido a que había destapado la olla, el deseo por enmendar las cosas que estaban mal en este mundo parecía perseguirme todo el tiempo. Mi mente, que ya estaba comenzando a pensar como si me encontrase retirado, me pedía acción, me pedía que continuase.

Siempre había sido partidario de que, si somos capaces de ayudar, y no lo hacemos, es una ofensa tanto hacia quien necesita de nuestra ayuda como hacia nosotros. Si en nuestras manos se encuentra la solución que alguien ansía, ¿por qué no brindársela?

Puede que para muchos este pensamiento sea demasiado fantasioso e idealista, pero si se analiza con detenimiento, si todo el mundo colaborase con algo para mejorar la situación de otro, el mundo definitivamente sería un sitio mucho mejor.

Mientras me perdía en estos pensamientos que bien podrían camuflar mi instinto homicida con connotaciones altruistas, Pulgoso pareció leerme el pensamiento, ya que comenzó a tironearme de la manga de mi pantalón, para luego ladrar en dirección al televisor que estaba encendido.

Me hallaba en la cocina, sitio donde Pulgoso solía acompañarme cuando comía, claro que recostado debajo de la mesa. Puede que lo adorase y fuese un perro sumamente inteligente, pero por ahora no había aprendido a sentarse a la mesa.

El televisor, sintonizado en el canal de noticias, estaba mostrando un video en donde se podía ver una especie de estacionamiento y a una chica que caminaba con cierta prisa. Era de noche, cosa que explicaba la prisa de la chica, y de buenas a primeras entraba en escena un sujeto encapuchado. El encapuchado abordaba a la chica con una violencia inusitada, jalándola de los cabellos y arrojándola al suelo. Una vez allí, comenzaba a darle patadas en el estómago, para luego continuar pateándola en la cabeza. Aquella desmedida violencia hablaba de algo que se escapaba a un simple robo. Aquella saña parecía ocultar un motivo personal, a pesar de que la voz en off del presentador indicaba lo contrario. Según sus palabras, y los titulares, el hecho se trataba de un robo que había tenido lugar cuando la víctima volvía de trabajar. Según fuentes oficiales, tras un forcejeo, el malviviente le había sustraído la cartera en donde llevaba el celular y la billetera.

A mí no me había parecido un forcejeo en lo absoluto. Aquello había sido una golpiza hecha y derecha, no había ninguna duda.

La víctima, de nombre Lucía, había sido asistida por personal de salud luego de que un vecino diese aviso a las autoridades. La pobre chica había llegado en estado crítico al hospital, lugar en donde falleció a las pocas horas.

Como no podía ser de otra manera, el encabezado que destacaba y parecía monopolizar toda la pantalla, rezaba, «Perder la vida por un celular».

Estaba seguro de que aquello no era tan así. Si algo había aprendido tras tantos años en este «oficio», era que las cosas nunca eran lo que parecían, y que cuando querías matar a alguien, lo mejor siempre era hacerlo pasar por un robo. Es increíble cómo funciona la lógica de la policía, pero era cuestión de que la víctima no tuviese su billetera, cartera, o celular, para que cierren el caso sin más. Aquello se podía deber quizás a lo desbordados que estaban, no era para menos con la sociedad que se estaba gestando en las últimas décadas, aunque de igual modo eso no justificaba el que las personas no tuviesen su debida justicia.

Tras la noticia, realicé una rápida investigación que me brindó la información que necesitaba.

Lucía era una joven que trabajaba en una peluquería, sitio de donde venía cuando fue interceptada por el agresor, y actualmente vivía con su hermana, una tal Marisol, quien, en una nota para un diario digital (además de leer en papel me gustaba mantenerme informado con otros medios), había pronunciado la frase que había dado inicio a esta nueva faceta en mi vida, «Que se haga justicia».

Sin mucho esfuerzo, logré encontrar la dirección de Marisol, y en vistas de que la policía ya se había dado por vencida, al parecer le habían adjudicado el crimen a un supuesto ladrón que tenía atemorizado a todo el barrio, me pareció una buena idea acercarme hasta su casa para hacerle algunas preguntas.

Capítulo catorce

En esta ocasión el clima estaba de mi lado. La ausencia de nubes en el cielo le permitía al sol caer con toda su inclemencia, llevando la temperatura a niveles de primavera.

La casa de Marisol quedaba situada en un barrio humilde, repleto de casitas agolpadas, y en donde el pavimento parecía haber quedado en el olvido, como las promesas que alguna vez nos hicimos.

A pesar de que solo contaba con la calle y con una foto, me fue sencillo dar con la casa, ya que se hallaba a mitad de cuadra, entre dos comercios, cuyos rubros eran la herrería y la construcción.

Vaya. Se podría decir que vivía entre la espada y la pared.

La entrada al almacén de materiales para la construcción se hallaba bastante maltrecha, seguramente por el paso de los camiones, generando una «minilaguna» que ponía a prueba las capacidades de salto de quien osase a cruzarla.

La puerta de la casa de Marisol era de madera rústica, con algunos detalles en hierro bastante bonitos. El techo a dos aguas construido con chapas le otorgaba aires de cabaña, solo que construida con ladrillos en lugar de troncos.

Golpeé tres veces a la puerta, procurando que el sonido fuese lo suficientemente audible, pero no tanto como para incordiarla. Necesitaba controlar muy bien mis palabras y el modo en que iba a dirigirme a ella.

La charla con Carola tendría que servirme como experiencia, aunque mis pulsaciones no opinaban lo mismo.

Era increíble que pudiese acabar con la vida de una persona sin siquiera alterarme en lo más mínimo, pero cuando de hablar se trataba, la cosa cambiaba por completo.

Por lo visto mis capacidades de conversación se habían ido oxidando con el paso de los años en soledad. Podría tener mis charlas con Pulgoso, pero eso parecía no ser suficiente como para mantener mis habilidades en un rango mínimamente decente.

Unos pasos se oyeron al otro lado de la puerta, y antes de que pudiese arrepentirme o pensar mejor mis próximos movimientos, esta se abrió lentamente.

Al parecer no tenía la costumbre de preguntar «¿quién es?».

—¿Sí? —fue lo primero que dijo Marisol al verme.

La mujer, de unos cuarenta años, tan solo era el fantasma de la imagen que había visto en fotos. Exhibía unas ojeras sumamente oscuras, los cabellos revueltos, y en sus ojos se veían los sedimentos de largas horas de llanto y desconsuelo, las cuales habían dejado una marca perdurable, profunda. Era como si la tristeza se hubiese asentado en el fondo de sus ojos.

—Buenos días. Disculpe la molestia. Espero no haber llegado en un mal momento… —comencé a decir con mi voz más templada.

—Todos los momentos son malos… —dijo entre suspiros de desánimo.

—Lamento escuchar eso… Yo… mi nombre es Fausto —le extendí la mano.

Marisol me observó a través de aquel lente de dolor por algunos segundos y no correspondió mi saludo.

—De seguro que es un maldito periodista. ¿Qué más quieren que les diga? ¿Qué más quieren de mí y de mi hermana? Ya les he dicho todo lo que sabía, ya les he dicho quién es el asesino, pero parecen borrar con el codo lo que escriben con la mano… cuando les conviene —me lanzó una mirada de desprecio.

—Perdón por el malentendido, pero no soy un periodista… —dije rápidamente a la defensiva.

—¿No? —preguntó con desconfianza.

—No. En lo absoluto… —dije mientras levantaba las manos, mostrándole que no tenía ningún micrófono, cosa completamente en vano. Hoy en día los micrófonos podían ser más pequeños que un botón.

—Entonces, ¿quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere? ¿Ha venido a amenazarme para que me calle la boca? ¿Qué más quieren quitarme? Ya lo he perdido todo… hasta las ganas de vivir… —dijo con un tono abatido al tiempo que unas lágrimas comenzaban a emerger desde la profundidad de aquellos ojos tristes.

—Sinceramente no sé a lo que se refiere. Nadie me ha enviado. He venido por voluntad propia si es que la deja más tranquila —dije torpemente—. Creo que debí de haberme presentado de otro modo —intenté calmar su llanto—. Mi nombre es Fausto, como le dije, y estoy aquí porque leí la entrevista que dio para «La pluma de la realidad».

—Me sorprende que aún no hayan borrado esa entrevista —¿a qué se referiría? —. De todos modos, sigue sin responder el motivo por el que se encuentra aquí.

—Lo siento. Es que, al leer la entrevista, no pude evitar notar su pedido de justicia.

—¿Y? —inquirió impaciente.

—Y que quería venir a preguntarle qué es a lo que se refería cuando dijo «Que se haga justicia».

Marisol me escudriñó sin comprender al tiempo que secaba las lágrimas que ya habían cesado su desborde.

—Me dijo que les había dicho a los periodistas quién era el asesino —comencé a decir ante el silencio por su parte—, y, además, según lo que me dijo, alguien la ha estado amenazando para que no hable. ¿Quisiera contarme un poco al respecto?

—¿De qué va todo esto? —preguntó cada vez más extrañada— ¿Quién coño es?

—No tiene que alterarse —dije, sabiendo que aquellas palabras solían causar el efecto contrario—. Soy simplemente un hombre que quiere que se haga justicia por Lucía.

—¿Es un detective privado? —el tono de Marisol indicaba que estaba comenzando a calmarse.

—Algo así —asentí con la cabeza—. Ahora bien, ¿quisiera contarme lo que le ha estado ocurriendo?

—Sí, pero aquí no. Pase —dio un paso atrás, dejando libre un pasillo que comunicaba con el interior de la casa, y con gesto apremiante me instó a que me apurase.

Parecía haberse envuelto con el manto de la paranoia de un momento a otro.

—Permiso —dije tímidamente mientras encogía los hombros.

Capítulo quince

—¿Sabe quién es el asesino? —fue lo primero que le pregunté luego de que hubiese depositado dos vasos de agua sobre la mesa circular en la que me hallaba.

—Sí —dijo mientras tomaba asiento.

—¿Lo ha denunciado en la policía? —debía asegurarme de no tener competencia.

—Sí… y no —bebió un sorbo de agua.

—No estaría entendiendo.

—Verá… —soltó un suspiro— Quise denunciar a Gastón, pero la policía dijo que no tenía las pruebas suficientes, además de que ya tenían a un sospechoso.

—¿Quién es Gastón? —pregunté.

—El novio… El ex novio —se corrigió— de Lucía. Es un cabrón que siempre se sale con la suya.

—¿Hace mucho tiempo que estaban de novios?

—Varios meses, puede que un año.

—¿Su hermana sufría maltrato?

—Sí, pero en todo este tiempo nunca llegó a denunciarlo, y la policía se basa justamente en la ausencia de denuncias previas para descartar mi acusación —se llevó la mano al mentón en gesto de reproche—. Siempre le decía que tenía que denunciarlo, que por más que no le hubiese dejado moretones tenía que denunciarlo. Ella siempre me decía que no era para tanto, que ya iba a cambiar, y yo le decía que solo cambiaría para peor… y ya ve… Ese hijo de puta… —el odio se apoderó de su voz.

—Pero, ¿entonces la golpeaba?

—Sí, pero el maldito era muy cuidadoso. Siempre la golpeaba en donde no se veía, y procuraba que no le quedasen marcas. Para colmo, Lucía es de las que no se marcan con nada. Siempre fuimos el día y la noche. Yo es que me rozo con la puerta y ya me sale un moretón que parece que me rompí algo.

—Comprendo —dije mientras pensaba— ¿Y no cree que pudo haber sido ese ladrón al que la policía y los medios señalan como el responsable?

—¿Aitor? —soltó un chasquido— Ese subnormal podrá ser una rata asquerosa sin códigos que le roba a los del barrio, pero no tiene ni las agallas ni la fuerza como para haberle hecho eso a Lucía. El chaval debe de pesar cincuenta kilos con la ropa mojada y piedras en los bolsillos.

—Pero el encapuchado se veía medianamente corpulento. ¿Cómo es que la policía cree que fue él? —añadí.

—Es porque el chaval siempre anda por ahí con tres o cuatro camperas encima sin importar que sea verano, y eso hace que parezca más grueso de lo que es. La policía intenta cargarle el marrón, pero yo sé que él no ha sido. Solo una vez había golpeado a alguien, y ni de coña lo hizo con esa violencia. Eso fue obra de Gastón.

—Correcto —intenté mostrarme de su lado— ¿Gastón vive por aquí?

—No. Es un ricachón al que le gusta salir con las niñatas estúpidas que se creen sus cuentitos de colores… —hizo una breve pausa—. Vive en Los Arces, ese barrio privado que queda a las

afueras de la ciudad.

—¿Por qué cree que pudo haberle hecho esto? ¿Lucía intentó dejarlo?

—Ella me había dicho que, a pesar de no estar del todo segura, iba a terminar la relación, que tan solo estaba esperando el momento oportuno. Yo le decía que no existía un momento oportuno. Que tenía que sacarse de encima a ese cabrón cuanto antes… pero ya ve… Siempre ocurre lo mismo. Los malditos con poder siempre tapan su basura con dinero, y lo peor de todo es que esta policía corrupta parece existir solo para cuidarlos a ellos. Le juro que… —se detuvo.

—¿Que qué? —la animé a que continuase y soltase aquello que la estaba carcomiendo por dentro.

—Que si pudiese lo mataría con mis propias manos… Me arrebató lo único que tenía… Lucía era mi única familia… Nuestros padres fallecieron cuando tan solo tenía veinte años y ella diez. Desde ese entonces tuve que hacer el papel de madre y hermana al mismo tiempo. Siempre fuimos muy unidas, pero desde ese momento, nuestro vínculo fue más profundo aún. Ese hijo de puta me robó todo lo que me importaba en este mundo…

—Comprendo su dolor. También perdí a mi familia —la tomé de la mano, intentando mostrar mi lado humano, si es que aún existía—. Por eso mismo es que estoy aquí.

—Pero… —empezó a decir mientras me observaba desconcertada— ¿qué es lo que hará? —añadió sin quitar la mano.

—Justicia. Simplemente justicia. Usted no debe de preocuparse por nada. Solo le voy a pedir que no vuelva a hablar con ese periódico digital ni con la policía. No hará falta.

—¿Qué va a hacer?

—Lo que mejor se me da —bebí un trago de agua y me puse de pie.

—Confiaré en usted —me dijo mientras me observaba desde su asiento—. Despreocúpese, no tenía pensado volver a hablar con esos infelices del diario. A fin de cuentas, borraron toda la parte en la que mencionaba a ese maldito.

—Mejor así —asentí levemente con la cabeza.

—Fausto… —me tomó de la mano antes de que pudiese alejarme de la mesa— Tenga mucho cuidado. Esa gente puede ser muy peligrosa.

Estaba seguro de que yo también podría ser muy peligroso si me lo proponía, y vaya que me lo iba a proponer.

Capítulo dieciséis

—Los Arces —leí en la pantalla de mi ordenador.

Tras una vuelta a casa sin contratiempos, y darle de comer a Pulgoso, ya me encontraba investigando mi próxima parada.

Las noticias no habían mencionado nada nuevo respecto al caso de la corredora asesina, lo cual era positivo, ya que probablemente el caso quedase en la nada, dejándome a mí la administración de justicia.

Volviendo a mi nuevo blanco, el barrio cerrado en el que vivía era una suerte de búnker para ricos, cosa que complicaba mi intromisión en su hogar. Contaba con una sola entrada, la cual obviamente se hallaba vigilada por una empresa de seguridad privada. Las fotos que me ofreció *Google* me fueron de utilidad, pero para poder hacerme una idea mucho mejor iba a tener que echar un vistazo en persona.

Al margen de los posibles inconvenientes para acceder al recinto, estaba el detalle no menor de la culpabilidad de Gastón. Por mucho que Marisol estuviese segura de sus acusaciones, no podía basarme únicamente en dichos. Necesitaba pruebas, puede que no tan quisquillosas como las que necesitaba la ley, pero necesitaba algo que señalase a Gastón como el autor del asesinato, o al menos que no dejase lugar a dudas.

Para esta labor, las redes sociales me fueron de gran ayuda. Tras revisar las cuentas de Lucía, me topé con una foto en la que salía abrazada a un chico más alto que ella y de una anchura clavicular que correspondía con la descripción que me había brindado su hermana.

Al pie de la foto se podía leer la descripción, «Con mi mundo». Vaya, al «mundo» pareció no agradarle que su única habitante haya querido largarse a otro planeta.

Efectivamente era Gastón, y esto no lo descubrí por la descripción que me había dado Marisol, ni porque Lucía lo hubiese etiquetado en la foto. El cabrón había comentado la foto con unas escuetas pero tajantes palabras. «Eres mía». A eso sí que le llamaba yo una actitud posesiva-tóxica únicamente comparable con el acto de orinar un árbol.

Tras encontrar este comentario tan «cariñoso», fue cuestión de oprimir sobre el nombre de «GASTÓN», así tenía escrito su nombre de usuario, todo con mayúsculas, demostrando cuán viril y poderoso era, e internet me llevó a su perfil.

La mayoría de fotos eran de él con el torso desnudo y una botella en la mano, o de él en su auto, o en su moto, o en su yate. Al parecer le gustaba inmortalizar los momentos en que estaba conduciendo, o bebiendo, o ambas cosas al mismo tiempo. El estar bebido claramente no le impedía tomarse fotos, a pesar de que técnicamente estaba capturando el momento exacto en que estaba cometiendo un ilícito.

Luego de ver varias fotos de Gastón conduciendo con una botella en la mano, finalmente encontré una foto de él junto a Lucía. En ella, como no podía ser de otro modo, Gastón estaba pasando su brazo por encima de los hombros de la chica, y la descripción decía, «¿Quién es tu papi?». Me había topado con el último romántico del siglo XXI.

Era increíble que una persona tuviese tanto tiempo para subir tantas fotos. Dios. Es que no eran tan solo unas diez, o veinte, o treinta. Eran cientos de fotos. Fotos prácticamente iguales,

exceptuando las fotos en las que salía Lucía, las cuales únicamente eran tres.

Mientras observaba la pasión de Gastón por la fotografía monotemática, se me ocurrió una idea. Quizás Lucía no había sido su única víctima.

Marisol me había dicho que Gastón era un ricachón al que le gustaba salir con niñatas estúpidas que se creían sus cuentitos de colores. Quizás este evento aparentemente aislado respondía a un patrón.

Tras tener que soportar ver un número incontable de fotos, finalmente me topé con una que difería del resto. Aquí, al igual que en las fotos que salía con Lucía, se veía a Gastón pasando su enorme brazo sobre los hombros de una joven. En la descripción de la foto rezaba, «¿Quién es tu papi?». Todo indicaba que aquel era el latiguillo de nuestro Romeo. Debajo, un comentario brillaba en solitario, en el cual, una tal Lidia, escribía, «Tú».

Sin tiempo que perder, presioné sobre la foto de Lidia, e internet hizo su magia, llevándome a su perfil, el cual afortunadamente era público.

Lo primero que llamó mi atención del perfil de la «ex novia» de Gastón fue que la última foto publicada databa de hace dos años. Desde entonces parecía que Lidia, o bien se había hartado de las redes sociales, o bien le había sucedido algo.

Al echar un vistazo a los comentarios de la última foto, me llamó la atención los mensajes de D.E.P. (Descansa en paz). ¿Habría sufrido un accidente? ¿El accidente se llamaría Gastón?

Afortunadamente el nombre de usuario contaba con el apellido de Lidia, por lo que me fue sencillo rastrearla.

Efectivamente había fallecido hace aproximadamente dos años. Según las notas de prensa, la joven había fallecido durante un robo que se había salido de control. Aquella expresión, «salido de control», hizo que no pudiese evitar pensar en cómo cojones se suponía que debía de ser un robo bajo control. Era increíble el modo en que las personas se habían ido acostumbrando a ser víctimas de robo, llegando al punto casi de agradecer al malviviente de turno por no dañarlas y solo robarles.

—«Fuera de control» —suspiré delante del ordenador.

Madre mía.

Aquello, a pesar de ser un tanto sospechoso, ya que era de no creer la casualidad de que dos chicas, cuyo único vínculo en común era Gastón, hubiesen muerto durante un robo, no terminaba de condenar a nuestro querido amigo amante de la prosa.

No pude encontrar nada más acerca del caso de Lidia, por lo que volví al perfil de Gastón. Algo me decía que si continuaba escarbando un poco más lograría develar los trapos sucios de nuestro picaflor posesivo.

Efectivamente, luego de pasar otras cien fotos, logré encontrar una imagen en la que Gastón repetía su pose favorita, coronándola con su frase favorita.

Aparentemente a las chicas no les importaba que el Don Juan sacado de una canción de reguetón emulase siempre la misma pose y frase.

La desgraciada en esta ocasión se llamaba Nuria, y su última foto había sido subida hacía tres años. Al igual que con Lidia, la foto estaba llena de comentarios de condolencia.

Antes de ver alguna noticia que me lo confirmara, ya creía saber lo que le había ocurrido.

Nuria Trujillo, así decía un portal de noticias, había sido víctima de robo, y tras resistirse, había encontrado la muerte a manos de su agresor, quien le había proporcionado unas graves lesiones que se habían cobrado su vida antes de llegar al hospital.

Dos veces podría ser una casualidad, pero tres, eso ya era un patrón.

Repetí el proceso dos veces más, y los resultados fueron exactamente los mismos. Parecía que Gastón coleccionaba las fotos de sus finadas ex novias como si fuesen un trofeo, un trofeo que guardaba a plena vista, un trofeo con el que se regodeaba y rememoraba las vidas que había sustraído. El maldito era un asesino en serie, y si mi paciencia me lo hubiese permitido, probablemente hubiese encontrado más casos. Sin embargo, el que hubiese matado a cinco, a diez, o a veinte, no cambiaba el hecho de que iba a matarlo.

El maldito mataba a todas sus novias del mismo modo. Era increíble que la policía no hubiese notado el patrón, o quizás no haya querido notarlo. Como dijo Marisol, la policía parecía existir solo para cuidarlos a ellos.

Capítulo diecisiete

Con la confirmación que estaba esperando encontrar, ahora solo quedaba gestar un plan lo suficientemente bueno como para no ser pillado con las manos en la masa.

Tras revisar las últimas publicaciones de Gastón, pude hacerme una idea de su rutina diaria gracias a su registro fotográfico. A media mañana entrenaba en un gimnasio del centro, a pesar de contar con un gimnasio en su barrio cerrado. Luego almorzaba siempre en el mismo restaurante, un sitio que aseguraba preparar la comida más orgánica y saludable de la ciudad (siempre que la gente añadía las palabras «orgánica» y «saludable» a la oración significaba que iban a añadirle unos cuantos ceros al precio), y aunque este podría ser un lugar tentador para abordarlo, solía comer acompañado por alguno de sus colegas. Tras el almuerzo, acudía religiosamente a un centro de bronceado que también quedaba ubicado en el centro (el mantener un tono caribeño es sumamente difícil cuando no se vive en el caribe). Se me cruzó por la cabeza abordarlo allí, y ciertamente estaba entre las opciones más viables. En aquellas salas no te pedían datos, y por lo general solía haber un tráfico bastante alto de clientes. Lo apuntaría por si el barrio cerrado no era factible. Finalmente, tras ejercitarse, comer, y broncearse, regresaba a su hogar para descansar hasta la noche, hora en la que solía dar unas vueltas con alguno de sus deportivos.

Esta rutina, aparentemente estricta, era llevada de lunes a viernes, dejando los fines de semana para la fiesta desmedida. Se podría decir que dentro de todo el descontrol que envolvía la vida de Gastón, este era un ser de hábitos y muy meticuloso con sus prioridades.

Ya sabiendo lo que hacía en su día a día, me acerqué a su hogar para terminar de idear mi accionar. El muro perimetral trasero de «Los Arces» daba con un descampado que comunicaba con el límite de la ciudad. Aquel, a pesar de los cuatro metros de altura que poseía, podría haber sido un punto de acceso, principalmente porque parecía no contar con cámaras de vigilancia, pero contaba con alambre concertina, el cual no me extrañaría que estuviese electrificado, a pesar de que no estaba señalizado. La otra opción era ingresar por la entrada principal, la cual estaba vigilada por personal de seguridad y monitoreada por cámaras. Aquello dejaría evidencia de mi paso, y lo que menos quería era quedar inmortalizado en video.

Con una gorra y mi ropa de deporte, caminé alrededor del muro como si fuese un hombre mayor que se preocupaba por su corazón y estaba dispuesto a caminar sus diez mil pasos diarios.

No tardé en corroborar que no había cámaras de seguridad, pero lamentablemente el alambrado envolvía todo el perímetro. Hubiese sido demasiada fortuna que se hubiesen olvidado de cubrir un tramo.

La entrada contaba con dos caminos, uno para entrar y otro para salir, y ambos estaban bloqueados por una barrera que tenía que ser levantada por el personal de seguridad apostado en la garita de entrada. Aquel sitio parecía demasiado pequeño como para dos personas, por lo que me inclinaba a pensar que solo contaban con un guardia por turno. Eso podría servirme en el hipotético caso de que decidiese llevar a cabo el «asunto» en este sitio.

Me quedé un momento estirando a las afueras del barrio, mientras observaba el movimiento. Al cabo de quince minutos únicamente salieron dos vehículos. En ninguno viajaba Gastón.

Ya estaba por disponerme a dar la vuelta y regresar a mi auto que había estacionado a cinco calles, cuando vi pasar un vehículo que me era familiar.

¿Aquel era el auto de Pedro?

Capítulo dieciocho

Pedro siempre había conducido un *Jaguar XJ6*. Decía que era la mezcla perfecta entre elegancia, lujo y confort (significase lo que significase). Nunca había entendido ese amor desmedido por los «fierros» (así solía decirles), pero según él siempre había sido el auto de sus sueños, por lo que, de grande y con los recursos suficientes, lo primero que hizo fue comprarlo, y desde entonces lo cuidaba como si fuese su hijo. Nunca habíamos mantenido charlas que excedieran de lo laboral, a excepción de este auto. Hablaba de él como si fuese un ser vivo, demostrando un marcado fetichismo.

El *Jaguar XJ6* color verde botella estaba parado delante de la barrera, cuando un hombre mayor con uniforme de seguridad salió de la pequeña garita y se acercó hasta el vehículo detenido.

A pesar de hallarme demasiado lejos como para escuchar lo que le decía, pude deducir que le estaba pidiendo sus datos, ya que estaba anotando algo en una planilla.

Unos segundos más tarde, Pedro y su auto estaban entrando al barrio cerrado.

¿Aquello habría sido casualidad?

Pedro nunca me había dicho dónde vivía, cosa que tampoco le había preguntado. Mientras menos supiese mejor.

¿Acaso viviría en este barrio cerrado? No. De ser así el guardia no le hubiese pedido el nombre.

¿Su presencia tendría algo que ver con la muerte de Lucía?

Según lo poco que sabía, su estudio se dedicaba a defender a las víctimas, no a los victimarios, aunque, si había dinero, supongo que la moral de Pedro podría sufrir de un ataque de flexibilidad.

A pesar de que la curiosidad me insistía para que no me fuese del sitio hasta ver salir a mi exsocio conduciendo su *Jaguar*, ya llevaba demasiado tiempo elongando y mi presencia comenzaría a levantar sospechas.

Podría gozar de cierta invisibilidad, pero tampoco era cuestión de tentar a la suerte, además, si Pedro me veía, lo más probable es que me reconociese, y eso, no sé muy bien por qué, no me apetecía.

Regresé a mi auto mientras pensaba en las múltiples posibilidades por las que Pedro pudiese estar en aquel barrio cerrado, y la que más fuerza cobraba en mi cabeza era la de que estaba involucrado con Gastón. Sin embargo, Marisol me había dicho que la policía no le había hecho caso. Quizás Pedro haya tenido algo que ver con aquella falta de interés.

¿Mi exsocio continuaría realizando los trabajos que me encargaba?

Eso era muy probable, a fin de cuentas, ya los realizaba antes de «contratarme». Puede que se haya conseguido a alguien que pudiese suplirme, alguien mucho más joven y con ganas de llenarse los bolsillos.

—Joder… —no pude evitar soltar al tiempo que tomaba la manija de mi coche.

Si Pedro continuaba realizando los «trabajos», eso podría significar que estaba en aquel sitio para acordar algo.

—No… —agité la cabeza, intentando autoconvencerme.

Pedro siempre me había dicho que las personas a quienes asesinábamos se lo merecían… pero… ¿y si todo era mentira? ¿Y si las personas a las que asesinábamos eran simplemente la parte menos pudiente de una disputa? ¿Y si todo este tiempo estuve haciendo el mal?

Hostia. Las posibilidades de haber estado haciendo lo incorrecto estaban allí. Puede que nunca hubiese querido ver más allá por esa misma cuestión. Sin embargo, tampoco es que tuviese muchas esperanzas de ir al Paraíso. Ya tenía bien claro que me aguardaba una parcela en el Infierno.

—Cabrón… —mascullé ya sentado en mi auto.

Puede que toda esta corriente de pensamientos estuviese infundada y la presencia de Pedro en aquel barrio cerrado se debiese a cualquier otra cosa. Joder, que podría vivir allí tranquilamente. El capullo manejaba un jodido *Jaguar* de colección. Podría darse el lujo de pagar por aquel sitio, sin embargo, estaba el detalle del guardia que le había pedido los datos.

Abrumado por las posibilidades, decidí subir el volumen de la música y dejar que los compases de Sofiane Pamart me sumiesen en una insensibilidad embriagadora.

Capítulo diecinueve

Ya en mi hogar, con Pulgoso recostado a mis pies y un buen plato de pasta con salchichas, volví a pensar en el asunto.

Entre bocado y bocado me llegó una idea que debí de pensar antes. Si mataba a Gastón, no habría quien pagase por los servicios de Pedro, y estaba seguro de que mi exsocio no trabajaría gratis.

Debía apurarme.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Pulgoso, quien me había rozado el tobillo con su hocico.

Los ojos de mi fiel amigo me escrutaron a través de unas cataratas cada vez más opacas, y sin que tuviese que decirme algo, comprendí que quería un poco de lo que estaba comiendo.

—Bien que ahí tienes tu alimento y ni lo has tocado —lo regañé, haciéndome el duro y el que no le iba a dar.

Siempre montaba aquella pantomima, pero al final terminaba dándole lo que me pidiese. Era lo único que me quedaba, lo único que me mantenía conectado con mi lado humano, con aquel que alguna vez supe ser.

A modo de adelanto le di unas rebanadas de salchicha que devoró ávidamente. Dios. Ni si quiera las masticaba. A veces temía que un día me comiese la mano, aunque sabía que si lo hacía sería solo por lo atolondrado que podía llegar a ser.

Apuré dos bocados de fideos, y una vez terminado, deposité el plato junto a mi amigo peludo.

Diez segundos más tarde ya no había nada en el plato.

La noche ya estaba al caer, por lo que iba a tener que esperar hasta el próximo día para asesinar a Gastón. Ya había tomado la decisión de abordarlo en el salón de bronceado. El asesinarlo en su casa era demasiado arriesgado. Podría hacerme pasar por el hombre del gas (todo el mundo siempre deja pasar al hombre del gas sin hacerle preguntas), pero debería de buscar un uniforme acorde, y podría perder demasiado tiempo. Tendría que ser el salón de bronceado. Además, iba a tener medio día para ir a reconocer el terreno.

Como un estudiante que debe levantarse temprano para rendir un examen, me fui a la cama antes de las nueve.

Pulgoso pareció alegrarse de mi decisión, ya que se enroscó a mis pies y se durmió sin darme tiempo para que pudiese desearle dulces sueños.

Antes de apagar las luces y cerrar los ojos encendí el televisor. No es que tuviese ganas de ver una película, sino que quería ver si los noticieros decían algo del caso de la corredora asesina.

Sintonicé los cinco canales que solían llenar sus horas de pantalla con noticieros amarillistas, y en ninguno había noticias de Clara, la conductora asesina.

Genial, otro día de silencio significaba que muy pronto el asunto se enfriaría lo suficiente como para que pudiese intervenir y, sin ningún tipo de duda, hacer justicia, como lo había hecho por Nicolás, y como lo iba a hacer por Lucía.

Capítulo veinte

La luz de un nuevo día ingresó por la ventana de mi habitación, indicándome que ya era hora de que me levantase.

Gastón iría al salón de bronceado a eso de las cuatro de la tarde, por lo que tenía tiempo de sobra, sin embargo, era necesario llegar antes para explorar el terreno.

—Buenos días —le dije a Pulgoso, quien al sentir que me estaba moviendo comenzó su ritual para iniciar el día, estirando sus extremidades como si estuviese practicando yoga.

Antes de comenzar mi rutina matutina, encendí la televisión. Algo parecido a la preocupación me hizo sintonizar el noticiero. Marisol podría estar en peligro, y si algo le pasaba, en cierta medida iba a ser por culpa mía. Culpa por no haber hecho justicia con mayor presteza.

El mismo presentador que había anunciado la muerte de Lucía estaba hablando sobre la economía del país, ofreciendo su punto de vista respecto a las nefastas decisiones que había tomado el gobierno.

—Al parecer no hay novedades —le dije a Pulgoso, quien me observó ansioso por salir a vaciar su vejiga.

Una vez cambiado y con la correa en la mano, escuché al presentador comentar un accidente de tránsito entre un camión y un vehículo particular. El siniestro se había cobrado las tres vidas de los ocupantes del vehículo particular, dejando sin lesiones de consideración al conductor del camión.

La seguidilla de noticias me hizo pensar en que la mayoría de noticieros nunca comparte noticias gratificantes, noticias que posean una connotación positiva, noticias que alegren la vida del televidente, en fin, buenas noticias. Si alguna vez ocurría este suceso, pasaban página velozmente, como si el compartir buenas noticias fuese un pecado mortal que se hallaba tipificado en la biblia de los periodistas amarillistas. De hecho, cuando compartían una noticia medianamente buena, como había sido la muerte de Carlos y Maricio, dos malvivientes que iban a dejar de atormentar y asesinar a los vecinos que tenían bajo su yugo, pasaban rápidamente a un tema mucho más indignante para la sociedad.

Como solía decir mi amada Maggie, «lo bueno gratifica, lo malo escandaliza», y si les daban a elegir a los de la emisora, escogerían mil veces el escándalo por sobre la gratificación.

Luego de realizar mi rutina, y la de Pulgoso, me metí en las redes sociales de Gastón, y afortunadamente estaba siguiendo su día al pie de la letra. Una foto en el gimnasio demostraba que recién había llegado, por lo que, si entrenaba lo que decía que entrenaba, estaría allí unas tres horas.

Ya vestido con mi pantalón negro y mi remera gris que siempre pasaba desapercibida, pensé en el arma que iba a utilizar mientras terminaba de poner comida en el plato de Pulgoso. Gastón era un sujeto grande, por lo que enfrentarlo en una lucha cuerpo a cuerpo no iba a ser viable. Tampoco podía utilizar un arma de fuego, ya que el disparo atraería la atención del personal del salón. Debía de escoger algo que fuese letal, que no hiciese ruido, y que no dejase rastro. Las opciones eran limitadas, pero una idea, una simple y brillante idea, me vino a la cabeza mientras observaba a mi fiel amigo.

Junto al plato de comida de Pulgoso estaba su bebedero, y esa fue la clave que desencadenó la idea.

Claro que no iba a matar a Gastón con un bebedero para perros, pero sí que lo iba a hacer con agua. El agua, eso tan esencial para la vida, se convertiría en la perfecta arma asesina para esta ocasión.

Los accidentes podían pasar, y nuestro romántico e infame amigo no estaba exento. A fin de cuentas, el tomar tanta cama solar iba a resultar peligroso.

Con aquel plan tan sencillo como eficaz, me despedí de Pulgoso tras tomar unas herramientas y me fui rumbo al salón de bronceado.

Capítulo veintidós

«*Forever tan*», indicaba un cartel en el que se podía ver la portada del disco de *Alphaville*, *Forever Young*. Aquel juego de palabras me resultó simpático, principalmente porque me encantaba *Alphaville*, y en especial aquel icónico tema.

La calle del salón se hallaba tranquila, con pocos autos estacionados, sin embargo, aparqué mi auto a la vuelta.

Siempre era mejor estar listo para huir desde un sitio apartado.

El salón poseía una entrada con vidrios polarizados, unas columnas plateadas, y varias luces azules que, a pesar de ser de día, iluminaban y daban vida al cartel con su nombre.

Haciendo caso a lo que decía la pegatina de la puerta principal, empujé, y como si aquello fuese algo a lo que estaba acostumbrado, ingresé con paso distendido.

El interior, oscuro por demás, estaba iluminado únicamente por unas luces ultravioletas, las cuales destacaban las cosas blancas que formaban parte del decorado.

Largos sillones blancos se extendían a ambos lados, ofreciendo un lumínico punto de descanso y formando una especie de pasillo. Al final de este pasillo imaginario, un mostrador parecía conformar la recepción. Allí se hallaba una mujer de cabellera platinada y de una dentadura tan blanca como llamativa. Quizás las luces podrían acentuar su blancura, pero allí había algo raro.

Apenas verme su expresión se mudó de la concentración al asombro. Todo indicaba que no tenía mucha cara de ser un fiel acólito del bronceado artificial.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarte en algo? —me interceptó a la distancia.

Joder. Menuda manera de pasar desapercibido.

—Buenos días. Espero que sí —dije mientras me acercaba y sonría—. ¿Quería saber los precios? —añadí.

—¿Cara? ¿Cuerpo entero? ¿Horizontal? ¿Vertical? ¿Bronceado saludable? —comenzó a preguntar, y sentí que me estaba hablando en otro idioma.

—Simplemente me gustaría broncearme —dije mientras me rascaba la nuca.

—Tienes cara de vertical.

¿Aquello había sido un flirteo? ¿Sería algo malo?

—Mientras pueda ponerme a tono. Tengo que viajar la semana próxima a la playa, y no quiero parecer que estuve trabajando en un subsuelo toda mi vida.

—Descuida —me guiñó un ojo mientras se metía una goma de mascar en la boca—. Tanto la vertical como la horizontal tiene un costo de cinco euros la sesión, la cual tiene una duración de quince minutos, si es que la toleras bien.

—¿Y si no la tolero bien?

—En ese caso puedes salir a los ocho minutos, o cuando sientas que no aguantas más, pero de todos modos se te cobra como si hubieses estado los quince minutos.

—Vale. ¿Y el bronceado saludable? Es que me da un poco de miedo todo lo que dicen acerca de las camas solares.

—El bronceado saludable tiene un valor de cuarenta euros cuerpo entero.

Vaya, podría ser saludable para mi cuerpo, pero no para mi bolsillo.

—Creo que me quedaré con la otra opción —dije, guardándome mis pensamientos.

—Perfecto —sacó una ficha y una toalla, las puso sobre el mostrador, y añadió—. La cabina tres se encuentra libre. Si necesitas un bronceador especial, puedes pillar uno de las máquinas —señaló hacia un costado con el dedo índice.

Llevaba las uñas pintadas de fluorescente, cosa que las hacía destacar por la luz ultravioleta, y su bronceado hablaba de que ella sí era una fiel seguidora de las camas solares, cosa más que esperable teniendo en cuenta que trabajaba en una.

—Gracias… —empecé a decir.

—Serían cinco euros —me recordó mientras golpeteaba el mostrador con sus radioactivas uñas, dándome a entender que tenía que pagar antes de pasar, cosa completamente entendible.

—Claro… Desde luego —saqué un billete de cinco euros.

Tomé la ficha (a pesar de que no tenía la menor idea para qué servía), la toalla, y seguí los pasos de la recepcionista.

Tras algunos giros llegamos a la cabina número tres, o al menos eso decía un pequeño cartel de brillantes letras blancas.

—Esa es la cabina —me indicó—. Cuando te hayas quitado la ropa, pones la ficha allí —señaló una caja negra—, y la máquina comenzará a funcionar. Recuerda que tienes quince minutos, por lo que puedes salir a tomar un respiro si lo deseas. Allí tienes el dispensador del acelerador de bronceado —señaló una caja blanca—. Puedes colgar la ropa allí —señaló unos ganchos percheros que estaban sobre un lateral—. Cualquier cosa que necesites estaré en la recepción.

Dicho esto, se despidió antes de que pudiese preguntarle algo.

Capítulo veintitrés

La cabina contaba con cuatro paredes que terminaban a un metro del techo, dando una sensación de privacidad a medias, y no sería mucho más grande que un modesto baño.

El techo parecía tener una especie de enrejado, y tras este, un material que parecía lana de vidrio se extendía y se perdía por fuera del cubículo.

Si aquello efectivamente era lana de vidrio, mi plan no se iba a cobrar más víctimas que la necesaria.

Tras un rápido vistazo, pude comprobar que había botellas de agua (perfecto), y que la puerta tenía un seguro que cualquier niño de diez podría vencer (doblemente perfecto).

Por último, y a modo de experimento, introduje la ficha en la caja negra para escuchar el funcionamiento de la cama solar.

Rápidamente comenzaron a escucharse unas turbinas, las cuales facilitarían mi ingreso en la cabina de Gastón, y comprobé que, si la puerta de la cama solar estaba cerrada, era imposible ver hacia fuera.

Con todo el jaleo en funcionamiento, salí de la cabina número tres, eché un vistazo en busca de cámaras, y tras no encontrar ninguna, regresé a la recepción, en donde la mujer estaba leyendo un libro en una tableta.

—Perdón. ¿La interrumpo? —dije con la toalla en la mano.

—Un poco. Justo estaba en una parte que me tiene los nervios de punta —dijo mientras me enseñaba la pantalla de la tableta.

—¿Qué libro lee? —intenté mostrarme amigable.

—«Durante la noche». Es una completa pasada. Va de una tía que se despierta junto al cadáver de su esposo, quien le había sido infiel, y justo estoy en una parte que mejor no te cuento porque me odiarás —dijo atropelladamente, demostrando cuánto le estaba gustando la lectura.

—Vale. Lo apuntaré para leer cuando termine el que tengo empezado. Ya me ha convencido.

Esbocé una sonrisa sincera, aquel libro tenía buena pinta.

—Eso sí que fue rápido. ¿Ocurrió algo? —pareció volver a su rol de recepcionista.

—Sí, pero nada relacionado con la cama solar. Me han llamado del trabajo, y debo volver de inmediato.

—Puedes volver más tarde y usar la ficha.

—Ya la usé. Me han llamado justo cuando estaba por entrar.

—Lo lamento. No hay devoluciones. Una vez que los quince minutos empiezan a correr… —empezó a decir.

—No hay inconveniente alguno. Lo comprendo —fingí que estaba apenado—. De igual modo volveré más tarde. ¿Se suele llenar luego?

—Un poco, pero te aseguro que no será tanto —me esbozó una sonrisa.

—Vale. ¿Qué hago con…? —le enseñé la toalla.

—Allí —me señaló una cesta—. Tenemos la política de botarlas allí sin importar que la gente no las haya usado. Por precaución.

Una vez que me deshice de la toalla, me despedí de la simpática recepcionista, y con aquel libro dando vueltas en mi cabeza, regresé a mi auto.

Capítulo veinticuatro

Ya sentado en el asiento de mi auto, me puse a repasar el plan en mi cabeza.

Aquel sitio, para mi sorpresa, era mucho mejor de lo que esperaba.

Ahora solo quedaba aguardar hasta que Gastón publicase su foto, y esa sería la señal para comenzar.

Aún era temprano, por lo que, en vistas de que iba a tener que esperar al menos tres horas, pensé que podía ir a por un café. Un poco de cafeína nunca viene mal.

Las horas pasaron, y Gastón ya había subido la correspondiente foto en el restaurante. De esto ya hacía una hora aproximadamente, por lo que en breve ya debería de estar llegando al salón de bronceado.

Aparqué mi auto en el mismo sitio que la primera vez, y aguardé en su interior a que Gastón les avisase a sus seguidores que era hora de «tostarse un poco», según sus propias palabras.

Los minutos pasaron, y finalmente apareció la tan esperada foto. En ella se veía a Gastón delante del cartel de «*Forever Tan*», y como siempre solía escribir al pie de esas fotos, «Es hora de tostarnos un poco». No entendía por qué hablaba en plural, pero eso ya no tenía importancia. La señal había llegado, y tan solo tendría una muy reducida ventana de tiempo. La vida de Marisol podría depender de que llevase a cabo mi labor con éxito, así que no había margen de error.

Me apeé del auto velozmente y me dirigí al salón con paso decidido.

El interior del sitio contaba con algunos clientes que estaban sentados en los sillones blancos. Allí todos parecían que se acababan de hacer un blanqueamiento dental, o quizás eran las luces, no lo sabía. La cuestión es que nadie parecía prestar atención a lo que ocurría a su alrededor, cosa que me venía al dedillo.

El ambiente, ahora musicalizado con electrónica, o lo que creí era electrónica (la verdad es que había tantos géneros y subgéneros que ya estaba completamente perdido), se prestaba para lo que tenía que hacer.

La recepcionista estaba atendiendo a Gastón, quien se veía más grande que en las fotos, y por encima de la música pude oír que le indicaba que pasase por la cabina cuatro.

Una vez que el asesino de Lucía, y de un sinnúmero de chicas, se hubiese marchado con un pote de bronceador especial y una toalla, la recepcionista volcó su atención en mí.

—Volviste —me sonrió.

—Volví —dije mientras intentaba fingir una sonrisa—. Muy buena música —añadí mientras señalaba hacia el techo.

Francamente la música era muy agradable. Unos violines se entremezclaban con los ritmos propios de la electrónica, y a pesar de no ser un conocedor, aquello me gustaba. Era como si estuviese escuchando una de mis piezas favoritas de música clásica, solo que combinada con un ritmo que te invitaba a dejar que las emociones explotasen y saltasen descontroladas.

—Es *Leblanc* —me dijo mientras hacía con la mano derecha el típico gesto de los djs—. El sencillo se llama «*Eternal Bond*» —añadió con el mismo entusiasmo que había empleado para hablarme del libro.

—Mola —no necesité fingir.

—Ya tiene que estar por desocuparse una cabina —dijo mientras consultaba una planilla.

—¿Y aquella gente? —pregunté.

Lo menos que necesitaba era que alguien pensase que quería pasarlo.

—Están esperando para el bronceado saludable y para la cama horizontal… —estaba diciendo, cuando un sujeto apareció por el pasillo y arrojó una toalla al cesto.

—Adiós, Catalina —la saludó.

—Adiós, Marcos —lo despidió—. Y esa es tu cabina —me sonrió mientras apoyaba una ficha y una toalla sobre el mostrador—. De nuevo te tocó la cabina tres.

—Estoy de suerte. Creí que iba a tener que esperar.

Saqué un billete de cinco euros y se lo entregué.

—¿Recuerdas el camino? —me preguntó mientras guardaba el billete en la caja registradora.

—Creo que sí —dije con tono de broma, y mientras sonaba aquella melodía envolvente, me alejé por el pasillo.

Capítulo veinticinco

Mis pulsaciones comenzaron a subir al ritmo de la música, dejándose llevar ante el clímax que indudablemente se avecinaba.

Como si de un designio divino se tratase, la cabina de Gastón quedaba al lado de la mía. Su puerta ya estaba cerrada, como era de suponer, pero aún no había introducido la ficha, ya que, a pesar de la música, las turbinas deberían de hacerse oír.

De seguro se iba a sacar unas cuantas fotos sin camiseta para sus redes. Por tal motivo, y para evitar que alguien me viese con una actitud sospechosa, ingresé en mi cabina e intenté aguzar el oído.

Un violín cargado de tensión y emoción sonaba por entre las turbinas de las otras cabinas, sin embargo, la cama solar de Gastón continuaba apagada.

¿Cuánto se tardaría?

Mientras esperaba, tomé una botella de agua del aparador y volví a repasar mi plan.

Había mucha gente, pero si el material que forraba el otro lado del enrejado era lana de vidrio, nadie más que Gastón debería de salir lastimado.

Luego de algunos minutos, al parecer había tenido una extensa sesión fotográfica, la turbina de la cama solar de Gastón se encendió.

De inmediato introduje la ficha para que mi cama solar también se encendiese, aguardé un minuto más, no vaya a ser cosa que me pillase mientras entraba a hurtadillas, y una vez que estuve todo lo seguro que se puede estar cuando se tiene que entrar a ciegas en un sitio, salí de mi cabina y me dirigí a la de Gastón.

Con una ganzúa que había pillado antes de salir de casa descorrí la vulnerable traba de la puerta, y en menos de cinco segundos estaba dentro de la cabina número cuatro.

La cama solar, vertical también, estaba funcionando a toda caña, emitiendo aquel ruido ensordecedor que de cerca tapaba casi por completo la magnífica música que continuaba sonando.

La ropa de Gastón se hallaba colgada en la pared, y sus zapatillas se hallaban en el suelo, junto a la cama solar.

Una fina línea de luz parecía querer desbordar el ínfimo espacio que se generaba en los bordes de la puerta de la cama solar, desprendiendo una incandescencia sosegada, similar a la de una luz a través de una cinta de papel, tan anestesiante como estimulante.

Tras asegurarme de que no se había percatado de mi presencia, cerré suavemente la puerta, y mientras desenroscaba la tapa de la botella de agua que tenía en la mano, me acerqué lentamente a Gastón.

Utilizando la toalla como guante, sujeté la botella y vertí todo su contenido sobre la cama solar.

En cuestión de segundos se oyó un chasquido agudo, seguido por un crepitar eléctrico, el cual dio paso a unos gruñidos y un temblequeo. Probablemente la contracción muscular involuntaria ya hubiese comenzado, y nuestro asesino amante de la prosa extraída de una canción de reguetón se estaba cocinando en su propio jugo.

A pesar de no poder verlo a los ojos, no iba a ser tan gilipollas de tocar la puerta, estaba seguro de que no sobreviviría.

Con la precaución que ameritaba la situación, me alejé rápidamente de la cama solar y, antes de que la cosa pasase a mayores, regresé a mi cabina.

No estaba seguro de cuánto tardaría aquel proceso, pero si la cosa se salía de control, todo el mundo comenzaría a correr despavorido.

Pegué la cabeza a la pared y agucé el oído. La turbina de la cama solar continuaba rugiendo, mostrándose impávida ante el cortocircuito que estaba electrocutando a Gastón, si es que aún no lo había fulminado, hasta que, al cabo de algunos segundos, aquel crepitar eléctrico que apenas era audible, se intensificó, convirtiéndose en un rugido abrasador que enmudeció el ruido de la turbina.

Di un paso hacia atrás, alejándome de la pared colindante a la cabina de Gastón, y por encima de su límite superior pude ver un brillo intenso que no tardó en materializarse.

Me puse en puntas de pie, alcanzando con mi vista el extremo superior de la cama solar, y pude observar el modo en que las llamas la devoraban, al igual que devoraban a Gastón que se hallaba electrocutado en su interior.

Los gritos de horror no tardaron en dejarse oír, sobreponiéndose a la majestuosa melodía que continuaba sonando y dotando a este momento con su magia.

—¡Fuego! —gritó un hombre.

—¡Se está prendiendo fuego allí! —añadió otra mujer por las dudas de que las llamas no fuesen lo suficientemente llamativas.

—¡Gastón! —aquella era la voz de Catalina.

En vistas de que el caos estaba desatado, salí de mi cabina mientras fingía que me terminaba de cambiar, y con mi mejor cara de aflicción, me sumé a los gritos de desespero de los demás clientes del salón.

Catalina estaba golpeando la puerta de la cabina número cuatro, pero todo indicaba que mi pericia para colocar la traba había sido perfecta.

—¡Gastón! ¡Abre la puerta! —gritó la recepcionista con desesperación.

Un sujeto, de dimensiones similares a las de Gastón, le pidió permiso y la hizo a un lado para patear la puerta.

A eso le llamaba camaradería.

La puerta se abrió abruptamente, golpeando contra la pared, contra la jamba, y nuevamente contra la pared. Las llamas comenzaron a querer salir del interior de la cabina como si de un pulpo gigante de fuego se tratase.

Todos dimos un paso atrás, incluso el fortachón que había abierto la puerta de una patada, y una mujer gritó. —¡Traigan el extintor, por el amor de Dios!

Catalina parecía estar sobrepasada por la situación, no era para menos, y al cabo de cinco segundos terminó reaccionando y yendo a por el extintor.

El resto de los clientes no tardó en comenzar a correr despavoridos. Las llamas, a pesar de mantenerse a raya dentro de la cabina, amenazaban con desbordar el perímetro y cobrarse otra vida.

Aprovechando el caos de la situación, me sumé a un grupo de sujetos que se dirigía a la salida.

Todos expresaban su pesar y desconcierto, pero nadie parecía desear quedarse a ver como terminaba el espectáculo, y no los culpaba. Cuando la supervivencia peligraba, nuestro lado

reptiliano solía tomar el control de nuestras acciones.

Mientras me acercaba a la salida junto a mi grupo de desertores, un hombre con el torso desnudo parecía estar hablando por teléfono con las autoridades. —¡Qué se está incendiando el puto salón de bronceado, joder! ¡Envíen a los bomberos, pero ya! —exigió a viva voz.

Desde la entrada pude ver que Catalina ya había pillado el extintor, pero a juzgar por el modo en que lo manipulaba, algo me decía que no sería de mucha ayuda.

La música ya no sonaba, el humo había cubierto el techo, y la desesperación ocupaba el sitio que el regocijo había sabido ocupar.

Todo en aquel salón se había vuelto caos, pero pronto terminaría.

Aguardé unos minutos en la acera de enfrente, hasta que por fin vi salir a Catalina. Aparentemente ya no se podía hacer nada por Gastón.

—¿Queda alguien más dentro? —le preguntó el fortachón que había abierto la puerta.

Catalina negó con la cabeza.

Técnicamente aún quedaba Gastón, pero supuse que ya lo daban por muerto.

Los bomberos, rompiendo cualquier record, anunciaban su llegada con su estridente sirena que sonaba en la lejanía.

Vaya velocidad de respuesta.

Con la certeza de que había hecho un buen trabajo, y de que nadie más había sido lastimado, me alejé con paso lento, como si estuviese paseando.

Capítulo veintiséis

Ya en mi hogar, sin haberme bronceado, pero habiendo eliminado a Gastón, me hallaba nuevamente preso de aquel sentimiento de dicha, de liberación, de júbilo. Esto era completamente diferente a cuando asesinaba por dinero. Puede que antes también asesinase a personas que se lo mereciesen, pero ahora era diferente. Antes tan solo conocía la versión que Pedro me otorgaba. Ahora poseía la versión de primera mano por parte de los familiares de las víctimas.

Primero Carola pidiendo justicia por Nicolás, luego Marisol pidiendo justicia por Lucía.

No sabía cuánto tiempo más iba a poder seguir haciendo esto, pero mientras pudiese, lo iba a hacer. La sensación de haber hecho una buena acción era embriagadoramente genuina, irrepetible.

Sin que pudiese evitarlo, las palabras de Maggie me vinieron a la mente.

«Siempre que esté a tu alcance y puedas hacer algo para ayudar a alguien, o al menos mejorar su situación, debes hacerlo, Fausto».

Supongo que no lo decía en este sentido, pero bueno, en esto me había convertido, y este era mi modo de ayudar a las personas.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Pulgoso, quien me estaba rascando el zapato con su pata.

Mi fiel amigo soltó un ladrido de asentimiento.

—Yo también —le dije mientras le acariciaba el cuello.

Luego de ponerle sus merecidos «Doguitos» en el comedero, y mientras esperaba a que el agua para los fideos hirviese, volví a pensar en la sensación que había experimentado, y en el hecho de haber visto a Pedro el día anterior.

Era imposible no pensar en que mi exsocio estaba del lado equivocado, lo cual significaba que yo también lo había estado.

Era consciente de que era un asesino, y que mi lado nunca sería el «correcto», pero en mi mente sí que había una diferencia sustancial entre quitarle la vida a alguien que se lo mereciese o a alguien que no.

¿Y si el cabrón se había aprovechado de mí? ¿Y si todo este tiempo estuve asesinando a personas que no se lo merecían?

Si ese era el caso, ya no podía hacer nada para cambiar los hechos, pero sí que podía hacer algo para hacerle pagar al maldito engatusador.

El burbujeo del agua hirviendo llamó mi atención y abrió aún más mi apetito.

Ya luego de comer pensaría bien cómo proceder. Como se suele decir, nunca tomes una decisión enfadado, o enamorado, o hambriento. El odio, el amor y el hambre pueden ser los peores consejeros.

Sentado en la cocina, junto a Pulgoso que ya estaba recostado debajo de la mesa, devoré ávidamente el plato de pastas mientras observaba la televisión.

Era increíble como volaban las noticias.

Allí, donde había estado esta tarde, se hallaba un periodista cubriendo la noticia del incendio. «Se quemó el solárium», rezaba el titular debajo del reportero.

Siempre tan decorosos.

Según el sujeto con el micrófono, la tragedia se había cobrado la vida de una sola persona, quien aparentemente habría muerto por un desperfecto de la cama solar.

—Podríamos decir que se bronceó hasta la muerte —sentenció el periodista, demostrando una mezquindad más elevada que la del propio Gastón cuando obligaba a sus parejas a responder aquellas preguntas coercitivas.

En medio de la tragedia que representaba una muerte, al menos para las personas normales, me sorprendió el modo en que los presentadores que se hallaban en el estudio soltaban comentarios que rozaban lo humorístico, como si la situación se prestase para tal cosa.

Luego de escuchar demasiados «chascarrillos» de mal gusto, cambié de canal en busca de alguna novedad respecto al caso de la corredora asesina.

Hasta el momento los noticieros parecían continuar silenciados, como si Clara, la asesina, tuviese una especie de blindaje mediático. Eso podría llegar a ser un problema, ya que demostraba cuánto poder poseía su familia, y eso podría complicar el asunto de emboscarla, sin embargo, algo me decía que hallaría el modo de hacer justicia.

En medio de aquel zapping, una noticia sobre un asesinato llamó mi atención, principalmente porque se trataba del asesinato de un caballo.

Por extraño que pudiese parecer, en la pantalla se podía ver una secuencia que parecía sacada de una película de mal gusto.

Según el titular, como siempre tan decoroso, un cuidador había asesinado a sangre fría a un pura sangre y había quedado captado con las manos en la masa.

En el video se podía ver el modo en que el cuidador llegaba a un establo acompañado por el caballo, a quien en un principio acariciaba y ataba a una reja, para luego alejarse por un momento, salir de cámara, y regresar con una jeringa. Acto seguido, el cuidador sacaba su celular, y como si de un perverso en toda regla se tratase, comenzaba a filmar al caballo. Sin que el animal se resistiese, el malnacido le inyectaba el contenido de la jeringa, para luego desatarlo y dejarlo caer desmayado mientras continuaba filmando.

El video había sido captado desde una de las cámaras de seguridad de la dueña del establo, quien no se había enterado de lo ocurrido hasta tiempo después.

El caballo, de nombre Tornado, era un pura sangra que acababa de ganar un reconocido premio local. La dueña dijo que el cuidador le había informado de su muerte, aludiendo un infarto. Esto le había extrañado, ya que Tornado se encontraba en excelentes condiciones, pero decidió confiar en la palabra del cuidador. A los pocos días, cuando se encontraba revisando las grabaciones de seguridad, lo que vio la sorprendió de sobremanera, y sin perder tiempo se acercó a la justicia junto a su abogado para efectuar la correspondiente denuncia.

Las autoridades descartaron de inmediato la denuncia de la dueña, ya que la grabación no era prueba suficiente como para ser usada de manera formal.

Aquello, por indignante y carente de sentido que pudiese sonar, le permitió al cuidador asesino continuar con su vida y marcharse a nuevos pagos. Según lo que informó el presentador, ahora se encontraba trabajando en otro establo, cuidando de otros caballos.

Luego de todo el informe, la pantalla se dividió, dejando al presentador a la izquierda, y a la derecha, a la dueña de Tornado, quien aparentemente se hallaba en su casa.

—No puedo creer que esto esté pasando… —decía completamente compungida— No puedo creer que la justicia me haya dado esa respuesta… Dejaron libre a un asesino… Esto no puede estar bien… ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Qué?

—No puedo imaginar por lo que debe de estar pasando… —empezó a decir el presentador, el cual era mucho más sensible que el del canal que había presentado la noticia del salón de bronceado.

—Yo solo quiero que se haga justicia… Que ese… maldito pague por lo que hizo, y que no se lo vuelva a hacer a otro ser indefenso, porque eso era Tornado, un ser indefenso que, por mi culpa, estaba bajo el cuidado de ese ser despreciable… —dicho esto, la dueña rompió en llanto.

En este caso no había mucho que investigar. El maldito había quedado captado en video, que quizás no era suficiente para la justicia, a menos que tuviese que cobrarte una multa de tránsito, pero sí que era suficiente para mí.

Capítulo veintisiete

Como no podía ser de otro modo, internet terminó proveyéndome de todos los datos que necesitaba para dar con el cuidador, quien, luego de algunos minutos, supe que se llamaba Timoteo.

Según lo que decía un portal de noticias «24/7», Timoteo había trabajado para Mercedes, la dueña de Tornado, durante poco más de un año. Hasta el momento del incidente no había reportado inconveniente alguno, por lo que aún no encontraban explicación para su accionar.

En mi mente ya se habían comenzado a gestar algunas hipótesis que explicarían el motivo, sin embargo, todas me llevaban a la misma conclusión, asesinar a Timoteo.

Según otro canal digital de noticias, la defensa del cuidador había logrado argumentar que la inyección no había tenido una relación directa con el desmayo del animal, y que el motivo por el que el cuidador tenía el celular en la mano, era para dar aviso a la dueña, ya que el caballo había presentado, según el cuidador, signos de mareo.

Aquello era una enorme patraña que ni un niño de cinco años se hubiese creído, pero lamentablemente la justicia (según parecía) estaba en manos de sujetos con la mentalidad de un niño de cuatro años, ya que habían decidido dejar en libertad al cuidador, y lo peor de todo era que la irracionalidad no terminaba allí. Según lo que decía el sitio, la justicia le había emitido una advertencia a la dueña, quien, según la defensa del cuidador, poseía una actitud acosadora.

Madre mía. Encima que le asesinaba al caballo, a punto estuvo de ponerle una orden de restricción. Pero si es que vivimos en el mundo del revés.

Finalmente, tras pasear por varios sitios, pude hallar el nuevo destino de nuestro cuidador asesino. «La Enriqueta», era el nombre del establo, y, según la dirección que figuraba al pie de una foto en la que estaba Timoteo parado frente a una caballeriza, quedaba a las afueras de la ciudad.

Este ser despreciable no merecía ni que me gastase en pensar un plan. Además, su contextura, según el video y la foto que acababa de ver, era similar a la de un yoqui.

A pesar de que me hubiese encantado trasnochar e ir a matar a Timoteo, el día ya había tenido suficientes emociones, además, el sueño era necesario para pensar con claridad.

La mañana llegó de improviso. La noche de sueño, a pesar de no sufrir sobresaltos o interrupciones, pasó demasiado deprisa.

Hoy era uno de esos días en que las sábanas parecen sujetarte, obligándote a permanecer cinco minutos más, sin embargo, Pulgoso no podía esperar cinco minutos más, o al menos eso indicaba su persistente ladrido.

Aquello, a pesar de que para algunos pudiese ser fastidioso, para mí no lo era. Mi fiel amigo había aprendido muy buenas costumbres, entre las cuales estaba el no orinar dentro de la casa. Su vejiga poseía un reloj propio, y todas las mañanas a esta hora, sin importar que llueva, truene o esté soleado, él necesitaba salir a caminar y desagotar.

Empujado por los ladridos de mi amigo, y por el deseo de asesinar a Timoteo, me levanté de la cama y me dispuse a iniciar mi rutina diaria.

Ya de regreso, con el diario extendido sobre la mesa, mis ojos no podían creer lo que leían.

Finalmente, Clara, la corredora asesina, había logrado salirse con la suya. Según lo que informaban, la defensa de la joven, al igual que la defensa del cuidador, había logrado argumentar que el video no era prueba suficiente. Al parecer los jueces estaban todos cortados con la misma tijera, ya que habían dado por bueno el argumento, e inclusive parecía que todo estaba dado para que Clara, quien evidentemente era la victimaria, se convirtiese en víctima. Según algunos testimonios, la joven habría sufrido un daño psicológico irreversible debido a las injurias en contra de su persona, y estaba preparando una acusación en contra de los medios que la habían difamado, e increíblemente, en contra de los familiares de Iván, quienes simplemente pedían justicia, pero según la defensa de Clara, hostigaron y persiguieron a la pobre carmelita descalza.

Pero si es que no me iban a alcanzar los días para enmendar esta puta locura de mundo.

No me extrañaría que Pedro metiese sus narices en este caso. A fin de cuentas, la chavala parecía tener bastante pasta.

Fuera cual fuese el caso, iba a tener que esperar hasta que volviese de solucionar el asunto del cuidador asesino.

Capítulo veintiocho

La mañana se había convertido en un día de campo en toda regla. El sol brillaba, los pájaros cantaban, y ya podía percibir el aroma a muerte que asomaba en la lejanía, como ese rastro de sangre que persiguen los tiburones.

El establo en el que trabajaba Timoteo quedaba un tanto alejado, pero eso no era un problema, al contrario. La ruta para llegar a «La Enriqueta» estaba completamente descuidada. No había luces, ni escáneres de velocidad, y mucho menos cámaras de tránsito. Aquel espacio geográfico parecía pertenecer a una época pasada, en donde lo tecnológico aún era incierto, tan solo una fantasía.

Tras conducir por varios kilómetros en línea recta, finalmente un cartel marcaba la salida hacia el establo.

El camino se mostraba completamente desolado. Únicamente *Leblanc*, el músico que sonaba cuando Gastón había sido rostizado hasta la muerte, llenaba mis oídos además del canto de los pájaros.

A lo lejos, como si fuese una réplica en miniatura, se veía el establo, con su techo gris y sus paredes blancas, y a un lado, detrás de una cerca también blanca, unos caballos trotaban libremente.

Según lo que había podido averiguar, el establo le pertenecía a un matrimonio adinerado que, según sus últimas publicaciones, había viajado en busca de una nueva yegua.

Es extraña esa obsesión que tienen las personas por compartir todos sus movimientos, decisiones, y hasta el gusto de helado que prefieren, pero cuando una encuesta les pide que aporten sus nombres y apellidos, se aterran por la violación a su privacidad.

En fin, bendita era tecnológica. Definitivamente este era el siglo para los psicópatas y acosadores.

Gracias a la foto que había subido Pascual, el esposo, tenía la tranquilidad de que nadie me vendría a molestar mientras hacía justicia en nombre de Tornado y de Mercedes.

Existen muy pocas cosas que puedo entender, y el matar a un animal de aquel modo no estaba entre ellas.

En mi cabeza, la cual se hallaba bastante trastocada tras tantos años conviviendo con la muerte, nunca había podido comprender esta conducta humana. De hecho, un caso muy famoso, que había ocurrido cuando Maggie y Lucio aún estaban con vida, me había llamado la atención y me había llevado a preguntarme qué es lo que pasa por la cabeza de alguien para cometer semejante atrocidad. El caso en cuestión se trataba de un hombre que había asesinado a su esposa, a su hija, a su suegra, y a su perro. Según las noticias, el hombre había llegado a tomar esta acción debido a que su familia lo vivía hostigando psicológicamente, menospreciándolo de manera crónica, y no sé cuántas cosas más que se inventó la defensa del asesino. Para algunos ese podía ser un justificante, sin embargo, para mí no lo era en absoluto. En su momento Maggie, quien me había oído expresar mi parecer, me había preguntado por qué creía eso, a lo que le contesté, que había un detalle que no cuadraba. Por desquiciado y ruin que fuese el motivo, podría llegar a comprenderlo (desde una perspectiva completamente torcida como era la del

asesino), pero no me cuadraba que también hubiese asesinado al perro. ¿Por qué? Allí había algo más detrás. Allí había perversión pura y dura.

El caso terminó olvidándose, como con casi todos los casos que supieron tener sus cinco segundos de fama, y para asombro de nadie, el asesino terminó casándose nuevamente estando en prisión. Uno podría decir que quizás se reformó, pero la realidad es que no, ya que intentó asesinar a su flamante esposa, quien, como si la perversidad emanada por aquel despreciable ser fuese una feromona que nublaba su juicio, volvió a darle una segunda (o debería decir tercera) oportunidad. Pero si es que la gente no quiere ver la realidad por más que le esté clavando un cuchillo en el estómago.

Tras haber revivido aquel recuerdo, y haber vuelto a recordar la voz de Maggie, regresé al establo y al día de campo.

Debía asegurarme de que Timoteo no pudiese tener otra posibilidad de asesinar a un ser indefenso.

Capítulo veintinueve

Con la tranquilidad de quien se sabe solo en casa, me acerqué a la cerca blanca que mantenía encerrados a los caballos, y con expresión pensativa, comencé a fingir que los observaba con ánimos de comprarlos.

Mientras me hacía el distraído, pude oír un saludo que provenía del establo.

Allí estaba Timoteo seguramente, sin embargo, fingí que no lo escuchaba y continué absorto en los caballos.

—¡Buenos días! —repitió cada vez más cerca.

El aroma a muerte comenzó a intensificarse al tiempo que mi mano izquierda se metía en mi bolsillo y acariciaba la jeringa de veinte mililitros que había escogido para esta ocasión. Y no, no estaba cargada con veneno.

Una vez que me aseguré de que la jeringa no se me había caído en el auto, me di la vuelta fingiendo sorpresa y esbocé mi sonrisa más bonachona.

—Muy buenos días —dije mientras achinaba los ojos—. Qué hermosos ejemplares —añadí mientras me volvía fugazmente para enfatizar mis palabras.

Era increíble, pero el hablar con las personas a las que iba a asesinar me resultaba extremadamente sencillo. Era como si estuviese interpretando un personaje, o quizás este fuese mi verdadero yo, y el retraído, aquel al que le costaba hablar con los demás, era el personaje que había forjado para no llamar la atención.

—Muchas gracias —dijo Timoteo, quien se veía un poco más pequeño que en las fotos.

El cuidador poseía los ojos demasiado unidos, en conjunto con unas cejas que no sufrían ningún corte en el entrecejo. Sus labios poseían aquella expresión de desprecio crónico propia de aquellos que se saben superiores y no les importa demostrar su descontento hacia los demás.

—Espero sepa disculpar mis modales —dije luego de aclararme la garganta—. Mi nombre es Fausto. Estaba buscando a Pascual. Habíamos hablado hace algunas semanas, pero recién hoy pude hacerme un espacio para venir.

—Lamento oír eso. El señor Pascual se ha ido con la señora Carmen, su esposa, y no regresarán hasta mañana —hizo una pausa, y añadió antes de que pudiese decir algo—. Mi nombre es Timoteo. Soy el cuidador. Si puedo ayudarlo en algo, no dude en decírmelo.

—Yo también lamento oír eso, Timoteo. He conducido mucho para llegar hasta aquí, sin mencionar que no sé cuándo volveré a tener un espacio en mi agenda —me llevé la mano a la barbilla, como si estuviese pensando en algo, y dije—. Quizás podrías ayudarme, si es que no te estoy incordiando, claro está. De seguro debes de tener mucho trabajo aquí.

—En lo absoluto. Ya les he dado de comer, por lo que tengo un tiempo libre. ¿Estaba interesado en algún caballo en particular? ¿Le gustaría verlos de cerca?

—¿Estos son todos los caballos que tienen? —pregunté mientras me volvía hacia la cerca blanca.

—Casi todos. En el establo hay otros tres que están descansando. Dos han hecho bastante ejercicio temprano, y el otro corrió ayer una carrera.

Por ser un asesino de caballos se estaba mostrando demasiado confiado.

—Me encantaría poder verlos, así ya luego veo estos antes de marcharme.

—Desde luego. Acompáñeme —dijo con los labios fruncidos.

Caminamos hacia el establo mientras me comentaba acerca de los ejemplares que estaban encerrados. Supuestamente eran muy preciados por Pascual y Carmen, cosa que seguramente estaba moviendo aquella fibra perversa dentro de Timoteo.

Una vez que llegamos al resguardo y anonimato del interior del establo, aprovechando que Timoteo estaba distraído indicándome dónde estaban los caballos, me acerqué sigilosamente, pasé velozmente mi brazo por su cuello, y sin que pudiese darse cuenta de lo que estaba pasando, flexioné el codo, como si de una pinza se tratase, apretando con vigor los lados de su cuello y comprimiendo las arterias carótidas.

El cuidador intentó luchar, pero la diferencia de tamaño estaba a mi favor, además de que ya lo había pillado desprevenido, por lo que las posibilidades de que pudiese zafarse eran prácticamente nulas.

Al cabo de diez segundos, durante los cuales el flujo de sangre se había reducido drásticamente debido a la presión, Timoteo se durmió como un bebé al que le habían dado un biberón lleno de *Valium*.

Capítulo treinta

Unos minutos más tarde, Timoteo estaba abriendo los ojos y poniendo cara de no comprender lo que estaba ocurriendo, cosa más que entendible, ya que ahora se hallaba atado a una silla.

Las cuerdas nunca faltan en un establo.

—¿El nudo está muy justo? —le pregunté mientras me inclinaba hacia adelante— Si así es, era la idea —añadí por si pensaba que estaba siendo considerado.

—¿Qué… está pasando? —fue lo primero que dijo— ¿Qué ocurrió? ¿Por qué estoy atado? ¿Quién eres? ¿Por qué me estás haciendo esto? —soltó una pregunta tras otra, para luego romper en un grito— ¡Suéltame!

—No lo creo —dije luego de que uno de los caballos hubiese relinchado tras el grito de su cuidador—. Y antes de que continúes preguntando cosas que no voy a responder, será mejor que cierres la boca y me prestes atención. Lo que respondas a continuación puede ser la diferencia entre que vivas o mueras —mentí.

No tenía pensado dejarlo con vida.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué has matado a Tornado?

—¿Quién? —se hizo el desentendido al tiempo que fruncía aún más los labios, como si el oír aquel nombre fuese algo repugnante.

—Sabes muy bien de quién hablo. Te lo advierto. No te conviene hablar con la mentira. Digamos que tengo un don para saber cuándo me mienten, y créeme cuando te digo que no me gusta que me mientan.

—La justicia ya investigó y me encontró inocente. Ya le dije a esa loca que no me siguiese acosando.

—Viste como sabías quién era Tornado. Y será mejor que no vuelvas a referirte a Mercedes de ese modo. Su único error fue confiar en alguien como tú.

—Pero la justicia…

—La justicia está corrompida por los estúpidos que la dirigen. Mírate aquí, en otro establo, como si nada hubiese pasado. Eres el claro ejemplo.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Esa loca te envió para que me des un susto?

—Yo no doy sustos. Y te dije que no la volvieses a llamar de ese modo —me acerqué hasta quedar frente a frente.

—Está bien, está bien, está bien —se disculpó rápidamente.

—Responde. ¿Por qué mataste a Tornado?

—Tan solo era un estúpido caballo. ¿A quién le importa? ¿Me vas a matar por eso? —parecía no creerme capaz.

—Podría y, de hecho, lo voy a hacer. Tan solo quería escuchar tus motivos. Eso quizás me podría servir para comprender algunas cosas que a día de hoy no entiendo, pero, teniendo en cuenta tu actitud tan cerrada, creo que tendré que saltearme esta parte y pasar directamente a la acción.

—No, no, no, no, no…. ¡Espera! No me mates, por favor. Yo solo seguía órdenes —dijo

desesperado.

Sabía que una persona en la posición de Timoteo sería capaz de decir lo que fuese con tal de sobrevivir, pero en su voz había algo de verdad.

—Continúa —lo insté a que prosiguiese.

—El jodido caballo no paraba de ganar, y los demás competidores me pagaron para sacarlo de en medio. Tú sabes cómo son las cosas en el mundo de las carreras.

—No. No lo sé. Desásname.

—Vamos. Todas las carreras están arregladas. Siempre se acuerda que caballo ganará, pero esa maldita loca no quiso entrar en razón e ignoró las advertencias. Tuve que hacer lo que me encargaron.

—Por eso lo filmaste con el celular mientras se moría… —compartí mis pensamientos en voz alta.

—Así es. Lo hice a modo de prueba para las personas que me contrataron —dijo aliviado, pensando que por eso lo dejaría en libertad.

—Me gustaría creerte, y me gustaría dejarte en libertad, pero lamentablemente ya has visto mi cara —mentí vilmente.

—No diré nada. Te lo juro. Nadie sabrá que viniste aquí. Solo déjame vivir, te lo suplico. Apiádate de mí.

—¿Tú te apiadaste de Tornado? ¿Tú tuviste compasión de todos esos caballos a los que asesinaste a sangre fría?

—Solo fueron encargos. Te lo juro.

El farol había colado. No sabía si Timoteo había hecho esto antes, pero sus palabras lo confirmaron.

—Sabes una cosa, Timoteo, ya he escuchado todo lo que necesitaba escuchar.

—Espera… —hizo un segundo de silencio, como si estuviese pensando en algo ingenioso que pudiese hacerme reconsiderar lo que estaba por hacer— Si me matas te convertirás en un asesino.

—No me puedo convertir en algo que ya soy, Timoteo. Pero déjame decirte una cosa. A diferencia de ti, yo nunca asesinaría a un pobre ser indefenso. Eres un maldito que se merece sufrir por todo lo que ha hecho.

Me llevé la mano al bolsillo y saqué la jeringa.

—No, no, no, no, no. ¡No! Espera un momento. ¿Qué me vas a hacer? ¿Para qué es esa jeringa? —vociferó mientras se retorcía en la silla.

—Ya lo verás. Paciencia —fue lo único que dije y me acerqué al cuidador mientras removía el capuchón de la aguja.

—¿Me vas a envenenar? —Timoteo comenzó a chillar.

—Nada de eso. No mereces que gaste ni una pizca de veneno en ti. Verás, Timoteo, lo que te inyectaré será simplemente un poco de aire. Nada más, ni nada menos —el cuidador puso cara de no comprender—. Seré considerado y te explicaré un poco lo que te pasará. Te realizaré una punción en la carótida, y procederé a suministrarte el contenido, aparentemente inofensivo, de la jeringa. Esta en particular tiene una capacidad de veinte mililitros, lo cual, para tu tranquilidad, no debería de ser mortal, sin embargo, repetiremos la operación cinco veces, suministrando un total de cien mililitros de aire, lo cual, lamentablemente para ti, será más que seguramente mortal. Descuida, solo sentirás una opresión insoportable, sumado a un dolor extremadamente agudo en la zona en la que te voy a pinchar. Luego, es posible que te marees un poco, te sientas

confundido, hasta inclusive que sufras un ACV isquémico. Las convulsiones también están en el menú. Si tienes suerte puede que pierdas la conciencia, pero cruzaré los dedos para que eso no ocurra hasta que llegue tu hora. Y bueno, creo que eso es todo, sin contar lo evidente, claro está. Pero descuida, antes de que mueras podrás pensar muy bien en lo que sintió Tornado, y todos los otros caballos a los que asesinaste.

—No, no, no, no, no, no…

—No tiene sentido que chilles. Ya está. Simplemente estás obteniendo lo que mereces, lo que la justicia debió de darte.

Sin ninguna contemplación, rodeé la silla, sujeté su cabeza con la mano libre, y con pulso firme realicé la punción como si fuese un experimentado anestesista.

—Espera…

—Descuida. Siempre saqué dieces en la clase de anatomía. Además, como se suele decir, «la práctica hace al maestro».

—Hijo de p… —empezó a decir, pero sus palabras se acallaron de golpe.

Sus ojos se fruncieron, en composé con los labios, y por un instante creí que las esferas oculares eran capaces de tocarse.

—Van veinte. Vamos a ver si soportas los cien —dije mientras retiraba la jeringa —. Preparen —cargué—, apunten —volví a realizar la punción—, fuego.

Timoteo ya no chillaba. Su rostro, completamente fruncido, era incapaz de hacer otra cosa que no fuese retorcerse de dolor.

La transpiración comenzó a poblar su frente, como si de pronto estuviésemos en un sauna, y su cabeza empezaba a mostrar los primeros indicios de mareo.

—Vamos, campeón. ¿Acaso no es tan divertido cuando no estás del otro lado filmando? Todavía no puedes bajar los brazos.

—Hijo d… —logró balbucear para mi asombro, pero no llegó a terminar la frase.

Viendo que el cuidador asesino no sería capaz de soportar mucho más, aceleré el proceso para infundirle el mayor dolor posible antes de que colapsase.

Realicé las otras tres punciones con presteza al tiempo que Timoteo se veía cada vez más apagado, hasta que, luego de treinta segundos, el reflector que iluminaba la vida del asesino de caballos se apagó para siempre.

En sincronía, mientras la luz de Timoteo se apagaba, aquella sensación que había experimentado cuando puse fin a las vidas de Carlos, Maricio y Gastón, se encendió en mi interior. Aquella era una sensación de realización, de haber hecho lo que se tenía que hacer. Cielos, se sentía tan jodidamente bien que no podía ser algo malo.

Aprovechando la algarabía suministrada por aquella sensación de justicia, desaté a Timoteo y lo dejé recostado frente a una cuadra vacía.

Con la tranquilidad de que los caballos ya estaban alimentados, y de que los dueños llegarían el día siguiente, me dispuse a borrar toda evidencia de mi paso por «La Enriqueta».

Capítulo treinta y uno

La vuelta a casa estuvo musicalizada por *Virginio Aiello* y sus notas magistrales. La canción «*Van Gogh*» sonaba por los parlantes de mi auto, llevándome a otra dimensión mientras avanzaba por la desolada carretera. Aquel piano, y en esta ocasión en particular, combinado con aquel chelo tocado por *Vasislava*, eran la combinación perfecta para sentir que el tiempo no existía.

Mi hogar, como era de esperar, continuaba aguardando por mi llegada, al igual que Pulgoso, quien al oírme abrir la puerta vino a recibirme con su paso parsimonioso y encantador.

Estaba de regreso, y el mundo, por un instante, era un lugar mejor sin Timoteo en él.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —le pregunté al notar que agitaba la cola con más energía de lo habitual.

El día había sido lo suficientemente movido, pero el tomarme un momento con Pulgoso me vendría bien para pensar en mi próximo movimiento. Clara, la conductora asesina que había quedado absuelta de toda culpa o cargo, era la siguiente en mi lista. No me hacía falta tener que hablar con la esposa de Iván, o su madre, o los dos hijos pequeños que se habían quedado sin padre. Claro que no. Aquella aberración pedía justicia por todos lados, y el único modo de alcanzarla iba a ser con mis propias manos.

—Fausto —dijo Paco cuando estábamos pasando por delante del kiosco.

—Buenas tardes, Paco. ¿Ocurre algo? —pregunté intrigado por el tono que había empleado.

—No es nada. Solo quería avisarte que un sujeto estuvo preguntando por ti.

A juzgar por su tono, sí que era algo.

—¿Un sujeto? ¿Cómo era? ¿Te dijo lo que quería? —inquirí.

—No. Simplemente me preguntó por ti. Le dije que te había visto esta mañana, pero nada más. Me dijo que era un amigo tuyo.

Yo no tengo amigos.

—¿Cómo era? —le volví a formular la pregunta.

—Así de alto —hizo un gesto con la mano—. Llevaba el cabello peinado hacia atrás con gel, vestía un traje que parecía bastante caro, y… —pareció rebuscar en su memoria— llevaba un reloj de oro. Lo recuerdo bien porque se fijó la hora.

—Vale —intenté fingir mi preocupación— ¿No te dijo nada más, ni que volvería?

—No —negó con la cabeza— ¿He hecho mal? —preguntó preocupado.

—En lo absoluto —fingí una sonrisa—. Es tan solo un amigo de la fiscalía a quien hace mucho que no veo. Muchas gracias por avisarme, Paco.

—No ha sido nada —pareció aliviado.

—Eso sí, por las dudas, si en algún futuro alguien te pregunta por mí, prefiero que le digas que no me conoces. Uno nunca sabe con quién puede estar hablando, y hoy las personas están cada vez más locas.

Y vaya que lo sabía.

—Eso es verdad, Fausto. Lo tendré en cuenta para la próxima.

Me despedí de Paco, quien pareció comprender que no me agradaba el hecho de que

compartiese información acerca de mí con extraños, y regresé a mi hogar.

El paseo sí que había sido de utilidad.

Ahora sabía que Pedro me estaba buscando, y eso no podía significar algo bueno. Había sido lo suficientemente claro con él cuando le dije que no continuaría trabajando.

¿Me habría visto frente al barrio cerrado?

Ya tendría tiempo para averiguarlo. Ahora debía de centrarme en elucubrar un plan para Clara.

Capítulo treinta y dos

Lo primero que debía hacer era conocer el lugar en el que vivía la conductora asesina. Internet no tardó en brindarme su domicilio. Según «La Noticia rebelde», un portal en línea, Clara vivía junto a sus padres en uno de los barrios más acaudalados de la ciudad. Definitivamente el abordarla en su casa no iba a ser una opción.

Investigando un poco más pude dar con Juana, la chica que conducía el otro vehículo y con quien Clara se había enviado aquellos audios más que cuestionables. En este caso, la amiga vivía sola, en un apartamento situado en una zona mucho más tranquila y accesible, lo cual hizo que una idea comenzase a tomar forma en mi mente.

Si no podía entrar a buscar a Clara, tendría que hacerla salir de su castillo de princesa asesina, y que mejor que con un mensaje por parte de su amiga. Sin embargo, debía de estar del todo seguro de involucrar a Juana. Cabía la posibilidad de que tan solo hubiese estado en el lugar y momento equivocado, por lo que me puse manos a la obra y comencé a investigarla a fondo.

Una hora más tarde, había recopilado la suficiente información como para enviarla a la cárcel por el resto de su vida. Me llamaba la atención el modo en que trabaja la policía. Todo lo que se necesitaba para armar un caso estaba allí, colgado en internet, esperando a que alguien con dos dedos de frente lo viese y uniese las piezas, pero al parecer eso era pedir demasiado para nuestras queridas fuerzas del orden.

Juana poseía un historial similar al de Clara, con la diferencia de que ella no solo había asesinado a extraños, sino que también había asesinado a su ex novio. Según la prensa, la indefensa jovencita se había escapado de las garras de su maltratador novio, quien supuestamente la vivía engañando, y había huido de un club nocturno tras una acalorada discusión. La joven, según el testimonio de algunos testigos que se hallaban a las afueras del club, se había subido en su auto y, de un modo «accidental», había arrollado a su ex novio, quien supuestamente se había colocado delante del auto, queriendo impedir su huida.

Hasta allí todo podría llegar a colar, si es que no se oía el otro lado de la campana, pero había un detalle no menor que tornaba todo asquerosamente turbio. El detalle en cuestión era que la «indefensa jovencita» no había arrollado una única vez a su ex novio, sino que lo había pasado por encima, cual bolsa de basura, tres veces consecutivas. Primero hacia adelante, luego en reversa, y luego nuevamente hacia adelante. Aquello había sido un homicidio en toda regla, pero la defensa de la «indefensa jovencita» había logrado argumentar que su defendida había perdido los anteojos durante la discusión con el difunto, y que los vidrios del vehículo estaban empañados.

Era increíble que nadie le hubiese preguntado si no se había dado cuenta de que había pisado un cuerpo en tres oportunidades. Joder, que era un puto cuerpo de los cojones.

Finalmente, a pesar de que los testimonios a favor de Francisco, el ex novio arrollado, eran cada vez más e indicaban que la violenta de la relación era ella, Juana terminó siendo absuelta, ya que las pruebas presentadas no fueron suficiente como para demostrar su culpabilidad más allá de toda duda razonable. Madre mía. Si el pasar tres veces sobre el cuerpo de alguien no es prueba suficiente, ¿qué lo sería?

Aquellas amigas sí que eran tal para cual.

Capítulo treinta y tres

Juana vivía sola, aparentemente quería demostrar que era una chica independiente (con las tarjetas de sus padres), y su departamento quedaba a unos cuarenta minutos de casa.

A pesar de que no tenía pensado cometer otro acto justiciero en este día, se me antojó echar un vistazo a la zona, y quién sabe, quizás toparme con la joven mientras bajaba a por comida.

Tomé las llaves del coche, me despedí de Pulgoso, quien movió la cola como si supiese a dónde iba, y tras sentir el peso del *Colt Python* en mi cintura y palpar una jeringa vacía en mi bolsillo, salí de mi casa como un buen *Boy Scout*, «Siempre listo».

Aún quedaban algunos rezagos de sol luchando por no esfumarse, como esos borrachos que no quieren abandonar el bar a pesar de que las luces ya se encendieron y la música se apagó. Las calles estaban tranquilas, o todo lo tranquilas que pueden estar para un viernes por la noche, los «*Pet Shop Boys*» tocaban «*It´s a Sin*» dentro de mi auto, y la temperatura estaba comenzando a descender abruptamente.

Llevaba conduciendo aproximadamente unos quince minutos, cuando pude darme cuenta de que un auto me estaba siguiendo.

Nunca había sido alguien que se persiguiese por cualquier cosa, pero sí que me gustaba ser lo suficientemente precavido con algunas cuestiones, como, por ejemplo, que un auto efectúe cuatro giros consecutivos idénticos a los míos.

Aquella era una costumbre que había adoptado al poco tiempo de comenzar a trabajar con Pedro. En esos días todos los autos me parecían sospechosos y sentía que todo el mundo me perseguía, por lo que, para evitar volverme loco, implementé algunas costumbres para asegurarme de que nadie me estaba siguiendo.

Ahora bien, el auto que tenía detrás había realizado los mismos giros que yo, giros que no eran necesarios, de hecho, tan solo servían para perder el tiempo, gastar más combustible, y evidentemente corroborar que alguien te siguiese.

Además, también me daba cuenta de que me estaba siguiendo debido a que procuraba que haya un auto de por medio. Aquello terminaba siendo mucho más sospechoso que si fuese pegado detrás de mí.

Intenté aguzar la mirada mientras me hallaba detenido en un semáforo en rojo, pero la oscuridad de la noche que se había arrojado sobre las calles como una pantera negra, y el brillo de los faros, hicieron que no pudiese distinguir al conductor.

De lo único que estaba seguro era de que no se trataba de Pedro, a menos que estuviese conduciendo otro auto, pero algo me decía que no sería capaz de tal sacrilegio. Vamos, que estaba enamorado de aquel *Jaguar*.

Tuve un presentimiento de que hoy no iba a ser una gran noche, en contra de lo que vaticinaba Raphael en su emblemática canción.

Teniendo en cuenta que no podría sacarme a mi escolta de encima, decidí cambiar mi destino. No podía permitir que me viese cerca de la casa de Juana. Puede que fuese solo una posibilidad, pero si había dinero, Pedro tenía que estar involucrado.

Decidí que lo mejor sería alejarme lo más posible, y un sitio parecía ser el perfecto para la

ocasión. A fin de cuentas, nadie estaría en casa hasta la mañana próxima.

A mi escolta pareció no importarle que haya tomado una carretera desértica y no poder ocultarse entre el bullicio de la ciudad. Ahora, sin ningún vehículo de por medio, el coche que me estaba siguiendo avanzaba a unos treinta metros, como si eso fuese suficiente para disimular su maniobra de seguimiento.

Todo indicaba que los cánones de Pedro para escoger a sus empleados estaban en un completo declive. Vamos, que no podía permitir que este subnormal me matase.

«La Enriqueta» estaba cada vez más cerca, al igual que la hora en la que iba a matar a mi perseguidor, y ya luego podría volver a enfocarme en Juana y Clara.

Tras varios kilómetros conduciendo en línea recta, fue un milagro que las luces de mi auto hayan reflejado el cartel que indicaba el giro hacia el establo.

Aquello era una boca de lobo, pero no tenía por qué temer, ya que yo era el lobo, o al menos eso pretendía.

Como se suele decir, «Quien a hierro mata, a hierro muere». Los reveses de la vida pueden hacernos cambiar de vereda en un abrir y cerrar de ojos. En un momento puedes sentirte el lobo de la historia, y en otro puedes terminar siendo la abuelita de caperucita roja. Empuñé el *Colt Python* con fuerzas, como si eso hiciese que mis posibilidades de salir vencedor subiesen, y continué conduciendo envuelto por la espesura de una noche cerrada.

El establo se hallaba sumido en la más profunda oscuridad, confirmando las palabras del finado cuidador asesino y de lo que sus jefes habían posteado.

Increíblemente, mi escolta continuaba pensando que no me había percatado de su presencia, como si el haber incrementado la distancia de treinta a cincuenta metros hubiese sido suficiente como para no notar su incandescente presencia en la lejanía.

A estas alturas estaba seguro de que no podría comunicarse con Pedro. La señal en aquel sitio era nula.

Finalmente, cuando me hallaba a escasos metros del establo, mi escolta pareció darse cuenta de que había aminorado la marcha con la intención de estacionarme, ya que apagó las luces. Menudo pieza que se había buscado Pedro.

Haciéndome el desentendido, estacioné cerca de la entrada al establo, apagué el motor junto con las luces, y tras apearme del coche, entré por la misma puerta que Timoteo había empleado más temprano.

A pesar de que la única luz provista por la noche era la de la luna a través de las nubes colándose por una ventana alta, un leve halo plateado iluminaba débilmente la silueta del cuidador, quien continuaba en la misma posición en que lo había dejado.

Mi primer plan era que lo encontrasen los dueños al día siguiente y pensasen que había sufrido un infarto, lo cual, técnicamente hablando, era lo que había pasado. Lo importante era que nadie pensase que había ocurrido algo raro con su muerte. Eso era clave para que Mercedes no sufriese ningún tipo de acusación.

Ahora, con la cuestión de mi tenaz seguidor a las afueras del establo, aquel plan inicial peligraba, ya que no sabía si iba a ser capaz de asesinarlo sin dejar rastros.

Por empezar, no contaba con el factor sorpresa, por lo que no iba a poder abordarlo desprevenido. Luego, estaba el pequeño gran detalle de que no sabía cómo era. Bien podría ser de la misma estatura que Timoteo, o bien podría ser como Gastón, y si ese era el caso, estaba jodido e iba a tener que hacer uso del *Colt Python*, lo cual, quiérase o no, iba a dejar un rastro. Quizás la policía podría llegar a pensar que hubo un robo, y que Timoteo, en su afán por que no

se lleven los bienes de sus jefes y obtener la conmemoración de «empleado del mes», había sufrido un infarto por la emoción. Aquello podría cuadrar, y más teniendo en cuenta el modo en que la policía razonaba, sin embargo, si me embarcaba en ese viaje, iba a tener que deshacerme del cuerpo y del auto de mi perseguidor.

La noche era joven, por lo que contaba con un buen margen de maniobra, sin embargo, no debía cantar victoria antes de tiempo.

Con un plan gestándose en mi cabeza, me acerqué a una de las cuadras en donde se hallaba descansando uno de los caballos que me había mencionado Timoteo, y al verme, el animal soltó un leve relincho. Parecía como si me hubiese reconocido como su salvador. Si aquel era el que había corrido la carrera, y la había ganado, seguramente era el próximo blanco del maldito.

—Shh… Shh… —me llevé el índice derecho a los labios para hacer el gesto de silencio— Tranquilo, campeón. No dejaré que nada malo te ocurra. Solo te voy a pedir un favor, y quiero que te comportes como un buen chico —hice una pausa, le acaricié la nariz, y añadí—. Tan solo necesito que corras, libre y salvaje, cuando te lo diga. ¿Puedes hacerlo?

A pesar de que no me podía hablar, el caballo hizo un leve meneo con la cabeza, como si hubiese comprendido, y se quedó atento a mis movimientos.

Capítulo treinta y cuatro

Los ojos de «Pequeño Bandido» (así lo llamé en mi cabeza) brillaban en medio de la penumbra, exultantes de determinación, como si estuviese preparándose para la largada.

—Ahí vengo —le susurré, y procurando no hacer ruido, me acerqué a la puerta que había dejado entreabierta.

Por entre las maderas intenté mirar hacia fuera, y efectivamente, allí estaba mi escolta. Ya se había bajado del auto y avanzaba con paso sigiloso en dirección al establo.

Su estatura era un punto intermedio entre Gastón y Timoteo, por lo que, de darse un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, las probabilidades estarían repartidas en partes iguales. Su complexión era similar a la mía, con la única diferencia de que se veía más joven.

Aprovechando que contaba con al menos dos minutos hasta que el esbirro de Pedro llegase hasta el establo, tomé la cuerda que había empleado para atar a Timoteo y até un extremo al portón de la cuadra de Pequeño Bandido. Una vez hecho esto, me escondí detrás de la gran puerta principal a esperar.

Mi mano, mientras la tensión escalaba presurosa, tomó el *Colt Python* con firmeza. Sabía que solo debía usarlo como último recurso.

Los dos minutos pasaron, pero mi acechador todavía no había llegado.

¿Estaría rodeando el establo?

Si encontraba otra entrada, estaba jodido. No había pensado en eso. Aparentemente el único punto de acceso era el que había utilizado, pero teniendo en cuenta que aquel era un asesino enviado por Pedro, debí de haberme asegurado.

Ya no podía volver a echar un vistazo, puesto que cabía la posibilidad de que si lo hacía perdiese ese único instante de ventaja con el que contaba.

Respiré suavemente, agucé los oídos, y finalmente el ruido de unas pisadas llegó junto con una brisa. Allí estaba. No había rodeado el establo. Tan solo se había tomado un poco más de tiempo. Eso podía indicar que estaba nervioso, y si estaba nervioso, las probabilidades aumentaban a mi favor.

Las bisagras de la puerta principal emitieron un leve chillido al tiempo que la hoja de madera se abría y me ocultaba de mi perseguidor.

El momento de brillar había llegado para Pequeño Bandido. Apreté la soga que estaba atada al portón de su cuadra, tiré con fuerzas, y la puerta se abrió violentamente.

Mi nuevo amigo entendió que era hora de correr, y al igual que en una largada, salió a toda velocidad en dirección a la puerta principal.

Mi perseguidor entró en mi campo visual. Se hallaba completamente desconcertado, por lo que aproveché ese segundo a mi favor y lo abordé por la espalda.

Al igual que con Timoteo, mi brazo rodeó su cuello rápidamente y se cerró como una guillotina.

El sujeto intentó resistirse, pero una vez que la toma era ejecutada correctamente, ya no había nada que hacer, a menos que la diferencia de tamaño fuese muy marcada, cosa que no era el caso.

Sus manos intentaron golpearme, pero lo único que logró fue rozarme con sus dedos.

Sus energías mermaron velozmente al tiempo que sus intentos por librarse cesaban.

—No tiene sentido que te resistas —le dije con tono neutro y calmo.

A diferencia de Timoteo, el sujeto tardó casi treinta segundos en perder la conciencia. Lo que le faltaba de astucia lo tenía de resistente, sin embargo, había caído, y ahora iba a poder sacarme todas las dudas.

Capítulo treinta y cinco

El sicario contratado por Pedro se llamaba Paco Almudena, o al menos eso decía la licencia de conducir que hallé en su bolsillo, única pertenencia además de las llaves del auto y una *Glock*.

—¿Quién eres? —le pregunté luego de haberle abofeteado.

El sujeto estaba atado a la misma silla a la que había atado a Timoteo. Llevaba puesto un pantalón y una camisa negra al estilo mafioso, con el cabello peinado hacia atrás con gel. Parecía una copia de Pedro, solo que más joven y sin saco.

—¿Qué…? —vaciló mientras intentaba comprender lo que había ocurrido.

—Si vas a seguir a alguien, procura no ser tan evidente, empezando por el atuendo de sicario. Ahora responde mi pregunta. ¿Quién eres?

—Mátame —su mirada se topó con la silueta de Timoteo y pareció recuperar la compostura.

—Desde luego que lo voy a hacer, pero antes responderás mis preguntas.

—No pienso hacerlo —continuaba con su postura reacia.

—No vale la pena que te sacrifiques por alguien que no dudaría ni un solo instante en enviarte a matar. ¿Acaso eres subnormal, Paquito? Sé quién te envió. Yo también trabajé con él. Solo que no le copiaba la forma de vestir y el peinado —pareció empezar a dar el brazo a torcer.

—¿Tú…?

—Sí. Era igual que tú, solo que llegó un día en el que no quise continuar. Ahora dime. ¿Por qué me estabas siguiendo?

—Porque estás metiendo tus narices en dónde no te incumbe —pareció recuperar la gallardía.

—¿Y eso sería?

—Lo sabes muy bien. Te vieron fisgoneando cerca de Los Arces, y luego, vaya casualidad, el cliente del señor T muere en un accidente.

—¿Señor «T»? —Inquirí sin comprender.

Mi secuestrado pareció no entender mi desconcierto.

—¿Tú no trabajabas para el señor T? —preguntó descolocado.

—¿Quién es el señor T? —respondí con otra pregunta.

—Más te vale matarme. No pienso decir ni una sola palabra más —se cerró por completo.

¿Cómo había podido ser tan capullo de reaccionar de aquel modo?

—Espera un segundo —intenté jugarme una última basa. —. Si me dices quién es el señor T, prometo dejarte ir.

—Ambos sabemos que eso es mentira. ¿Acaso le has hecho esa promesa a él también? —señaló con la cabeza hacia el cuerpo de Timoteo.

Debí de haberlo ocultado.

—Veo que eres alguien que no da el brazo a torcer. De acuerdo. Tendremos que hacerlo por las malas —desenfundé el revólver.

—Ya te dije que no diré nada. Dispárame de una vez.

—Aquí nadie le disparará a nadie, por ahora —dije mientras comprobaba las balas—. Solo vamos a ver que tanto deseas callar —volví a guardarme el revólver en la cintura y saqué la jeringa.

—No te diré nada.

—Ya veremos —dije mientras le quitaba el capuchón a la jeringa—. Vamos a probar tu nivel de resistencia —comencé a acercarme—. ¿Quién es el señor T? —negó con la cabeza.

Me posicioné detrás de él, le sujeté la cabeza con la mano libre, y con la otra le clavé la jeringa en el ojo.

Mi secuestrado soltó un chillido de dolor, dándome a entender que aquello era sumamente doloroso.

—¿Y bien? ¿Quién es el señor T?

—Vete a la mierda —me espetó.

—De acuerdo —dije, y volví a blandir la jeringa, clavándosela nuevamente en el mismo ojo.

Mi secuestrado volvió a gritar, esta vez con un tono más roto, a lo que se le sumaron los otros dos caballos que aún estaban en el establo, quienes hasta ese momento se habían mantenido en silencio.

—Ya despertaste a los chicos —le dije al oído—. Créeme. Detesto hacer esto.

Aquello era verdad. Nunca me había gustado torturar a las personas. Prefería asesinarlas sin más, a menos que se lo mereciesen.

—Tendrás que matarme. No pienso decirte nada —soltó entre jadeos de dolor.

—Ya veremos.

La tortura continuó por algunos minutos, hasta que, finalmente, tras haber puesto a prueba todos sus hiponiquios, mi secuestrado terminó hablando.

—Está bien… Ya basta… —dijo mientras se le escapaba la saliva por la comisura de los labios— Torrejón. La T es de Torrejón. No le gusta que lo llamen por su apellido… Ya mátame de una vez, porque te juro que si llego a escaparme te mataré a ti y a tu estúpido perro de los… —no logró terminar la amenaza, ya que mi dedo jaló del gatillo del *Colt Python* y una bala impactó en medio de su pecho.

—Nadie insulta a Pulgoso —mascullé mientras continuaba sosteniendo el arma con firmeza.

Torrejón… ¿Acaso sería…? No. No podía ser. Tenía que ser una casualidad… o… Ese hijo de puta de Pedro. Lo había planeado todo desde un principio. Me había convertido en esto, solo para lucrar, para tener a un maldito y estúpido sicario.

Capítulo treinta y seis

Lo de ser cuidadoso se había ido a tomar por saco. El disparo provocó su correspondiente explosión de sangre, pero afortunadamente la tierra iba a poder taparla, o al menos eso esperaba. Algo me decía que la policía no se iba a poner a rastrillar la zona. Al menos en la mayoría de casos no lo hacía. La bala, gracias a que el disparo había sido con un ángulo descendente, había atravesado el cuerpo y quedado a pocos metros en el suelo.

Ahora bien, con la silla era otro cantar, ya que la sangre había obrado como una suerte de barniz espeso que recubrió su asiento. Tendría que venirse conmigo y con el cuerpo de Paco.

Luego de guardarme sus pertenencias, y ponerme unos guantes de trabajo que hallé, utilicé dos costales vacíos de avena para «empaquetarlo», le anudé la cuerda con fuerzas para evitar que su ataúd de algodón y yute (al menos era amigable con el medioambiente) se abriese, y me lo llevé a cuestas a su auto.

Tras depositarlo en el maletero, revisé el interior del vehículo, pero no pude encontrar nada. Parecía que Paquito viajaba ligero.

Mientras pensaba en algún modo para deshacerme del cuerpo y regresar antes de que los dueños del establo regresasen, algo me rozó la oreja e hizo que me pusiese en alerta máxima.

¿Paco había venido con un compañero? ¿Cómo había sido tan pringado de no prever eso?

Me giré rápidamente al tiempo que desenfundaba el *Colt Python* con cierta dificultad debido a los guantes de trabajo, pero lo que vi no era un sicario. Allí, lamiéndome la oreja, estaba Pequeño Bandido, quien aparentemente había regresado tras estirar un poco las patas.

—Menudo susto que me has dado —solté aliviado.

Me guardé el revólver y lo acaricié en la frente.

Pequeño Bandido, además de casi provocarme un infarto, me había traído la solución que estaba buscando.

Luego de revisar todo por tercera vez, y guardar la silla barnizada con la sangre de Paco en el baúl de mi auto, tomé prestado una silla de montar, otra cuerda, y emprendí la primera parte del plan para deshacerme de Paquito.

Até un extremo de la cuerda a la silla que le había colocado a Pequeño Bandido, y el otro extremo lo até al gancho de remolque del auto de Paquito.

Así, podría llevarme bien lejos el cuerpo del asesino asesinado, y regresar antes de que el sol saliese y trajese de vuelta a los dueños del establo.

Hacía mucho que no montaba a caballo, de hecho, la última vez que lo había hecho había sido cuando era un adolescente y mi padre me había llevado al campo de su tío. En aquel entonces poseía cierta destreza, aunque dudaba que perdurase después de tantos años, y más teniendo en cuenta los dolores que me aquejaban en la rodilla derecha. No es lo mismo montar sin que te importen las caídas, a hacerlo sabiendo que si te caes estás jodido. Es como jugar a un videojuego con una sola vida, sin segundas oportunidades.

A pesar del temor a caer, y al desconocimiento absoluto respecto al modo en que se iba a comportar Pequeño Bandido (una cosa era acariciarlo, y otra montarlo), ese era el mejor plan que tenía.

De tal modo, con mi fiel corcel atado al paragolpes trasero, me alejé de La Enriqueta en el auto de Paquito, con Paquito en el maletero.

Si la carretera se hallaba desolada durante el día, ahora, que la noche se había asentado como un motor luego de los primeros dos mil kilómetros, se mostraba digna de un cuento de terror. Vamos, que solo faltaba que salgan los fantasmas y estábamos.

Conduje por algunos kilómetros en línea recta, y cuando me pareció oportuno, giré y me metí en medio del campo. Dudaba que a Paquito le importasen los amortiguadores de su auto.

Avancé entre la maleza, hasta que finalmente llegué a una zona poblada por árboles, en dónde oculté el cuerpo de Paquito entre unos arbustos bajos.

Estaba seguro de que tardarían mucho tiempo en encontrarlo, si es que lo encontraban. La gente suele pensar que las fuerzas del orden son como en las películas, y que cuando comienzan a buscar a alguien rastrillan la zona de pies a cabezas, pero la realidad es que su capacidad para hallar un cuerpo es tan limitada como la capacidad de un político para ser sincero. Sin ir más lejos, hace algunos años había ocurrido un caso de una familia que había desaparecido en medio de una autopista. Las cámaras habían captado a la familia pasar por un peaje, pero luego, antes de llegar al otro, habían desaparecido. Todo el mundo se preguntaba dónde estaba la familia, y hasta inclusive los diarios amarillistas habían comenzado a plantear versiones acerca de un posible vínculo con el narcotráfico. Madre mía, por poco y ya los estaban crucificando. Solo les faltaba insinuar que el padre abusaba de la hija y tenían cartón lleno. Finalmente, tras varios meses de búsqueda infructuosa, y eso que el terreno de búsqueda era relativamente reducido, un conductor terminó dando con el vehículo en el que viajaba la familia. Este se hallaba volcado a un costado de la autopista, a no más de veinte metros, cosa que desacreditaba fuertemente la «incansable labor de búsqueda» por parte de la policía.

Con ese antecedente como referencia, dejé el cuerpo de Paquito envuelto en los costales de avena y me volví a subir a su auto.

Conduje algunos kilómetros más por aquel camino silvestre, en dirección al establo, hasta que finalmente estacioné el vehículo entre unos arbustos. El auto estaba limpio, y no había nada que lo relacionase conmigo o con Paquito.

Me apeé del coche, liberé a Pequeño Bandido de sus ataduras, y ayudándome con un árbol, me monté en la silla.

Dios parecía estar de mi parte, ya que el caballo ni siquiera relinchó. Era como si fuese su jinete de toda la vida.

—Sé buen muchacho y llévame de nuevo a casa —le susurré al oído, y tras acariciarlo, chasqueé los labios para indicarle que arrancase.

Si había algo que siempre había detestado, era el golpear a los animales. Recuerdo que una vez, cuando era pequeño y mi padre me había llevado a una colonia para aprender a montar, el sujeto que nos «enseñaba» nos decía que debíamos de golpear al caballo con fuerzas para que lo sintiese y respondiese. La mayoría de niños parecían disfrutar con aquello, pero yo me negué rotundamente y le dije al sujeto que se golpease él mismo en las pelotas a ver si le gustaba y lo sentía. Claramente me expulsó de la colonia y mi padre me tuvo que enseñar a montar él, lo cual, fue casi lo mismo que tener que aprender solo. De todos modos, y al margen del correspondiente castigo por haberle hablado así a un adulto, creo que esa fue la única vez que pude sentir que mi padre estaba orgulloso de mí.

Capítulo treinta y siete

Como la copia de bajo presupuesto de «El bueno, el feo y el malo», llegué al establo sintiendo el peso de los años.

Nota mental, la próxima vez que saliera de noche debería de llevar unos vaqueros.

—Gracias, campeón —le agradecí a Pequeño Bandido por permitirme montarlo y no tirarme a medio camino.

El rocío de la madrugada ya había comenzado a caer sobre el verde pasto que resplandecía con el brillo de la luna, la cual había emergido de entre las nubes y se había posicionado exultante sobre aquel mar oscuro.

Regresé a Pequeño Bandido a su cuadra, volví a revisar el interior del establo, ahora con un poco más de luz, y me subí a mi auto, sintiendo de inmediato el alivio tras sentarme en un asiento confortable.

—Hoy sí que ha sido una noche atípica —le dije a Pulgoso ya en mi hogar.

Mi fiel compañero me estaba esperando despierto junto a la puerta.

Antes de prepararme para desmayarme hasta el próximo día, llevé la silla barnizada con la sangre de Paquito al patio del fondo de mi casa, la rocié generosamente con combustible, y le lancé un fósforo encendido para hacerla arder hasta las cenizas.

Aquel brillo cálido me supo a gloria, cortando con la humedad de la madrugada, e invitando a mi cansado cuerpo a que se quedase allí, frente al fogón, hasta que me sanase todos los dolores, pero tuve que retroceder un paso, ya que el calor estaba siendo demasiado.

Se me había ido la mano con el combustible.

Por un instante temí incendiar mi casa, pero afortunadamente el fuego mermó tan rápido como se había avivado, y de a poco fue consumiéndose cada vez más, hasta que la silla fue reducida a cenizas, cenizas de lo que había ocurrido esta noche, de la verdad que había descubierto.

Estaba seguro de que Pedro no se iba a quedar de brazos cruzados al no recibir novedades de su sicario. En cuanto a Torrejón, no sabía mucho más que era un cabrón desalmado, pero a juzgar por el modo en que Paco había guardado silencio, era alguien de temer.

Me desperté más temprano que nunca, dispuesto a hacer valer el día como ningún otro. Hoy tenía pensado encargarme de las «súper amigas», pero eso iba a ser al atardecer. La primera parte del día la iba a dedicar a investigar a mi excompañero y al verdugo de mi hijo.

Torrejón, según me informó internet, continuaba trabajando en «Vida Sana Protegida» (aquel seguro médico que lo único seguro es que no te protegería ni de un resfriado). Conocía la dirección, por lo que, si quería pillar a Pedro *in fraganti*, solo iba a tener que espiar a Torrejón. Estaba seguro de que en algún momento se reunirían. Tenían que hablar acerca de Paquito, y esos asuntos solo se podían hablar en persona.

En vistas de que Pedro conocía mi auto, alquilé uno para la ocasión. Si iba a estar apostado frente a la oficina de Torrejón, no podía permitir que mi auto me delatase.

Capítulo treinta y ocho

Allí estaba, un edificio imponente, majestuoso, repleto de corrupción y perfidia. «Vida Sana Protegida», indicaba un gigantesco cartel con letras sobrias. La fachada, completamente espejada, ocultaba detrás de aquel reflejo a las tramposas zarigüeyas que se escondían en su interior.

A través de los cristales polarizados del auto de alquiler, me quedé observando la entrada al edificio por al menos cuatro horas, hasta que, tal y como había previsto, Pedro entró en escena con su para nada disimulado *Jaguar* verde botella.

Efectivamente, parecía no haberse percatado de mi presencia.

Los minutos pasaron, pero mi excompañero no se bajó de su auto. Parecía estar esperando a su socio, quién salió por la puerta espejada de la entrada del edificio.

Cielos. Continuaba con aquella expresión pedante, rebosante de desdén, como si todos fuesen sus súbditos.

Tuve que contener los deseos de bajarme del auto y de asesinarlo en medio de la vía pública, delante de su aseguradora, aseguradora que había sido la responsable de un sinnúmero de muertes, y que al igual que con todas aquellas vidas que se habían extinguido por su inacción, ahora tampoco iba a poder hacer nada al respecto.

Mi mano apretó con fuerzas el *Colt Python*, sintiendo la solidez de la empuñadura. Tan solo sería cuestión de oprimir el gatillo unas cuantas veces, y el maldito moriría. Sin embargo, no podía dejarme llevar. Debía de ser más inteligente. Si me atrapaban, Pulgoso se quedaría solo, y no podía hacerle eso. El pobre había permanecido a mi lado, brindándome su cariño incondicional, y yo debía de honrar ese cariño.

—Calma, calma —me dije entre susurros mientras el cañón del revólver me pedía a gritos que abatiese a esos dos malnacidos—. Todo a su tiempo. A cada cerdo le llega su San Martín, y vaya que les llegará.

Respiré hondo, mantuve el aliento por algunos segundos, y pude observar que Torrejón le hacía una seña a Pedro. Acto seguido, el verdugo de mi hijo se subió a un auto de lujo y comenzó a avanzar escoltado por el *Jaguar*.

Aparentemente tendrían un almuerzo de negocios.

Seguí a la caravana de malnacidos por veinte minutos hasta que finalmente entraron en un lujoso restaurante, de esos en los que los cubiertos cuestan más que un alquiler en pleno centro.

Aguardé unos minutos en mi auto hasta que se acomodasen, y una vez que estos se sentaron en la mesa junto a la ventana, me apeé del coche y me dirigí a su encuentro.

—Disculpe, caballero. ¿Posee reservación? —me dijo un sujeto de traje que estaba en la entrada.

A Torrejón y a Pedro no les había preguntado nada.

—Así es. Vengo a ver al señor Torrejón —respondí con tono calmo.

—¿Su apellido? —preguntó incrédulo mientras me escrutaba de arriba abajo.

—Almudena —robé la identidad del finado sicario.

—No veo su apellido en la lista —dijo mientras negaba con la cabeza.

—Se ve que se han olvidado de dar aviso. Si quiere puede ir y preguntarle al señor Torrejón. Dígale que Paco Almudena ha llegado para pasarle las novedades de anoche.

El sujeto trajeado me observó sin comprender y me pidió que aguardase un minuto. Me cerró la puerta en la cara y se dirigió a la mesa de Torrejón, quien al escuchar el nombre de su sicario abrió los ojos de par en par, y estiró el cuello intentando atisbar a su esbirro. Di un paso al costado para que pudiese verme de cuerpo entero, lo saludé con la mano, y esbocé una sonrisa.

Pude ver que Torrejón le decía al sujeto trajeado que me dejase pasar.

Un minuto más tarde estaba sentado a la mesa junto a las dos personas que se habían encargado de hacer mi vida más miserable de lo que las desgracias la habían hecho.

—Quién diría que las vueltas de la vida nos iban a reunir en este sitio —dije a penas tomar asiento.

—Fausto… —dijo Pedro un tanto aturdido.

—¿Por qué suenas tan sorprendido? ¿No me estuviste buscando? —respondí.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Torrejón— ¿Dónde está Paco?

—Tan solo vine a ver a un excompañero de trabajo, y bueno, de paso aprovechar para preguntarles por qué cojones enviaron a Paquito por mí, quien, ya que preguntas, dudo que vaya a darte alguna novedad en los próximos días, puede que años.

—Fausto… —parecía que Pedro solo podía pronunciar mi nombre.

Sabía que el pillarlos desprevenidos en un lugar público los descolocaría. Allí no podrían hacer nada. Estaban portando sus máscaras de ciudadanos ilustres. Aquí nadie sabía la clase de personas que eran, ni cómo habían hecho para forjar su fortuna.

—Sí. Ya sé que me llamo Fausto —bromeé—. Descuiden. No es necesario que me respondan eso. Ya me lo respondió Paquito. Ahora, la pregunta sería, ¿qué vamos a hacer a continuación? —hice una breve pausa, y antes de que Pedro volviese a decir mi nombre, añadí— Ustedes me enviaron a matar, y como comprenderán, no puedo quedarme de brazos cruzados, además, gracias a Paquito sé que trabajan juntos (mentí a medias), cosa que me hace pensar en un pequeño detalle del pasado —apoyé los codos en la mesa y entrecrucé los dedos—. Verán. No quiero que piensen que soy mal pensado, claro que no, pero, convengamos que es un tanto difícil no ver una suerte de conexión entre lo que ocurrió con Lucio y el posterior ofrecimiento por tu parte —le lancé una mirada a Pedro.

—Fausto… —Pedro volvió a pronunciar mi nombre.

—Vuelves a decir Fausto y te clavo este cuchillo en la garganta —lo amenacé mientras tomaba un cuchillo de plata.

—¿Qué es lo que quieres? —intervino Torrejón.

—La verdad —respondí escuetamente.

—¿Y luego? —continuó preguntando.

—¿Y luego? Dios dirá. Acaso no dicen, «la verdad os hará libres». Quizás luego los deje en paz —respiré hondo—. Ustedes me quisieron matar, lo menos que puedo pretender es que respondan mis preguntas. ¿No les parece? —solté aquella pregunta a ambos.

—Fa… —empezó a decir Pedro, pero se detuvo de golpe— Creo que hubo un malentendido.

—No comiences con mentiras, que ya bastante me has mentido a lo largo de los años —lo frené—. Sabes, hay una frase que me dijeron una vez y que se me quedó marcada. «No hagas el mal y no tendrás que temer». ¿Acaso has hecho el mal? El miedo en tu voz te delata.

—Claro que no, Fau… —se detuvo— Claro que no —Repitió—. Además, debes saber que no te denunciamos a la policía.

—Cuánta generosidad. Me imagino que es por nuestra historia —dije con marcado sarcasmo.

—¿Qué querías que hiciese? Primero te veo merodeando a las afueras del barrio cerrado en donde vivía nuestro cliente, y luego, tras enterarme de que falleció en un accidente, te veo caminar por la calle del salón de bronceado en donde ocurrió el accidente, y déjame decirte que no pareces ser un fiel amante del bronceado.

—¿Alguien más vio la grabación?

—Nadie. Además, es simplemente una grabación de tránsito. Si no sabes qué buscar es lo mismo que la nada.

—Sabes muy bien que si me denuncias tú también caes —me aclaré la garganta—. Caen —los señalé a ambos con la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres? ¿A qué has venido aquí? —preguntó tajantemente Torrejón.

—Ya se los he dicho, pero seré considerado con su senilidad y se los repetiré, ya que los años nos pasan factura a todos. Quiero la verdad. ¿Estaban complotados desde un principio?

—Fausto… —dijo Pedro.

—Cierra la puta boca. Deja que responda «el señor Torrejón», que para algo tiene lengua.

—¿Qué ganarás con saberlo? Lo hecho, hecho está. No puedes cambiar el pasado, ni predecir el futuro. Solo puedes vivir el presente. Debes dejar ir aquello que no puedes modificar. Es esencial para que puedas alcanzar la paz interior.

Torrejón me soltó aquella perorata como si fuese un puto gurú espiritual y yo el pringado de turno que le acababa de pagar la membresía anual tras vender su auto.

—Menudo consejo, tío. Lo voy a tener en cuenta y se lo voy a contar a mi hijo antes de darle las buenas noches. Espera. No va a poder ser, porque tú, hijo de puta, y esta lacra que está temblando como la rata asquerosa que es, me lo arrebataron. Ustedes se encargaron de arrebatarme el pasado, el presente y el futuro. Así que no vengas con todas esas gilipolleces que sacaste de un puto libro de autoayuda o de uno de esos jodidos cursos de autoconocimiento espiritual. Responde por sí o por no. ¿Estaban complotados desde un principio?

—Nada es tan sencillo como parece. No todo es blanco o negro… —había comenzado a decir.

—A mí sí que me parece sencillo. Y ya te lo dije. Responde por sí o por no —lo interrumpí antes de que desplegase su faceta de pastor brasileño.

—Está bien. En ese entonces…

—Por sí o por no —le dejé bien claro que era la última oportunidad que tenía.

—No. No tuvimos nada que ver. Mi sociedad con Pedro surgió tiempo después. De hecho, ni siquiera sabía de tu relación laboral con él.

Aquello olía como una mentira pestilente.

—«No hagas el mal y no tendrás que temer» —dije con la mirada clavada en la mesa—. Por lo visto no tienen nada por lo que temer —me puse de pie rápidamente, sintiendo el dolor en mi rodilla derecha—. De más está decir que si vuelven a enviar a alguien a que me mate no tendré tantas contemplaciones ni seré tan protocolar. Si me doy cuenta de que me están siguiendo, o preguntan por mí, o si tan siquiera se acercan a mi perro, les juro que les haré experimentar el mayor de los dolores, vivirán el Infierno en vida, y terminarán rogándome de rodillas que los mate, y créanme que no tendré ni la más mínima misericordia y estiraré sus miserables y agónicas vidas hasta que sus cerebros colapsen y decidan suicidarse —me apoyé en la mesa con ambas manos—. ¿Fui claro? —asintieron con la cabeza— Respondan con palabras. ¿Fui claro?

—Sí —respondió Pedro.

—Mejor así. Ahora no nos volveremos a ver, y cada quien seguirá por su camino. Que tengan buen provecho —incliné levemente la cabeza y me fui del restaurante.

Capítulo treinta y nueve

Los círculos deben de cerrarse. Eso siempre lo había tenido muy en claro, y ahora mucho más. Aquello había sido una simple cortesía, si se quiere, pero la próxima vez que volviese a ver a aquellos dos no iba a ser justamente en un fino restaurante.

Conduje hasta mi casa envuelto en un sentimiento de furia controlada. Sí. Estaba furioso, pero sabía muy bien que debía de calmarme para matarlos. Ahora los había puesto en alerta, pero eso no tendría por qué afectar a la resolución que tenía en mente.

Para afianzar aún más la calma, iba a ocuparme de las amigas asesinas. Aquello iba a resultar terapéutico y me brindaría el tiempo necesario como para terminar de asentar los pensamientos que me estaban dando vuelta en la cabeza. Sin embargo, antes de embarcarme en esta suerte de «doble-jornada», tenía que ocuparme de Pulgoso. Aquellos malditos eran capaces de cualquier cosa, y sabían que lo único que me importaba era mi fiel amigo, por lo que, llegado el caso, podrían estar tentados a hacerle algo. Pedro ya había estado dando vueltas por mi casa, por lo que no me extrañaría que en breve enviase a alguien más a buscarme, o quizás, en un arrebato de histeria producto de mi visita inesperada, se dignase a ocuparse por sí mismo de sus trapos sucios. Sea cual fuese el caso, iba a tener que llevarme a Pulgoso a la casa de campo.

Nadie, ni siquiera Pedro, sabía acerca de aquella casa. De hecho, la había comprado bajo una identidad falsa, Vicente Calderón, por si algún día las cosas se salían de control y necesitaba esconderme.

—Nos vamos de paseo, campeón —le dije a Pulgoso ni bien llegar.

Mi fiel amigo movió la cola en gesto de aprobación. Él nunca se quejaba.

Tomé algunas cosas para el viaje, y otras para la «doble-jornada», y una vez que tuve todo listo, me fui junto a Pulgoso a la casa de campo.

La tarde había avanzado, el sol estaba comenzando su lenta despedida, y yo, tras dejar a mi fiel amigo solo en su nueva morada, me hallaba frente al edificio de Juana.

El saber que Pulgoso estaba a salvo, y con suficiente comida, me generaba una calma sumamente deliciosa. Hoy sería el día, o si soy más preciso la noche, en que cerraría los círculos, y quien sabe, quizás me despidiese de esta faceta que supo ocupar mi vida por completo.

Ahora bien, si lo lograba, ¿sería capaz de vivir una vida sencilla?, porque, ¿qué somos sin nuestros trabajos, sin nuestros pasatiempos? Despoja a un hombre de la labor que realiza a diario, de su rutina, de sus hábitos, y es como si desnudases su alma. En ese punto es en donde la existencia se vuelve verdaderamente trascendental. Para algunos puede tornarse sumamente gratificante, pero para otros, aquellos que no pueden cambiar, puede tornarse sumamente insoportable.

Ojalá me encuentre dentro del primer grupo, porque de lo contrario, que Dios se apiade de Pulgoso.

Mientras esperaba a que Juana, la amiga de Clara, diese señales de vida, comprobé que en aquella zona no hubiese cámaras que captasen mi presencia. Para lo que tenía planeado iba a necesitar de todo el anonimato posible.

Finalmente, tras esperar en el asiento del auto alquilado por dos horas, Juana salió por la

puerta de cristal de un edificio que quedaba ubicado en la esquina.

La joven se encontraba sola, y a juzgar por el modo en que vestía dudaba que fuese a ir muy lejos, a menos que el sitio al que se dirigiese fuese frecuentado con ropa de entrecasa. Aunque bueno, actualmente lo que para mí es ropa de entrecasa puede resultar la última moda entre los chavales.

La observé caminar por la acera del frente, hasta que se metió en un negocio de comida rápida. Madre mía. Estos jóvenes de hoy en día que no toman conciencia de que esa comida los terminará matando.

Aprovechando este pequeño lapso de tiempo, me puse mi gorra de la suerte, unos guantes, me apeé del coche, y me dirigí al portal de su edificio.

La primera opción era entrar en cuanto un vecino saliese, pero al parecer nadie tenía planeado salir mientras la joven iba a por su cena, por lo que iba a tener que llevar adelante la segunda opción. Abordarla como un ratero de subte.

Aquello, a pesar de que no era lo más sutil, funcionaría. Juana podría ser una asesina empedernida y amante de la comida rápida, pero no superaría los sesenta kilos, por lo que el dejarla inconsciente no tendría que resultar muy difícil. Además, aquella calle parecía desértica. El único problema que podría arruinar mi plan sería que justo en el momento en que estaba abordándola, saliera un vecino. Aquello era arriesgado, pero hoy me sentía con suerte.

El portal del edificio, en composé con el vecindario, no poseía cámaras de seguridad. Todo indicaba que se sentían lo suficientemente seguros, o quizás simplemente no quisiesen que los grabasen. Había sectores de la ciudad que parecían vivir en otra época.

Me quedé escondido detrás de una maceta gigantesca que medía más de dos metros, y mientras pensaba en cómo harían para regarla, Juana apareció en mi campo visual.

Capítulo cuarenta

La joven asesina estaba tan enfrascada en su refresco extragrande y en su celular que no se dio cuenta de que había un sujeto con una gorra negra detrás de la maceta. Aprovechando esto, y tras comprobar que ningún vecino estaba dando vueltas, me acerqué furtivamente y le apliqué la misma maniobra que le apliqué a Timoteo y a Paquito. En esta ocasión la cosa fue mucho más sencilla. Diez segundos bastaron para enviarla al país de los sueños.

Rápidamente, como si fuese ese amigo que te ayuda cuando estás completamente ebrio, pasé mi brazo por debajo de su axila y comencé a fingir que estaba sosteniendo una conversación.

—Tranquila. Ya casi llegamos. Solo unos metros más y podrás descansar —dije por si aparecía un transeúnte.

Lo sabía. Aquello se vería extraño de cojones, principalmente porque no tenía las pintas de un posible amigo, empezando por la diferencia de edad. Seguramente la escena podría evocar a un abusador con su víctima tras haberle suministrado burundanga. Madre mía. Como odiaba a los tíos que hacían eso. Según Pedro, un sujeto al que habíamos tenido que eliminar, había sido el perpetrador de varios delitos sexuales, en los cuales, su *modus operandi* siempre era el mismo, drogar a sus víctimas con escopolamina, y luego fingir que las ayudaba a llegar a casa. Ahora, con el diario del lunes, no podría decir que aquello había sido verdad, pero me gustaría pensar que, al menos, algunas veces había hecho lo correcto.

Abrí la puerta de cristal con la misma premura que quien llega a su casa y necesita con urgencias pasar al baño.

Juana, completamente inconsciente, había dejado caer su refresco extragrande en el suelo, pero por suerte, aquellas cadenas de comida rápida siempre hacían lo mismo y te vendían más hielo que refresco, por lo que el vaso cayó y quedó parado, sin volcar tan siquiera una gota. En cuanto a su celular, afortunadamente solo sufrió unos leves raspones en la carcasa. Por lo visto, estos nuevos aparatos eran bastante resistentes. Por último, la bolsa de papel madera en donde seguramente se hallaba la hamburguesa y las papas, había quedado enganchada al brazo de la joven como si fuese su cartera.

Una vez dentro del edificio, hallar el departamento de Juana fue bastante sencillo, ya que una de las llaves poseía un papel pegado en el que decía, «2-D».

El ascensor era muy tentador, y más teniendo en cuenta mi rodilla derecha, pero no podía arriesgarme a cruzarme con un vecino. De tal modo, como si de pronto me hubiese convertido en *Kevin Costner* y Juana en *Whitney Houston*, la cargué entre mis brazos y comencé el ascenso por la escalera de incendio.

A medio camino la luz se apagó, por lo visto el temporizador estaba diseñado para personas que no tardasen media vida en subir un piso.

Joder con el dolor de rodilla y con Juana.

Continué el ascenso a oscuras, rezando por no pisar en falso y romperme el cuello en la caída. Aquel sí que sería un final digno de una película Argentina, en donde los directores parecen escoger entre las peores alternativas para cerrar con broche de oro su producción.

Sudado, adolorido, y con las pulsaciones madurando el *K.O.*, llegué al condenado segundo

piso.

Abrí levemente la puerta de acceso y arrojé un vistazo desde las sombras para comprobar que no había ningún vecino dando vueltas, y al constatarlo, entré como una exhalación en el pasillo del segundo piso.

Dios bendiga la indiferencia vecinal y esa absurda sensación de seguridad que sienten algunas personas por vivir en bloques de viviendas, como si por el simple hecho de contar con una comunidad de propietarios las probabilidades de ser asaltado por un malviviente, o un psicópata, fuesen a mermar.

Mis antebrazos se sentían como hierro dulce, ardientes y al borde del calambre, al igual que mis bíceps y mi cintura. Tanta falta de actividad física me estaba pasando factura, pero no podía detenerme. No ahora. Estaba a tan solo unos metros de la entrada al departamento de Juana, y esta estaba comenzando a recuperar la conciencia.

Debía darme prisa.

Armándome de coraje, apreté los dientes y avancé esos últimos seis pasos que me separaban del descanso.

Capítulo cuarenta y uno

El departamento de Juana contaba con una amplia cocina-comedor, la cual desembocaba en un pasillo que conducía a dos puertas, a la izquierda el cuarto de la joven, a la derecha el baño, y en el medio de ambas puertas, la única ventana del departamento, la cual cerré de inmediato. No vaya a ser cosa que un vecino de la cuadra me viese y se le diese por aportar su testimonio,

El dejar caer a Juana sobre su cama fue absolutamente liberador. Nunca había sentido semejante alivio, y tan generalizado. Fue como renacer.

Rápidamente mis brazos comenzaron a recuperar su flexibilidad, al igual que mi cintura. Sin embargo, mi rodilla derecha parecía no querer mostrarse tan colaboradora, ya que seguía lanzándome una señal de dolor convertida en un pinchazo agudo que recorría toda mi rótula de manera transversal.

La joven estaba comenzando a abrir los ojos, y aunque sabía que el comprimir nuevamente su tráquea podría acarrear lesiones irreversibles, volví a aplicarle la llave. Necesitaba al menos unos minutos para atarla y evitar que rompiese en gritos.

Procuré no pasarme con la presión, y una vez que estuvo nuevamente fuera de combate, la até de pies y manos con una sábana que tomé prestada de su armario, y la amordacé con una camiseta que estaba en la cesta de la ropa sucia.

Era hora de la segunda parte del plan. Tomé su celular, empleé su huella digital para desbloquearlo, y procedí a escribirle un mensaje a Clara.

«Ven ya mismo a casa. Necesito hablarte de algo que me está quemando por dentro. Es urgente. Date prisa. Ya no aguanto más. Siento que si no lo cuento voy a explotar.»

Aquello debería de sacar a la princesa de su fortaleza. Su colega de fechorías y asesinatos estaba a punto de quebrarse y ventilar sus miserias.

Efectivamente, en menos de treinta segundos llegó su respuesta.

«Ni se te ocurra abrir la puta boca o te mato. ¿Me entendiste? Ya voy para allá y hablamos. Intenta conservar la calma.»

Nada más hermoso que la amistad entre las mujeres.

Dudaba que Juana fuese a conservar la calma luego de aquella amenaza. Algo me decía que Clara necesitaba urgentemente un curso de psicología persuasiva.

«Vale… Pero date prisa… Por favor… No aguanto más…»

Aquella respuesta debería de sumarle unos cuántos kilómetros al velocímetro del auto de Clara, quien, es digno mencionar, continuaba conduciendo como si nada.

Pero es que esta justicia es absolutamente ciega y estúpida. Ni siquiera le habían quitado el registro.

Es increíble. Hoy en día puedes asesinar a alguien con el auto y continuar con tu vida como si nada. O por qué no, abusar sexualmente de alguien y solo cumplir una condena de seis meses en una cárcel de mínima seguridad, como si el hecho no fuese a marcar de por vida a la víctima, como si ese período asquerosamente acotado de tiempo fuese suficiente como para escarmentar. Pero eso sí, no vayas a robar una caja de leche y un poco de pan, que ahí sí que te cae la de Dios y vas al talego por el resto de tu vida.

Mientras aguardaba a que Clara llegase hecha una furia, fui hasta la cocina de Juana y tomé prestado un cuchillo que reposaba sobre una caja de pizza con dos rebanadas comidas hasta los bordes.

Perfecto. Ahora solo quedaba avivar un poco más la llama de la discordia y plantar otra prueba que señalase hacia la hipótesis de una violenta pelea entre amigas.

«Lo que hicimos estuvo mal… Tenemos que decirle la verdad a la policía… Es que siento que mi conciencia me está matando…»

La respuesta llegó en forma de audio y con un tono más que amenazador.

«Escúchame bien, pedazo de zorra. Ni se te ocurra abrir la puta boca, porque te juro que te mato como a ese estúpido que se cruzó mientras veníamos corriendo. Recuerda que tú fuiste la que me insistió para correr esa noche. Así que ahora no me vengas con esas mierdas de la conciencia y no sé qué más. Bien que cuando pisaste a aquel estúpido de tu ex como si fuese un perro no te importó. En cinco minutos estoy llegando. No hables con nadie.»

Ahora sí que las tenía.

Capítulo cuarenta y dos

Con todo listo, llevé a Juana al baño, la senté en el suelo junto al inodoro, y antes de dejar la puerta entreabierta, abrí la llave de la ducha.

Aquel ruido de lluvia debería de bastar para opacar algún posible gemido.

Tenía que distraer a Clara, y que mejor que llevarla hacia el baño, el cual quedaba en el fondo del departamento a la derecha.

Dejé la puerta de entrada sin llave y me escondí en un armario empotrado que quedaba a medio camino del baño.

Aquel sería el lugar perfecto para emerger por sorpresa y pillarla desprevenida.

Mientras aguardaba en las sombras, y sentía que mis fosas nasales estaban a punto de sucumbir ante el aromatizador de lavanda, empuñé el cuchillo con firmeza y procuré repasar mi plan.

La idea era asesinar a Clara con el cuchillo de Juana, y luego, tras llenar la bañadera, cortarle las venas y fingir un suicidio.

La policía no debería de tardar en llegar a la conclusión de un homicidio-suicidio. Los mensajes respaldarían esta versión, por lo que cerrarían el caso en un abrir y cerrar de ojos. Estaba seguro de que la fiscalía no insistiría, y más teniendo en cuenta que su imagen se podría ver afectada si se ventilaban los pormenores del caso.

De pronto, mientras pensaba en medio de la oscuridad, el bolsillo me vibró.

«Estoy abajo. Ábreme la puerta.»

Clara ya había llegado, y me había olvidado de ese pequeño detalle.

Salí rápidamente de mi guarida y oprimí el portero eléctrico.

Ya en mi escondite volví a escribirle.

«Estoy en la ducha. Necesitaba hacer algo para calmarme. La puerta está abierta.»

Dos minutos más tarde, la puerta de entrada se abrió lentamente, y lo que vi hizo que me estremeciese.

Clara estaba sosteniendo una pistola.

—Hostia… —murmuré entre dientes.

Eso cambiaba las cosas.

La joven asesina cerró suavemente la puerta y avanzó como si estuviese entrando a robar.

La punta de la pistola apuntaba hacia el baño.

A través de las pequeñas rendijas de la puerta del armario pude ver el instinto asesino en sus ojos. Estaba decidida a matar a su amiga, y según parecía, no le importaba dejar cabos sueltos.

Definitivamente estaba vestida con el traje de la impunidad. De seguro, luego de matar a su compinche, llamaría a su abogado, y este solucionaría todo. No me extrañaría que Pedro estuviese metido.

El ruido de la lluvia reverberando desde el fondo del departamento la atrajo como el canto de una sirena, haciendo que no prestase atención a su alrededor, y más importante aún, que no prestase atención al armario empotrado.

Me maldije por no traer el *Colt Python*. Sabía que el sitio no era el indicado como para

disparar, y además pensé que iba a poder encargarme de las amigas asesinas sin problemas.

Regla básica de vida. Nunca des las cosas por hecho. Las personas suelen ser una caja de sorpresas.

Mientras Clara avanzaba sigilosamente por el apartamento de su «amiga», bajé el ritmo de mi respiración lo más que pude, hasta que sentí que una calma me embriagaba por completo. El perfeccionar aquella técnica de respiración me había demandado varios años. Al principio me era imposible controlar mis pulsaciones, pero a medida que las muertes se fueron acumulando, y mi humanidad se fue consumiendo, había logrado ser capaz de alcanzar la calma bajo cualquier circunstancia, sin importar que estuviese en una clara desventaja, como era el caso.

Clara podría ser una chavala que pesaba menos de sesenta kilos, pero tenía un arma de fuego, y eso, en esta vida, hace la diferencia.

Aguardé el momento oportuno, y cuando pasó a mi lado, supe que era la hora de actuar. Si esperaba más, cabía la posibilidad de que viese a su amiga amordazada y maniatada, y aunque eso quizás no evitase que la matase, sí que la iba a poner en aviso sobre la presencia de un intruso.

—Juana. Ya llegué —dijo Clara justo en el momento en que estaba por abrir la puerta del armario—. ¿Quieres que ponga el agua para tomar un café y así hablamos tranquilas?

Cielos. La voz no se le alteraba ni un poco. Estaba por asesinar a su supuesta mejor amiga, y parecía que estaba por contarle que se había liado con un tío. Clara era una asesina inescrupulosamente consolidada.

Al igual que un político cuando se acercan las elecciones y quiere acaparar el voto de diferentes sectores, debía de salir del armario.

Antes de que Clara pudiese llegar hasta la puerta del baño y se terminase de alejar de mí, y más importante aún, del cuchillo de Juana, salí a toda velocidad, o todo lo que mi rodilla derecha me permitió, y abordé a la joven por la espalda.

Sabía que lo mejor sería apuñalarla en el piso, ya que de ese modo no habría señales que indicasen que el agresor era de una determinada altura, por lo que la tomé con fuerzas de su larga cabellera rubia y la arrojé al suelo.

Como había previsto, Clara no vio venir aquello, y el susto hizo que el arma se le escapase de la mano.

Podría ser una asesina despiadada, pero cuando te pillan desprevenido, allí no hay cosa que valga.

El cuerpo de la joven retumbó contra el suelo, y antes de que pudiese percatarse de lo que estaba ocurriendo, me lancé sobre ella, bloqueando sus brazos con mis rodillas, y la miré fijamente a los ojos.

—¡¿Quién eres?! —preguntó alterada mientras intentaba escurrirse de debajo de mis rodillas.

—Vengo de parte de Iván, el joven al que asesinaste —fueron mis escuetas palabras.

No tenía nada que preguntarle. Su caso no me generaba intriga en lo absoluto. Clara era una asesina que sentía que el dinero la hacía intocable, nada más.

—Soy tan solo una chica que tuvo un accidente… —empleó su tono de entrevista— No puedes hacerme daño…

—Claro que puedo, y lo haré.

—Eres un maldito misógino.

—¿Un qué? —pregunté sin comprender.

Estaba decidido a matarla, pero ahora debía saber qué significaba aquello que me había

dicho.

—¿Acaso eres retardado? Que odias a las mujeres —Blandió con tono despectivo, olvidándose por un momento de su posición.

—Sinceramente, no suelo discriminar. Mato tanto hombres como mujeres. Me gusta ser justo. Solo veo los actos que han cometido, y tú eres una asesina —pude sentir que la sed asesina de justicia pedía a gritos ser saciada.

—Espera, espera, espera… —se apuró a decir— Puedo darte lo que quieras. Mi familia tiene mucho dinero. Solo dime una cifra y la tendrás en tu cuenta de banco en menos de cinco minutos.

Su tono había cambiado drásticamente, posiblemente debido a que observó el brillo apagado en mis ojos.

—Lo único que quiero es que mi familia esté viva, y algo me dice que no puedes dármelo, ¿verdad?

—¿Todos tienen un precio? Vamos. Tiene que haber algo… —su frente se estaba comenzando a poblar por pequeñas perlas de sudor.

—Tu vida —le susurré, y sin dar más rodeos, le clavé el cuchillo de Juana, introduciendo en su estómago los restos de queso y salsa de tomate impregnados en la hoja metálica.

Clara abrió la boca, como para emitir un grito, pero un resuello líquido impidió que sus agónicas palabras saliesen. Lo único que pudo emitir fue un leve suspiro amortiguado por la sangre que había comenzado su rápido ascenso y estaba empezando a brotar de su boca, tiñendo sus dientes de un rojo carmesí, a juego con su lápiz de labio y sus uñas.

En cuestión de segundos ya no quedaba nada. Allí, sobre el suelo, solamente yacía el envoltorio de una persona que no volvería a arruinar la vida de nadie más.

Capítulo cuarenta y tres

Aún estaba absorto por la vida que se había evaporado delante de mí, cuando una voz de mujer me gritó desde detrás. —¡¿Quién cojones eres y qué haces aquí?!

Me volví instintivamente, aún con las rodillas sometiendo los brazos sin vida de Clara, y observé a Juana, quien evidentemente no continuaba maniatada en el baño.

Joder. La súper amiga asesina estaba empuñando la pistola que se le había caído a Clara, pistola con la que su amiga iba a matarla, y ahora parecía bastante dispuesta a dispararme.

—Aguarda un momento, por favor —dije con las manos en alto, procurando emplear un tono conciliador, aunque mis guantes ensangrentados no ayudaban mucho que digamos.

—Aguarda un momento y una mierda. Si no respondes las preguntas que te hice te voy a meter un puto agujero en medio de la cabeza. ¿Me entendiste? —vociferó, y pude ver que sus nudillos se ponían blancos de la presión que estaba ejerciendo sobre el arma.

—Vale, vale. Lo pillo. Antes que nada, debes saber que…

—Hijo de puta… —me interrumpió— Hijo de puta… —repitió, como un disco rayado— Has matado a Clara… —parecía que iba a guardar silencio, pero añadió, por si no me había quedado claro— Hijo de puta…

—En mi defensa diré que ella había venido a asesinarte —dije rápidamente—. Esa pistola que estás sosteniendo —señalé con el dedo índice hacia el arma—, es la que tu «amiga» traía para matarte.

—¿Qué dices…? —agitó la cabeza, queriendo negar la realidad— Déjate de mentiras y respóndeme.

Su pulso comenzó a temblar erráticamente, y algo me decía que las probabilidades de que se le escapase un disparo eran muy elevadas.

—Vale. Mi nombre es Fausto —dije lo más rápido que pude, buscando calmar sus nervios—. Estoy aquí por Iván —Juana puso cara de no saber de quién hablaba—. El joven al que tu amiga arrolló con el auto y mató —añadí.

Esta gente era peor de lo que creía. Iban por ahí como si nada, arruinando las vidas de los demás, mostrando una completa indolencia.

—Eso ocurrió hace mucho… —la joven tenía una apreciación del tiempo un tanto peculiar— La justicia ya la dejó en libertad —se justificó nerviosa, como si yo fuese el que estaba sosteniendo una pistola.

—Para que te dejen en libertad, primero te deben detener, y eso nunca ocurrió. Tú lo sabes muy bien. Vivimos en una sociedad en la que la única ley que vale es la del dinero, y tu amiga lo sabía muy bien.

—No-no-no sé de qué hablas… —vaciló mientras la punta del cañón descendía unos grados.

—Claro que lo sabes. Tú estabas allí. Las vi con mis propios ojos.

—Yo no tuve la culpa de nada… Yo no hice nada… Yo no asesiné a nadie…

A medida que los nervios y algo parecido a la culpa se apoderaban de Juana, la punta de la pistola descendía más y más.

—Claro que sí. Puede que no directamente, pero sí que estabas al corriente de todo. Eres

tanto o más culpable que Clara. Recuerda. Por acción u omisión. De igual modo, supongo que, si le pudiésemos preguntar a Bruno —traje a colación el ex muerto—, tendría un punto de vista similar al mío.

—¿Cómo sabes de Bruno? —preguntó atónita.

—En esta vida todo se sabe. Más tarde o más temprano, los secretos nos terminan alcanzando sin importar que tan rápido corramos, o en este caso, conduzcamos. Tú eres igual que tu amiga.

Aprovechando que Juana se había quedado sorprendida tras mi declaración, y que la pistola ya no me apuntaba, me abalancé sobre la joven como un lobo hambriento.

Capítulo cuarenta y cuatro

Lamentablemente el lobo tenía la rodilla adolorida, por lo que no pudo abalanzarse lo suficientemente rápido sobre su víctima, dándole el tiempo suficiente para reaccionar.

Un disparo retumbó en aquel departamento, y no podía creer que la bala no me hubiese dado.

Juana había logrado levantar el arma, pero no así apuntarla hacia mi cuerpo, o al menos no de un modo correcto, ya que la bala pasó a escasos centímetros de mi pierna derecha. Lo que me faltaba, sumarle al dolor de rodilla una herida de bala.

A pesar de este intento por defenderse, Juana no fue capaz de volver a apuntar el arma antes de mi respuesta, la cual le impactó de lleno en la boca del estómago.

Dejando de lado la sutileza y elegancia del lobo, me lancé de cabeza cual carnero, haciendo que la joven se doblase de dolor, y cayendo al suelo junto a ella.

Debido a mi embestida, el arma había salido volando, por lo que ahora estábamos en igualdad de condiciones.

El cuchillo con el que había asesinado a Clara aún estaba en su vientre, y no tenía pensado quitarlo de allí. Eso complicaría la escena del crimen que quería dejar.

Tras unos escasos segundos de tregua, el forcejeo comenzó sin clemencia.

Juana estaba demostrando no querer morirse. Madre mía. ¿De dónde cojones había sacado aquella fuerza?

Sin que pudiese darme cuenta de cómo había sucedido, me hallaba en medio de una disputa encarnada por alcanzar el arma que se hallaba a unos dos metros de donde habíamos caído.

Primero la jalé yo del tobillo, luego ella me pisó el hombro, apartándome y ganando centímetros en aquella carrera cuerpo a tierra.

De pronto, en medio de aquellas idas y vueltas, la joven logró zafarse de mi agarre y me aventajó. Estaba jodido.

La mano de Juana se cerró sobre el cañón de la pistola, pero antes de que pudiese empuñarla como correspondiese, sacrifiqué la poca integridad que le quedaba a mi rodilla derecha y salté como una rana sobre la espalda de la joven, para luego sujetarla de los pelos y azotar su cabeza violentamente contra el suelo.

El ruido seco de su frente partiendo el piso de parqué llenó el pasillo por un instante.

Aparentemente se había quedado quieta, sin embargo, tomé el arma y me la guardé en la cintura. Mejor prevenir que lamentar.

Debía montar la escena para que la policía creyese que habían peleado, y debía de hacerlo rápido. El disparo iba a atraer la atención de los vecinos.

Lo primero que debía hacer era cerrar la jodida lluvia del baño. Aquello ya no tenía sentido, incluso podría llegar a desviar la atención de la policía.

Tras cerrar la llave del agua, intenté regresar lo más rápido que mi rodilla me permitió, pero al parecer no fue suficiente, ya que Juana, quien aparentemente había quedado inconsciente tras romper el suelo de madera con su frente, había vuelto a incorporarse y se lanzó contra mí.

Instintivamente me di la vuelta para que no me golpease el rostro, pero eso fue peor. Ahora la tenía subida encima, aferrada a mi espalda como una garrapata gigante. Una garrapata gigante y

asesina.

En lo primero que me enfoqué fue en inmovilizar sus manos. No podía permitir que mi ADN quedase debajo de sus uñas.

Su mano golpeó mi cabeza con fuerzas, y agradecí el haber traído mi gorra de la suerte, ya que esta estaba conteniendo mis cabellos y había evitado que la joven pudiese arrancármelos.

Tras el impacto que me dejó un poco aturdido, logré atenazarle una mano, para luego capturar la otra en cuanto intentó usarla para librarse de la sujeción.

Ahora la tenía tomada de las manos, pero ella seguí subida a mi espalda.

Si alguien estuviese viendo nuestras siluetas a través de la ventana podría llegar a creer que estábamos bailando, o quizás jugando carreras a caballito, pero estábamos intentando matarnos el uno al otro.

Como un caballo tozudo que se revela ante su jinete en medio de una competencia de doma, comencé a dar círculos en el lugar, intentando que la energía centrífuga se encargase de librarme de aquella garrapata de rizos.

Tras varios giros, y casi perder mi rodilla, pude sentir que el cuerpo de Juana comenzaba a separarse del mío, y en ese momento supe que debía soltarle las manos.

Con los ojos apretados para soportar el dolor, extendí los dedos y esperé que mi precaria maniobra funcionase.

Aquello fue como si al jinete se le hubiesen zafado las riendas y hubiese salido eyectado de su silla de montura.

La joven soltó un grito que rápidamente fue consumido por el estallido de un cristal.

Capítulo cuarenta y cinco

Esta claramente no era la idea de pasar desapercibido que tenía en mente. Juana había salido volando, literalmente, por la única jodida ventana del departamento y ahora se hallaba en medio de la calle.

Si la fortuna estaba de mi lado, la joven debería de estar muerta. Aquel había sido un salto de dos pisos.

La tentación de arrimarme por la ventana rota y observar hacia abajo era inmensa, pero si lo hacía estaría en graves problemas.

Lo mejor era levantar campamento y largarme del sitio mientras tuviese la oportunidad.

Puede que el disparo no haya llamado la atención de los vecinos (hoy en día la gente suele disparar por casi todo, sumado a los chavales que van por ahí con sus motos y sus caños de escape arreglados), pero un cuerpo en la acera sí que generaría un enorme tumulto. Si había sangre, la gente iba a estar. El morbo de ver a alguien herido, o muerto, en la vía pública era más fuerte que cualquier sentido de decencia.

Eché un rápido vistazo al departamento y al cuerpo sin vida de Clara, y tras dejar el arma y el celular de Juana cerca de la ventana, me fui como una saeta, una saeta un tanto averiada que rengueaba a más no poder.

El pasillo del segundo piso continuaba vacío, la fortuna me estaba sonriendo.

Bajé por las escaleras de incendio, el descenso siempre era más fácil que la subida. Aguardé en las sombras a que un vecino, que justo había salido del ascensor, saliese del edificio, y aprovechando que la puerta estaba abierta, me largué de aquel sitio.

Una vez fuera me quité la gorra de la suerte y los guantes, ya habían cumplido su misión, y me dirigí al coche.

La muchedumbre había comenzado a agolparse a la vuelta de la esquina. La suerte continuaba de mi lado. La ventana por la que había «saltado» Juana daba a la otra calle, por lo que fue muy sencillo pasar desapercibido. La atención de todos los transeúntes estaba enfocada en la acera de la vuelta.

Mientras la gente seguía desplazándose como zombis atraídos por la sangre, me monté en mi coche, dispuesto a largarme de aquel barrio.

Como no podía ser de otro modo, en la esquina, en lugar de continuar derecho y alejarme a toda velocidad, giré a la derecha y aminoré la marcha.

Debía al menos ver cómo había quedado. Necesitaba asegurarme de que estaba muerta.

Al girar tuve que frenar y avanzar a paso de hombre, ya que otros conductores parecían tener la misma necesidad de saciar su curiosidad.

Mientras la espera se hacía desear, una señora gritó. —¡Qué alguien llame a una ambulancia! ¡Creo que respira! —parecía que la suerte ya no estaba de mi lado— ¡Creo que respira! —repitió, ratificando que la suerte no estaba de mi lado.

Capítulo cuarenta y seis

Un cabo suelto. Había dejado un gigantesco y jodido cabo suelto.

«¡Creo que respira!»

Las palabras de la señora seguían repitiéndose en mi cabeza a pesar de hallarme a varios kilómetros de la escena.

Si Juana no moría de camino al hospital, tendría que arriesgarme y hacerle una visita mientras estuviese internada.

Aquello era exponerme demasiado. Para colmo tenía a los cabrones de Pedro y Torrejón detrás de mí.

Sabía que el asunto más importante era liquidar a Juana, pero de momento no iba a poder hacer nada. Los médicos y enfermeros estarían encima de ella hasta asegurarse de que estuviese fuera de peligro. Además, seguramente la sumirían en un coma inducido, por lo que, a pesar de querer contar lo que le había ocurrido, no iba a poder hacerlo.

Debía aprovechar este lapso de tiempo y ocuparme de quienes querían asesinarme.

Al primero que debía eliminar era a Pedro. A fin de cuentas, él había sido el que había hablado con Paco, por no mencionar que él me engatusó para que me convirtiese en lo que soy. Se podría decir que Pedro era una especie de Doctor Moreau, y yo una de sus creaciones, un «hombre-bestia». Finalmente sufriría el mismo destino que el biólogo experimental.

A pesar de no conocer su casa, sí que conocía su estudio, o al menos la dirección, ya que era de conocimiento público.

En todos estos años nunca me había presentado en aquel recinto plagado de perfidia y corrupción. Como se suele decir, siempre hay una primera vez en la vida.

Aprovechando que la noche aún era joven, y que, según lo que recordaba, Pedro trabajaba hasta tarde (como todo buen adicto al dinero), podría hacerle una visita nocturna y poner a prueba mi suerte.

En la guantera del auto tenía el *Colt Python*, pero no tenía pensado usarlo. Aquello sería demasiado rápido, demasiado piadoso. Una rata inmunda de la calaña de Pedro debía de sufrir, al igual que había sufrido Timoteo. La jeringa sería ideal. Además, el bueno de mi excompañero estaba en la edad en que los infartos eran algo común, y más teniendo en cuenta que en estos últimos años se había perdido por la bebida, la comida, y todo lo que aportase su granito de arena para taponar las arterias. Vamos, que los médicos catalogarían la muerte como natural. Es increíble, pero hoy en día aquel parece ser el diagnóstico por excelencia, sin importar la edad o condición, por lo que, en un hombre mayor, con malos hábitos alimenticios, fumador, y que no realizaba ningún tipo de actividad física, lo tendrían fácil de cojones.

El estudio quedaba ubicado junto a un edificio de cocheras, en donde seguramente estaría descansando el *Jaguar*.

Antes de aventurarme e ingresar con el coche de alquiler en aquel «megaestacionamiento», unas calles antes, saqué unos números que había pillado antes de salir, y me bajé para realizar mi maniobra de alteración de patente.

Tras haber pegado los números, me monté nuevamente en el coche y me volví a poner mi

gorra de la suerte. No sabía si había cámaras, pero lo mejor sería que no me viesen.

Al pasar por la puerta del estudio de Pedro pude ver una luz encendida, confirmando lo que pensaba. Quizás estuviese elucubrando alguna estrategia para sacarle dinero a la familia de Iván. Por suerte los mensajes que había plantado entre las súper amigas tirarían abajo cualquier estrategia ladina de su parte.

En la entrada al estacionamiento, a un costado, había un sujeto sentado en una silla blanca de plástico que llamó mi atención, principalmente porque el sitio se veía bastante lujoso, y las condiciones en las que estaba el supuesto «trabajador» no eran para nada «lujosas».

—Buenas noches —dijo apenas bajé la ventanilla— ¿Cuánto se va a quedar?

—Buenas noches— respondí con mi tono más amable—. Puede que dos horas, puede que tres. Tengo que ir a una cita, y puede que todo marche bien, como puede que todo marche mal —solté una carcajada cómplice que afortunadamente me secundó.

—Mujeres. No podemos vivir sin ellas, ni con ellas —rio fuertemente y comenzó a toser, dejando entrever un historial de fumador empedernido—. Disculpe. Esta tos me va a terminar matando —se excusó mientras levantaba una mano.

Algo me decía que lo que terminaría matándolo sería el cigarrillo, pero bueno, cada quien con sus mentiras.

—Descuide —sonreí amablemente—. Quisiera saber una cosa.

—Dígame, que para eso estoy aquí a pesar de que me tengan sentado en esta sillita para niñatos y me paguen una miseria.

—Si la cita va bien —vacilé apropósito—, puede que tenga que dejar el coche toda la noche. ¿No hay problema?

—En lo absoluto, colega. Tú deja el coche aquí, que no le pasará nada —me guiñó el ojo.

—Muchas gracias.

El sujeto me dio un ticket azul, me indicó por dónde debía de estacionar, por dónde debía de salir, y levantó la barrera pintada con rayas negras y amarillas.

Perfecto. Ya estaba adentro. Ahora solo quedaba buscar el *Jaguar*.

Capítulo cuarenta y siete

Según las indicaciones del empleado, debía estacionar mi auto en el primer piso, lo cual me venía al dedillo, ya que eso me permitiría dar vueltas por el sitio sin levantar sospechas.

Una vez que aparqué junto a una camioneta de lujo, me apeé y comencé la búsqueda.

Tras poner un pie fuera del coche, una sensación opresora de encierro me abofeteó de lleno. Aquel sitio, con sus muros, sus techos y sus suelos de hormigón, se me antojaba demasiado pequeño como para albergar tantos vehículos.

Mientras viraba la cabeza para ambos lados, no pude evitar pensar en lo absurdo e increíble que era aquello. Aquel era un edificio para autos. Un sitio en donde antes había vivido una familia, o varias, y ahora simplemente funcionaba como una caja de zapatos gigantes, en donde las personas aparcaban sus coches. Como solía pensar *Miss Marple*, la urbanización es el principio del caos, y con ella se da inicio a la pérdida de la simplicidad y la seguridad.

Según un mapa de incendios, el estacionamiento contaba con cinco pisos y un subsuelo. Una mansión de lujo para los autos.

Como no podía ser de otro modo, inicié la búsqueda en el primer piso, pero allí no había rastros del auto verde botella.

Rápidamente pasé al segundo piso, sintiendo mi rodilla latir con cada paso que daba. Cielos. Allí abajo se estaba tramando algo, y no era algo bueno.

El segundo piso estaba un poco más colapsado, pero allí no estaba el auto de lujo.

El tercer y el cuarto piso fueron un reflejo del segundo, haciendo que la búsqueda se redujese considerablemente.

El caminar estaba convirtiéndose en una tarea altamente demandante, pero no podía detenerme. Pedro podría marcharse en cualquier momento, y si no me apuraba, tendría que esperar hasta un nuevo día, y eso era algo que no podía hacer, por lo que continué avanzando hacia el quinto piso.

Entre mis reglas, el actuar de manera impulsiva estaba expresamente prohibido. Esa era la mejor manera de cometer errores, y un error, en este «trabajo», es la diferencia entre la libertad y el encierro, o, siendo un poco más extremista, la vida y la muerte.

Hoy estaba siendo una velada atípica. Acababa de asesinar a Clara, quien se lo tenía bien merecido, pero había cometido un error. Juana, otra asesina, había quedado con vida, y con cada minuto que pasaba sentía que la presión y los nervios me carcomían la cabeza, como en «El corazón delator» de Edgar Allan Poe, solo que en este caso no sentía remordimiento por el crimen que había cometido, sino más bien inquietud por no haberlo hecho del modo correcto, del modo en que siempre lo había hecho. Un buen trabajo era un trabajo realizado de un modo compacto, sólido, sin fisuras, sin cabos sueltos, sin un jodido cuerpo que pudiese hablar.

Ahora mi mente estaba dividida en dos. Una parte buscaba con ansias el *Jaguar* de Pedro, mientras que la otra parte pensaba en las posibles consecuencias si Juana despertaba.

Necesitaba encontrar a Pedro y asesinarlo. Eso sería lo único capaz de brindarme la calma que tanto necesitaba mi cabeza.

—Menuda mierda —mascullé en voz baja.

Había ido a asesinar a las súper amigas para encontrar calma e idear un plan para asesinar a Pedro y a Torrejón, y ahora estaba queriendo matar a Pedro para hallar tranquilidad.

Conforme a lo visto, mi vida era un bucle insaciable de muerte y desgracia.

¿Cuándo se terminaría esta sensación de estar corriendo tras la zanahoria?

Puede que nunca. Sin embargo, ahora había alcanzado la zanahoria más próxima.

Allí, aparcado cerca de la salida de emergencia, se hallaba el *Jaguar* de Pedro. Era como si el cabrón hubiese comprado los dos lugares contiguos, ya que era el único coche que contaba con tal espacio a sus lados.

Perfecto. Ya había dado con su medio de transporte/hijo mecánico, ahora solo quedaba esperar pacientemente a que llegase.

Capítulo cuarenta y ocho

Por al menos cuarenta minutos aguardé escondido tras un todoterreno que tenía los cristales tan negros como mi destino, hasta que, finalmente, unos pasos comenzaron a reverberar a lo lejos.

La puerta que daba a las escaleras quedaba en el otro extremo, por lo que contaría con algunos segundos de ventaja hasta tenerlo cerca.

Agucé la visión, y a través de los vidrios polarizados pude ver que el que se había apersonado no era Pedro. Falsa alarma.

El sujeto se subió en un convertible rojo y se largó a toda velocidad, como si en lugar de descender por unos caminos curvos tan sinuosos como traicioneros, tuviese que descender por una pista de «*Hot Wheels*».

El rugido del motor se perdió por la rampa helicoidal y de nuevo me hallaba en solitario, aguardando por la persona que me había mentido todos estos años.

Era consciente de que en ocasiones las personas suelen tender a querer creer ciertas mentiras, principalmente para que sus vidas sean más fáciles y tolerables, pero esta mentira no había hecho mi vida ni más fácil ni más tolerable. Puede que hubiese evitado que me matase aquella noche de lluvia, pero el costo había sido demasiado alto. Había incinerado mi alma, mi lado humano, todo lo que alguna vez Maggie había amado, todo lo que alguna vez Lucio había admirado. El único que continuaba a mi lado y podía observarme a los ojos era Pulgoso, porque como dicen, el amor de un perro es puro e incondicional sin importar que seas un monstruo que no merece ni una migaja de cariño. Ellos siempre estarán allí, sonriendo y moviendo sus colas, aguardando por brindarte su amor y sanarte.

Mientras repasaba y pensaba en lo condenada que estaba mi alma, otros pasos entraron en mi radar auditivo.

Aquellos pasos parecían provenir de unos zapatos de vestir, posiblemente de unos zapatos con suela de madera, como los que solía usar Pedro.

Volví a recrear la estrategia de observar a través del cristal polarizado, y mis ojos confirmaron lo que mis oídos sospechaban.

Ahí venía Pedro. Estaba vestido del mismo modo que cuando lo había increpado en el restaurante lujoso junto a Torrejón. Su cara dejaba entrever un gran agotamiento, y las ojeras le aportaban a su rostro el aspecto de un mapache desganado.

Su postura, lejos de parecerse a la de antaño, ahora se mostraba un tanto encorvada, como vencida. Llevaba un maletín negro, el cual parecía pesarle una tonelada.

Aprovechando que seguramente se sentía en su zona segura, comencé a avanzar sigilosamente por entre los autos, hasta que me detuve a esperar a que abriese la puerta.

El abogado apoyó el maletín junto a su preciado *Jaguar*, sacó la llave de su bolsillo, y tras resoplar con marcado cansancio, la introdujo y abrió la puerta.

Antes de que pudiese incorporarse tras tomar el maletín, me hallaba detrás de él.

Mi brazo rodeó su cuello como una anaconda, y antes de que pudiese tan siquiera soltar un jadeo, lo flexioné con fuerzas, estrujando su cuello y acallando cualquier posible pedido de

auxilio.

Capítulo cuarenta y nueve

—¿Qué está pasando? ¿Fausto? —dijo Pedro ya dentro de su querido *Jaguar*.

—Ya te dije que no volvieses a decir mi nombre —le dije desde el asiento trasero—. ¿Cómo se supone que la gente puede viajar en estos autos? —le pregunté mientras contemplaba lo reducido del espacio en aquella parte posterior.

—¿Qué quieres? —comenzó a forcejear, intentando zafarse de las ataduras.

—No malgastes tus energías —le había atado los brazos por detrás del asiento con el cinturón de seguridad—. Algo me dice que el cinturón no se romperá por mucha fuerza que hagas.

—Ya te dijimos que te dejaríamos en paz. ¿Qué más quieres?

—Quiero que me devuelvas mi vida, quiero que me devuelvas a mi esposa, y quiero que me devuelvas a mi hijo. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Sabes que no puedo por más que quiera —respondió entre jadeos.

—Lo mismo te digo. Me gustaría creer en su palabra, pero sabes que no puedo por más que quiera. Hazte fama y échate a dormir. Quién miente una vez, lo volverá a hacer.

—¿Vas a matarme? Después de todo lo que pasamos.

—Cielos. Hablas como si fuésemos familia.

—Yo estuve allí para ti cuando lo necesitaste.

—Corrección. Tú estuviste allí para engañarme, para asegurarte de que el seguro no cubriese a Lucio, y para transformarme en esto que tienes sentado en el asiento trasero de tu lujoso auto. Si te debo algo, es justamente haberme vuelto un asesino, y ahora tendrás una probada de tu propia creación.

—Espera, espera, espera. Por favor. Escúchame tan solo cinco minutos —comenzó a suplicar.

—Tienes tres minutos. Por los viejos tiempos —le guiñé el ojo a través del espejo retrovisor.

—Tienes que saber que yo no sabía nada…

—No malgastes los tres minutos con mentiras. Hazme el favor —lo interrumpí—. A menos que quieras que terminemos esta despedida de manera anticipada. Por mi parte encantado —saqué la jeringa vacía.

—Vale, vale, vale. Ya. Está bien. Sí. Puede que… —le lancé una mirada cargada de mi aura homicida— Está bien. Lo sabía desde un principio —se corrigió—. Torrejón siempre fue el que se encargó de conseguir prospectos—ahora era un «prospecto»—, y luego yo hacía mi parte. Cuando me comentó sobre ti, le dije que te conocía, y que creía que podrías ser un excelente sicario, solo que no creía que fueses capaz de embarcarte en este trabajo con una familia a cuestas, a lo que me dijo que no debía de preocuparme por eso. En su momento no lo entendí. Te lo juro —añadió rápidamente—. Puede que sea un mierda, pero no sería capaz de dejar morir a un niño, joder. Aquello fue bajo hasta para mí —le sostuve la mirada, indicándole que prosiguiese, que el tiempo seguía corriendo—. Si quieres culpar a alguien, debes de culpar a Torrejón. Él hace esto hace muchos años. Tú no eres el primero y, como calculo debes imaginar, tampoco serás el último.

—¿Paco? ¿A él también lo engatusaron con sus mentiras?

—Paco simplemente necesitaba la pasta, y no le importaba hacer lo que fuese necesario para ganársela. En eso eran distintos. Tú siempre conservaste tu lado humano.

—¿Mi lado humano? ¡¿Mi lado humano?! —repetí elevando la voz y acercándome a su asiento— ¿Crees que conservo mi lado humano? Te advertí que no dijeses mentiras —le quité el capuchón a la jeringa.

—No te estoy mintiendo —se apuró a decir—. Es verdad. Siempre tuviste esa chispa de remordimiento en la mirada. Puede que con el paso de los años haya perdido fuerzas, pero sigue allí, aún la puedo ver. Debes creerme, Fausto.

—¿Me estás diciendo esto para que te suelte? Porque si crees que tienes una oportunidad de salir de aquí con vida, déjame decirte que no tienes ni puta idea.

—Ya te lo dije, puede que sea un mierda, pero Torrejón está a otro nivel. Él fue el de la idea de liquidarte. Decía que nos ibas a costar mucho dinero. Si por mi fuese te hubiese dejado que sigas haciendo lo que mejor se te da. Asesinar a hijos de puta.

—Entonces, si sigo tu consejo, debería asesinarte aquí y ahora. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí —asintió levemente—. Cumplo los requisitos —añadió y guardó silencio por un segundo—. Quiero que sepas que la gran mayoría de las personas a las que asesinaste se lo merecían.

—¿La gran mayoría?

—Hubo algunos trabajos en los que tuve que mentirte. Ya te lo dije, soy un mierda —hizo una pausa dramática, inhaló profundo, y añadió—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo?

—¿Qué?

—Que lo hice todo por nada. Creí que el dinero me iba a dar eso que tanto deseaba, que llenaría todos los vacíos, pero no. Siempre creí que este auto era el auto de mis sueños, pero te juro que daría lo que fuese por volver a tener el *Austin Victoria* que mi padre me había dejado. Dios. Siempre creí que estaría orgulloso de ver hasta dónde había llegado. Lo más probable es que si volviese de la muerte se moriría de verme convertido en esto que soy. Un idiota con trajes caros y un reloj de oro que conduce un auto en el que no cabe ni la poca dignidad que le queda, y eso que es bien poca. Pero el dinero te hace hacer cosas estúpidas. ¿Y sabes qué es lo peor? —volvió a preguntarme, a lo que asentí— Que una vez que empiezas, ya no puedes volver a lo que eras. Sabes. Es como el ajedrez. Pieza tocada, pieza jugada. Una vez que la mueves, ya no puedes arrepentirte por mucho que lo desees.

—Siempre se puede volver a empezar, incluso en el ajedrez. Puede que si tomas muchas malas decisiones te cueste más tiempo, pero si te empeñas, y le echas un par de cojones, puedes encaminar tu vida.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Sinceramente? —lo miré a través del espejo retrovisor y meneé la cabeza— No, en lo absoluto. ¿Dónde está Torrejón? —cambié de tema rápidamente.

—En su casa. O debería decir en su mansión. Vive en una casona a las afueras de la ciudad. Si tienes pensado entrar por la puerta y asesinarlo, déjame decirte que lo tienes difícil.

—Ya pensaré en algo.

—Espera… Antes de que me… mates, quisiera saber si has tenido algo que ver con lo que le pasó a Clara.

—No conozco a ninguna Clara —mentí.

Pedro sonrió en silencio, inspiró hondo, y pareció aceptar su destino.

Capítulo cincuenta

El asesinar a Pedro me generó una extraña sensación de vacío. Creía que, al hacerlo y cobrar venganza por su traición, me sentiría mucho mejor, pero lo cierto es que no fue así. Desde luego que la sed de venganza se sació, pero fue como si hubiese cerrado una puerta y abierto otra. Esto claramente se debía a que no había cerrado el círculo. Aún me quedaba un último trabajo para poner punto final a esa parte de mi vida, y quien sabe, quizás cerrar para siempre ese lado oscuro que había sabido dominar mi ser a lo largo de tantos años.

A pesar de no estar del todo seguro de que aquello funcionase, debía asesinar a Torrejón. Él había sido el responsable de que mi vida cayera en desgracia, y ahora había llegado el momento de que se hiciese justicia por Lucio, por Maggie, y por mí.

La muerte de mi excompañero había sido silenciosa, pero no por eso indolora. Tras aplicarle las correspondientes dosis de aire con la jeringa, su rostro se había vestido con una mueca de dolor intenso durante sus últimos segundos, para luego colapsar y dar paso a la nada misma.

Es curioso el modo en que la vida se escapa del cuerpo, como un suspiro, un susurro, desapareciendo para siempre, dejando tan solo un cadáver vacío, un cuerpo que nunca más volverá a vivir, un cuerpo que con cada segundo que pase se volverá cada vez más diferente a aquello que un día supo ser, sufriendo el paso inexorable de la descomposición, ese modo tan sutil como letal que tiene la naturaleza para decirnos que ella es la que manda y que nosotros solamente somos invitados de paso en su mundo. Hay personas que pueden creerse que son dueñas de este majestuoso e intrincado mundo, pero lo cierto es que al final del camino, cuando las luces se apagan en su interior, tan solo pasan a convertirse en abono para los árboles, para la vegetación, para todo aquello que no supieron respetar en vida.

El cadáver de Pedro reposaba sobre el asiento delantero, ya sin las manos atadas, y yo me hallaba en el asiento trasero, revisando su teléfono tras haber empleado su dedo pulgar.

Mientras leía rápidamente el historial de llamadas de las últimas semanas, el móvil vibró y un nuevo mensaje apareció en la parte superior de la pantalla. Fue como si la fortuna me estuviese sonriendo, como si el «cabo suelto amante de la velocidad y de salir volando por las ventanas» simplemente hubiese sido un pequeño desliz.

«En una hora en lo de Katrina. No tardes.»

El remitente era «T», quien supuse era Torrejón, y si el mensaje significaba lo que creía que significaba, dentro de una hora iba a tener mi oportunidad de oro. Solo me quedaba averiguar un pequeño detalle. ¿Dónde cojones quedaba «lo de Katrina»?

Afortunadamente para mi falta de sabiduría geográfica, el auto de Pedro era demasiado inteligente y guardaba todas las rutas que mi finado excompañero había realizado en los últimos tiempos.

«Ok», fue mi escueta respuesta, basándome en el léxico y los modos que empleaba Pedro.

Con la cuenta atrás sobre mis hombros, me puse a revisar entre los mensajes antiguos, hasta que di con uno en el que también lo citaba en aquel misterioso recinto. Fue cuestión de buscar la fecha y la hora en el GPS del sabio *Jaguar*, y listo. Ya tenía la dirección en donde llevaría a cabo mi venganza.

Muchos dicen que no se debe de guardar rencor hacia alguien por lo que nos hizo, que la venganza es un veneno que nos corroe el alma y que nos consume muy lentamente hasta desaparecernos por completo, que hay que aprender a perdonar, que la vida es demasiado corta como para vivirla enfadados por una traición, que hay que pasar página, pero estoy seguro de que esas personas no pasaron por lo que pasé.

Sinceramente me parece un modo demasiado idealista de ver la vida, una vida que no es compatible con los ritmos modernos, en donde el que puede te pasa por encima, se aprovecha de ti, te usa como si fueses un trapo de piso, y una vez que estás demasiado sucio como para seguir limpiando sus mierdas, te descarta en la basura y pasa a usar otro. A las malas descubrí que la mezquindad es inherente a la gran mayoría de las personas, y que estas no dudan tan solo un segundo en sacrificarte si eso les representa un beneficio. Como se suele decir, «por algo los ricos son ricos». Torrejón, al igual que Pedro, había lucrado con mi desgracia, traicionándome y usándome hasta que ya no le fui de utilidad.

Si seguía la filosofía de vida de perdonar y pasar página, iba a estar perdonando al asesino de mi hijo, y de un modo indirecto de mi esposa. Iba a estar perdonando a un cerdo avaro capaz de dejar morir a un niño de nueve años.

No. Claro que no podía, ni quería, hacer eso. Puede que el veneno de la venganza me consumiese por dentro, pero prefería ser consumido a dejar con vida a un ser tan despreciable como ese. Además, siempre había sido participe de la idea de que el problema radica en no hacer nada al respecto, en simplemente callar, guardar todo eso que nos enfurece, convivir con esa traición, con esa actitud ladina, despreciable y llena de perfidia, y permitir que sea parte de nosotros, que se fusione con nuestra esencia, que nos tiña el alma con su connotación negativa, obligándonos a vivir una existencia cargada de infelicidad, obligándonos a vivir una autocensura crónica. Siempre, al menos para mi mente atormentada, iba a ser mejor dejar que todo saliera, canalizar ese demonio que habita en nuestro interior, demonio que nace exclusivamente a raíz de la traición y que pide a gritos sordos ser complacido.

Capítulo cincuenta y uno

Tras asegurarme de que nadie rondaba el quinto piso, y eliminar toda prueba de mi paso por el habitáculo del *Jaguar*, me bajé del coche e inicié la retirada del estacionamiento.

Pedro se había quedado apaciblemente sentado al volante del coche de sus sueños. Suponía que las autoridades tardarían en hallarlo, principalmente por el polarizado de los cristales y por el hecho de que era el único auto que no tenía vecinos.

Los médicos dirían que sufrió un infarto y nadie objetaría nada. Vamos, que estaba blanco y en botella.

Había tomado la precaución de borrar el último mensaje de Torrejón, como así también mi respuesta. No vaya a ser cosa que las autoridades viniesen a interrumpir mi venganza.

El estacionamiento parecía no contar con cámaras, quizás a pedido de sus clientes. Me imaginaba que aquel sitio oficiaría de punto de encuentro para diversas transacciones, y a juzgar por el nivel de los vehículos, había mucha pasta de por medio.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó el sujeto de la entrada cuando me vio salir con el coche de alquiler.

—Al menos espero tener suerte en el juego. Solo le diré eso —le respondí mientras fingía una sonrisa de frustración.

—Qué va, colega. Mujeres. Si es que son todas iguales. Pero tranquilo, que la próxima será. Míreme a mí. Cinco divorcios y aún continúo buscando al amor de mi vida.

Madre mía. A eso le llamaba resistir, insistir y persistir.

—Esperemos que la próxima sea la indicada. Gracias —le agradecí y le pagué lo que indicaba el cartel con las tarifas.

Conduje varias calles hasta que llegué a una plaza cuya luminaria consistía únicamente en un farol ubicado en el centro, como una vela de cumpleaños ubicada en medio de un gigantesco pastel de oscuridad.

Arropado por el anonimato brindado por la noche y por la falta de inversión en los espacios públicos, removí los números de la patente y procedí a pegar otros.

No sabía cómo era el barrio en el que quedaba situado el sitio de la reunión, pero lo mejor sería estar preparado para huir con el mayor sigilo posible.

«Lo de Katrina» quedaba situado, según el GPS del *Jaguar*, en el distrito dorado. Aquel sector de la ciudad pertenecía a una zona que antaño había sabido ser la más exclusiva, pero que, luego de la gran crisis económica, había sufrido un fuerte y masivo éxodo por parte de todos los vecinos y comerciantes, dejando únicamente el esqueleto de una zona comercial.

Ahora todos los edificios de aquel sitio estaban abandonados, o bien servían como antro de perdición para los drogatas de turno que buscaban un sitio tranquilo en el cual dejarse llevar y disfrutar de los efectos alucinógenos del estupefaciente de turno.

La elección por parte de Torrejón me llamó la atención, aunque bueno, teniendo en cuenta que en aquel sitio trataba asuntos de una índole criminal, se podría decir que estaba en su salsa.

Nunca había estado en aquel sector, ni en su auge ni en su decadencia, por lo que no sabía con lo que podría encontrarme. Mis conocimientos se limitaban a lo que las noticias habían

compartido al respecto.

Mi mente pensó en varias posibilidades para el sitio en cuestión. «Katrina» podría ser una vecina que continuó resistiendo en el barrio, o quizás un bar con aquel nombre, o un terreno baldío en el que habían asesinado a una mujer llamada de ese modo. Las posibilidades eran muchas, y teniendo en cuenta lo fantasmagórico que se había vuelto aquel sector en las últimas décadas, no podía descartar nada.

El distrito dorado, que de dorado solo conservaba el nombre, quedaba situado tras una larga, oscura, y maltrecha carretera. Parecía como si la ciudad se hubiese desligado de aquel sector, como si hubiese decidido cortar el cordón umbilical que lo mantenía con vida, abandonándolo a su suerte.

El único acompañante con el que conté mientras cruzaba la carretera que separaba la civilización del abandono, fue el aroma nauseabundo emanado por una destilería que se hallaba a lo lejos en el paisaje circundante.

Gigantes chimeneas que parecían alzarse hasta las estrellas desprendían un humo grisáceo que contrastaba con el azul del cielo, contaminándolo todo a su paso, dotando al ambiente con aquella impronta de suciedad característica de los basureros.

No sé por qué, pero el ver aquello me hizo pensar en la película «*Mary Poppins*», más específicamente en Bert, el carismático sujeto que limpiaba las chimeneas y que era interpretado por el talentosísimo Dick Van Dyke. De pronto, «*Chim Chim Cher-re*» comenzó a sonar en mi cabeza y ya no pude silenciarla.

Capítulo cincuenta y dos

El recuerdo de mi hijo cantando y bailando las canciones de *Mary Poppins* me arremetió de lleno y se fusionó con la melodía que seguía sonando en bucle en mi cabeza, haciendo que una lágrima cargada de nostalgia se escapase de mi ojo derecho.

Aquello fue un estímulo extra para lo que tenía por delante.

Con la cuenta atrás a punto de terminar (tan solo me quedaban quince minutos), el distrito dorado apareció al final del oscuro camino.

Aquel sitio parecía ser un pueblo fantasma devenido en un basurero. El gris mohoso lo reinaba todo. Parecía como si un maremoto de alquitrán hubiese arremetido sobre las casas, los edificios, y básicamente todo.

El aroma de la destilería persistía en el ambiente, como si las gigantescas chimeneas estuviesen allí cerca y no a varios kilómetros.

Las calles, como era de esperarse, se encontraban vacías. Los únicos transeúntes eran las ratas, las cuales, por su tamaño, poseían un parecido con los perros. Vamos, que no sabías si ponerles una trampa o entregarles la billetera.

Según la dirección que había arrojado el GPS, «Lo de Katrina» se hallaba a tres calles de la avenida principal, la cual, paradójicamente, se llamaba «avenida del petróleo». Quien la nombró debió de ser un visionario.

Teniendo en cuenta que estaba sobre la hora, apagué las luces del coche de alquiler y conduje iluminado únicamente por la luna y por las escuetas farolas que parecían resistirse a claudicar ante el abandono.

Si Torrejón ya estaba en el sitio, tenía que poder ver su auto. Dudaba que fuese con un chofer a aquel sector, o quizás sí. Quizás estuviese acompañado por otro sicario. Quizás el motivo de la reunión era «pasar a valores» a Pedro. Puede que hubiese considerado que era hora de quitárselo de en medio. Puede que mi aparición en el restaurante hubiese motivado y acelerado esta decisión. Si así era, iba a tener que estar preparado para vérmelas con dos asesinos. Torrejón podría ser un ricachón que se ocultaba detrás de su dinero, pero algo me decía que no le temblaría el pulso si debía ensuciarse las manos.

Frigoríficos, bares, centros comerciales. Todo se hallaba abandonado. Sus fachadas, descascaradas y medio destruidas, ofrecían la postal de un sueño que había culminado hace mucho tiempo, de un sueño que se había convertido en pesadilla y que había obligado a todas esas personas esperanzadas a huir, a dejar atrás todo por lo que habían luchado, todo por lo que habían trabajado tan arduamente.

Cuando las crisis económicas ocurren, la gente se suele olvidar muy rápidamente de quiénes fueron los responsables, de quiénes fueron los pocos que se beneficiaron a costa del sufrimiento de muchos. A pesar de contar con este tipo de postales, el colectivo social opta por ver hacia otro lado, por desviar la atención, por olvidar, como si tal cosa hiciese que lo ocurrido cambie o no vuelva a suceder, ignorando que, al olvidar su pasado, están condenados a cometer los mismos errores.

Teniendo en cuenta la falta de testigos, sin contar a los roedores mutantes que corrían como si

fuesen los reyes del asfalto, el escenario era el ideal como para emplear el *Colt Python* y dar rienda suelta a mi lado salvaje.

Si algún vecino continuaba viviendo en alguna de las casas derruidas, dudaba que se fuese a exaltar por unos cuantos disparos, de hecho, me arriesgaría a pensar que se extrañarían si una noche transcurría sin disparos.

A medida que me adentraba más y más en el distrito dorado fui observando algunos vehículos, cuyo estado de abandono iba a la par con las edificaciones. Si contaban con todas las ruedas, era porque el resto del vehículo estaba incendiado, y si no estaba incendiado, era porque ya lo habían desvalijado y dejado en ladrillos.

Los cristales destrozados de las fachadas eran una invitación para los okupas de turno, sin embargo, tras pasar por varios comercios, cuyos frentes poseían esta característica, me sorprendió no ver a ninguno, aunque quizás esto se debiese a que estaban al resguardo del frío que había comenzado a caer inclemente sobre aquel distrito desangelado.

Finalmente, cuando me hallaba a tan solo dos calles de la dirección brindada por el GPS, pude vislumbrar algo que me indicaba con toda certeza que Torrejón ya había llegado al sitio.

Capítulo cincuenta y tres

A pesar de que no era el mismo auto de lujo que conducía esta tarde, estaba seguro de que aquel vehículo tenía que ser de Torrejón. Probablemente tuviese una inmensa flota de coches de lujo, como así también un amplio número de propiedades, más de las que cualquiera pudiese necesitar. Apostaría lo que fuese a que no le darían los días del año para pasar un día entero en cada una de sus «viviendas»

Mis ojos se clavaron en el brillo del vehículo que se hallaba aparcado a mitad de cuadra, como la línea de meta de una carrera que venía corriendo hacía muchos años.

En vistas de que no estaba en mis planes anunciar mi llegada con bombos y platillos, aparqué el coche de alquiler detrás de un gigantesco contenedor que estaba a rebosar de basura.

Tras colocarme mi gorra de la suerte, me apeé del vehículo al tiempo que giraba la cabeza hacia ambos lados.

Los residuos que colgaban del contenedor parecían llevar allí un muy largo tiempo. Estaba seguro de que los camiones de basura ya no pasaban por aquellos lugares.

El aroma de la basura se entremezcló con el de la destilaría, ofreciendo una fragancia exquisitamente fétida.

Me preguntaba cómo hacía la gente para vivir allí. Podrían estar usurpando un edificio abandonado, pero seguían siendo «personas», a pesar de que para el gobierno si no puedes pagar los «sagrados» impuestos, o si no aportas algo para fomentar el capitalismo, no mereces llevar ese estúpido mote que cada vez significa menos en estos tiempos tan salvajes y del «sálvese quien pueda».

Cada vez que pensaba en las personas en situación de calle se me hacía un nudo en el estómago.

Dejando aquellos pensamientos que me carcomían la poca alma que me quedaba, avancé con paso sigiloso al sitio de la reunión, a mi encuentro con el responsable de todo.

El frío de la noche había empezado a dejarse sentir, con su impronta invernal, a pesar de que aún faltaba para el invierno.

El viento corría díscolo, sin nada ni nadie que lo contuviese, como un caballo salvaje dispuesto a tumbar a su jinete. Cada soplido se sentía como el filo de un cuchillo.

Mi rodilla, que cada vez estaba peor, agradeció que el frío la insensibilizara momentáneamente. Sabía que aquel efecto no duraría mucho, y que probablemente ni bien se fuese, el dolor sería mil veces peor, pero es que ya no podía retractarme. Estaba aquí, y tenía que hacerlo.

La calle, provista únicamente con una farola para alumbrar toda su extensión, parecía estar de mi lado, coludiéndose conmigo para llevar a cabo mi venganza.

Cuando me hallaba a no más de cuarenta metros del auto de Torrejón, cuyo brillo resaltaba en medio de aquel ambiente tan opaco, un ruido hizo que me diese la vuelta de un salto y desenfundase el revólver.

Mientras sostenía el arma firmemente con el dedo en el gatillo, observé a una gigantesca rata que se alejaba camino al contenedor, contorneándose a sus anchas.

Respiré profundo, ignorando el aroma nauseabundo, y quité el dedo del gatillo. De momento iba a continuar con el arma lista, pero prefería que no se me escapase un disparo que pudiese dar aviso de mi llegada.

Para abordar a Torrejón contaba con dos opciones. O bien podía llegar y entrar al sitio, que aún no sabía qué era, o bien podía esperar a que saliese. Esta última opción parecía ser la más inteligente, pero para poder esperarlo, debería de quedarme expuesto en aquellas calles, las cuales, a pesar de mostrarse deshabitadas, no dejaban de ser peligrosas. Ya me veía apuñalado por la espalda en un intento de robo, o porque no, muerto por la mordida de una de aquellas ratas mutantes.

Lo mejor sería pensar en una opción intermedia, y eso era lo que iba a hacer. En la mano del frente parecían haber varias viviendas, obviamente abandonadas, y algunos comercios, cuyas fachadas invitaban a pasar sin llamar.

Se me ocurrió que la mejor idea sería colarme en uno de esos locales, y desde las sombras del interior, vigilar la entrada del punto de encuentro.

Ya decidido, crucé la calle mientras mantenía la vista fija en el auto de Torrejón.

La fachada del sitio que se hallaba frente al auto se mostraba cerrada, con una única puerta doble de dimensiones considerables, pero que no contaba con cristales ni con ninguna apertura aparente.

El lugar parecía ser una especie de iglesia, aunque a juzgar por las letras blancas que logré leer al poner un pie en la vereda del frente, sospechaba que repartirían algo más que vino de misa.

«Taberna lo de Katrina», rezaban las letras blancas.

Vaya. A Katrina le hubiese convenido cargar sus datos en *Google*, y así quizás haber evitado la quiebra, y desde luego haberme facilitado la búsqueda.

La fachada de ladrillo a la vista se mantenía sólida, como si fuese la fachada de un búnker antibombas.

Ahora que lo pensaba, aquella puerta doble también parecía ser sumamente resistente.

Ya dentro de un local que antaño debió de ser una tienda de ropa, al menos eso pensé al ver los percheros amurados en la pared, se me ocurrió una posibilidad que hasta el momento no se me había cruzado por la cabeza.

¿Y si la reunión estaba relacionada con algún asunto turbio? ¿Y si en aquel búnker de ladrillo a la vista se iba a llevar a cabo una transacción?

Si ese era el caso, iba a tener que darme prisa, porque de lo contrario, iba a tener que lidiar con la otra parte, y por mucho que me llene de ilusión eliminar la basura de este mundo, soy consciente de mis limitaciones. Una cosa es matar a una persona, o a dos, pero otra muy distinta es matar a varias al mismo tiempo. Esas cosas solamente ocurren en las películas.

El tiempo seguía corriendo, y ahora solamente faltaban cinco minutos para la hora señalada. Si lo iba a hacer, tenía que hacerlo ahora.

Mandando el plan «B» a tomar por saco, emergí de mi escondite improvisado y decidí apostar todo al plan «A».

Sabía que no era buena idea poner todos los huevos en la misma canasta, pero si no lo hacía, probablemente no iba a haber ni canasta ni huevos.

Con la misma convicción que cuando había allanado la morada de Maricio, crucé la calle y me dirigí a la inmensa puerta doble. Sabía que no podrían verme desde dentro, por lo que no tendrían por qué saber que era yo.

Realicé tres golpes suaves y me alejé a un costado, lejos de la vista de quien fuese a abrir.

Mi dedo índice volvió a apoyarse en el gatillo, sintiendo su textura y su resistencia.

Esta podría ser la última vez que empuñase un arma, ya sea porque pusiese punto final a esta faceta, o porque no saliese con vida.

Al cabo de diez segundos, cuando ya estaba dudando acerca de la potencia con la que había efectuado el golpeteo, una cerradura se oyó, y una hoja de la gigantesca puerta doble se abrió.

Capítulo cincuenta y cuatro

—¿Quién es? —oí la voz de Torrejón desde dentro.

—Nadie —respondió una voz masculina.

De seguro había ido con otro sicario.

—¿Cómo que nadie? ¿Acaso las ratas van a golpear la puerta? —Torrejón le recriminó— Sal a ver si el capullo de Pedro está afuera jugando al «rin raje» o a otra gilipollez y tráelo aquí.

Un segundo más tarde, el sujeto que había abierto la puerta salía de su zona segura, poniendo un pie sobre la acera, pisando la capa de suciedad con un fino zapato italiano.

A pesar de no contar con más detalles, en ese instante supe que era un sicario. Al parecer el que determinaba el uniforme era Torrejón.

Tras poner un pie fuera, el otro le siguió, y en ese momento entró en mi campo visual un sujeto que parecía una réplica de Paquito, el finado sicario que había despachado a las afueras del establo.

Antes de que pudiese percatarse tan siquiera de lo que estaba ocurriendo, mi dedo índice se flexionó vigorosamente, jalando del gatillo y emitiendo un dulce estruendo que impactó de lleno en la cabeza de «Paquito 2», causándole un agujero del tamaño de una bola de billar. Un segundo después, como si fuese una ficha de dominó que es arremetida por el viento, cayó sin vida y quedó tendido sobre la sucia acera.

Sin tiempo que perder, pasé sobre el cadáver del lacayo de Torrejón y me adentré en la cantina con tintes de parroquia.

—Ni se te ocurra mover un dedo —vociferé.

El interior de la «sagrada» cantina era una completa pasada. Allí dentro parecía que la época de vacas flacas nunca había llegado. El suelo, de madera rústica, se mostraba libre de toda suciedad. Las paredes, en lugar de estar descascaradas o llenas de humedad, se encontraban en excelentes condiciones, con varios cuadros decorándolas a lo largo y ancho. Ocho mesas estaban dispuestas de modo tal que formaban un angosto pasillo hasta desembocar en una barra, aparentemente vacía.

—Fausto… —fue lo único que pudo decir Torrejón, quien se hallaba sentado en la primera mesa de la derecha, luciendo un elegante traje gris perla que seguramente no había sido confeccionado para esos sitios

—Así es. Las manos —le hice un gesto con el arma para que pusiese las manos en donde pudiese verlas—. ¿Estás con alguien más?

Sabía que no me iba a responder con la verdad, pero de todos modos lograría sacar algo de su lenguaje corporal.

—Con Manolete… pero algo me dice que ya no —dijo con tono pausado al tiempo que apoyaba las manos sobre la mesa, indicándome que no tenía pensado hacer ninguna estupidez.

Definitivamente estaba mintiendo. Torrejón era de las personas que siempre tenía un as bajo la manga, y el modo en que se mostraba tan tranquilo y colaborador era un claro indicador de que había alguien más.

—¿Esperas a alguien? —pregunté mientras me adentraba en el recinto— Además de Pedro,

claro está —añadí.

—A nadie más —dijo con expresión pétrea—. Toma asiento —extendió una mano hacia la silla que se hallaba frente a él.

¿Me estaba dando órdenes?

Por un instante repasé la situación. Parecía como si él fuese el que estaba empuñando un jodido *Colt Python* y no yo.

Efectivamente, el arma estaba en mis manos. Aún se sentía un leve calor, como así también el aroma característico de la pólvora quemada y del aceite. Sin embargo, quizás por curiosidad, accedí a su petición.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté ni bien tomar asiento mientras le apuntaba a la cabeza.

—Creo que podría hacerte la misma pregunta y, de hecho, yo tendría más derecho. Tú has llegado sin invitación y has matado a otro de mis hombres, algo que aparentemente estás tomando por costumbre. Confieso que no le guardaba especial aprecio, pero, hoy en día es difícil encontrar gente competente —chasqueó la lengua—. Un completo desperdicio.

—No te vayas por las ramas. Responde. ¿Qué haces aquí?

No iba a permitir que siguiese ganando tiempo.

—Iba a eliminar un eslabón de la cadena. Un eslabón sumamente débil y que falló en su tarea.

—¿A qué te refieres?

—Pedro se estaba volviendo demasiado… —meneó la cabeza— descuidado, y el que no haya podido controlarte es un claro ejemplo. Cuando te fuiste del restaurante le dejé bien claro que si volvías a hacer de las tuyas él tendría que hacerse cargo, y bueno, quién mejor que tú para saber que has hecho de las tuyas —hizo una breve pausa—. Déjame decirte que me has costado unos cuantos miles. Cargarte a esas dos pobres inocentes. Vaya despropósito. ¿Por qué lo has hecho? ¿Has conseguido que el muerto de hambre vuelva a la vida? No. ¿Has conseguido que este mundo sea un sitio mejor? No. ¿Has mejorado la vida de la familia del muerto de hambre? No. ¿Y sabes una cosa? —no esperó a que le respondiese— Si no te hubieses metido, quizás en algún futuro les hubiese dado algo, pero ahora, que has asesinado a mi clienta y a su amiga, no tengo motivo alguno para hacerlo.

Aquello era una buena noticia. No tendría que preocuparme del cabo suelto.

—¿Ibas a matar a Pedro por lo que hice? Creí que eran socios —inquirí, procurando no demostrar mi interés en la vida de las amigas asesinas.

—Él trabajaba para mí —me corrigió—. Y sí, hablo en pasado porque si tú estás aquí, eso significa que lo has matado. Madre mía, Fausto. ¿Puedes pasar un día sin matar a alguien? —añadió con tono estridente, casi bromista.

—Podría, pero hoy no es el caso.

Pese a la versión que me había contado, cabía la posibilidad de que alguien más llegase a aguar mi fiesta, por lo que pasé a la acción sin más dilación.

Moví la punta del cañón hacia abajo y jalé del gatillo.

La bala impactó y destrozó el hombro derecho de Torrejón, quien perdió su expresión serena de crupier.

—Pero… —jadeó— en el restaurante… habías dicho que…

—Mentí. Al igual que ustedes. Ambos sabemos muy bien que esto no terminará hasta que el otro deje de respirar.

—Eres un maldito hijo de… —las palabras de Torrejón se silenciaron por un nuevo disparo,

el cual le impactó en el otro hombro.

—Tú eres mucho peor. No me cabe la menor duda. ¿Qué clase de ser despreciable puede dejar morir a un niño de nueve años por dinero? Como si te hiciese falta. ¿Para qué quieres tanto? ¿No te das cuenta que no te van a alcanzar ni cien vidas para gastarlo? —hice una breve pausa mientras Torrejón palidecía, y añadí— Ya estás enfermo. La única cura posible es asesinar ese cerebro depravado —apunté el cañón a su frente—. Pero aún no —bajé el cañón y le disparé a la altura del bíceps derecho.

Torrejón soltó un grito desgarrador. Ya no se veía tan en dominio de la situación.

Cincuenta y cinco

—¿Que quieres que te mate? ¿Me has dicho eso? —le pregunté al no entender lo que había balbuceado.

—Dije… que… estás… muerto… —soltó entre jadeos con la vista clavada en la mesa.

Algo me decía que Torrejón no estaba interpretando los datos de su actual situación, pero ya pronto acabaría con su miserable e inmunda existencia.

Deslicé la silla hacia atrás, dispuesto a dispararle en la rodilla y así empeorar su agonía, cuando, casi en conjunto con el chirrido de las patas de la silla contra el suelo, un disparo retumbó en aquel bar aparentemente vacío.

La bala había rozado mi cabeza, y si no fuese porque me había desplazado para dispararle en la rodilla, estaría tiñendo de rojo el suelo al igual que «Paquito 2».

Antes de que otra bala viniese a hacer lo que su antecesora no pudo, me lancé al suelo, cayendo con las rodillas y maldiciendo para mis adentros al cabrón de Torrejón.

—¿Se puede saber qué cojones estabas esperando para dispararle, estúpida retardada? —vociferó el Señor «T», demostrando un gran aprecio hacia su salvadora o quien fuese la que había efectuado el disparo.

La respuesta por parte de la tiradora anónima llegó en forma de disparo. Tres ráfagas sacudieron el aire a los costados de la mesa, haciendo que no pudiese incorporarme y adoptar una postura más decorosa.

Parecía que estaba a punto de lustrarle los zapatos a Torrejón.

—¡Se supone que tienes que matarlo a él, no a mí! ¡Inútil! —Torrejón estaba que no cabía en sus casillas.

—¡Si no te detienes mataré a tu jefe! —vociferé, aprovechando que los disparos se habían detenido momentáneamente.

—Dios. Esto es lo que ganas por contratar amateurs —masculló Torrejón.

Mi advertencia no surtió ningún tipo de efecto en la tiradora, quien continuó su balacera sin importar que la vida de su jefe estaba en riesgo.

Algo me decía que si Torrejón moría debido al fuego cruzado no se iba a traumatizar demasiado.

Aguardé unos segundos bajo la mesa, oyendo los disparos que continuaban surcando el aire por encima de mí, hasta que Torrejón vino a sumarse a mi fuerte improvisado.

A pesar de las múltiples heridas que le había provocado, el señor «T» había logrado balancearse y ahora se hallaba cara a cara conmigo, debajo de la mesa, compartiendo aquel refugio.

De pronto, los disparos cesaron, y esa fue mi señal para actuar, o al menos intentar adoptar una postura que me permitiese contratacar, sin embargo, cuando estaba por ponerme de pie, un ruido desde la entrada hizo que me volviese instintivamente.

En esta ocasión no se trataba de una rata mutante. Ahora, un sujeto, que a juzgar por sus pintas dormía en una de las viviendas abandonadas, estaba en cuclillas en la puerta de la cantina, y aunque suene increíble, estaba cacheando a «Paquito 2», probablemente en busca de dinero o

algo de valor.

Madre mía. El instinto de supervivencia de aquel sujeto era prácticamente nulo. Vamos, que se estaba desatando un tiroteo, y el muy pringado estaba, hablando mal y pronto, regalándose para el «salchichaso» (salvajismo que adopté de un viejo conocido de la infancia).

El sujeto, tras apropiarse de la billetera de «Paquito 2», tomó la pistola que el finado sicario tenía en su cintura, y tras observarla con aire dubitativo, se incorporó dispuesto a emplearla.

Antes de que el nuevo invitado pudiese descubrir el modo en que funcionaba aquella arma de fuego, aparentemente tenía el seguro puesto, la tiradora volcó toda su atención en él.

SI antes creía que tenía una oportunidad, ahora estaba más que claro. Luego de lanzarle una mirada a Torrejón, rodé hacia el costado de la mesa, del lado de la pared, y quedé en la postura de rodilla a tierra.

Apoyando todo mi peso sobre la rodilla izquierda, la que estaba clavándose en el suelo de madera rústico, extendí ambos brazos, buscando la mayor estabilidad, y agucé la vista en dirección a la barra.

Desde aquella nueva perspectiva logré ver a una mujer, de unos cuarenta años, ubicada detrás de una columna de madera. La tiradora se hallaba detrás de la barra, y únicamente tenía expuesto el brazo de la mano que sostenía el arma.

Todo indicaba que, debido a los disparos que estaba efectuando en contra del inesperado invitado, no se había percatado de mi desplazamiento a pesar de que Torrejón intentaba advertirle.

Giré la cabeza un instante para ver al sujeto de la puerta, no fuese a ser cosa que decidiese dispararme, pero ya estaba probando el amargo sabor del plomo. La tiradora lo había acribillado tras fallar algunos disparos.

Volví a volcar mi atención en la sicaria, quien tras liquidar a la amenaza volvió a emerger de su escondite, posicionándose en medio de la barra.

Tenía un tiro limpio, y no iba a desperdiciarlo.

Respiré profundo, cerré un ojo para reducir la información visual que mi cerebro necesitaría procesar, alineé la mira con el objetivo, exhalé lentamente, y jalé del gatillo.

La bala atravesó el bar como un relámpago en medio de una tormenta, impactando de lleno en la cabeza de la sicaria, y provocando un rocío carmesí que pintó el mueble de madera que se hallaba detrás de la barra.

Capítulo cincuenta y seis

Tras observar el modo en que el cuerpo sin vida de la tiradora se desmoronaba como un castillo de naipes, volví mi atención a Torrejón, quien luchaba por incorporarse, pero el no poder emplear sus brazos se lo estaba poniendo bien difícil.

Me puse de pie, sintiendo un fuerte pinchazo en la rodilla derecha, y me acerqué al responsable de todo esto.

—Ni se te ocurra —le dije luego de pisar una pistola que se hallaba a escasos centímetros de su brazo izquierdo.

Todo indicaba que no pretendía darse por vencido a pesar de su más que desfavorable situación.

—Ya está —dijo resignado—. Mátame de una puñetera vez.

—Todo a su tiempo. Antes quiero que me respondas una pregunta.

—¿Qué quieres saber? —inquirió tras darse la vuelta y quedar acostado boca arriba.

La sangre manaba de las heridas de bala, oscureciendo el traje gris que llevaba puesto.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has arruinado la vida? ¿Qué fue lo que te hice para merecer semejante castigo?

—Lo que te «hice» no fue un castigo. O al menos yo no lo veo de ese modo —se detuvo un instante para toser—. Lo que hice, lo hice para que seas alguien mejor, para que seas alguien más genuino, más auténtico, para que seas verdaderamente tú mismo. Estaba seguro que de otro modo no hubiese sido posible. Técnicamente hablando, te he hecho un favor.

Menudo favor.

—¿Acaso te oyes? ¿De qué puto favor me estás hablando? Arruinaste mi vida. Me quitaste lo que más amaba, lo único que me importaba. Puede que el Infierno me esté esperando con las puertas abiertas de par en par, pero te juro que tú irás primero.

—No te hagas el desentendido. Sabes muy bien a lo que me refiero. Siempre fuiste este, el asesino, el sicario, el homicida empedernido. Siempre has tenido ese deseo y esa conexión con la muerte. Puede que ahora te digas que no eras así, que te has vuelto así por mi culpa, pero no se puede tapar el sol con la mano. Claro que no. Siempre lo llevaste en la sangre, en tu ADN. Eres un asesino, siempre lo has sido. Puede que antes fueses demasiado cobarde como para reconocerlo, pero eso no quiere decir que no lo fueses. Las personas viven luchando con sus demonios, intentando acallarlos, ocultando esa faceta que tanto les avergüenza. Procuran mirar hacia otro lado, comportarse dentro de las normas de la sociedad, interpretar un papel de padre, hermano, esposo, compañero de trabajo, lo que fuese con tal de alejarse de su verdadera esencia.

—Estás demente —lo interrumpí.

—Ya lo decía Friedrich Nietzsche, el ser humano tiene impulsos y pasiones profundas que a menudo son reprimidos por la sociedad. Él animaba a las personas a explorar y a desarrollar su potencial completo, incluso esas partes que podrían considerarse «salvajes» o instintivas. Su filosofía buscaba liberar a las personas de las normas restrictivas y permitirles alcanzar su autenticidad personal.

—Creo que Immanuel Kant no estaría tan de acuerdo con esa postura —rebatí—. De igual

modo, no estoy aquí para entablar un debate filosófico. Estoy aquí para que se haga justicia por mi esposa y por mi hijo. Estoy aquí para que se haga justicia por todas esas personas a las que, al igual que a mí, les has arruinado la vida. Estoy aquí para asegurarme de que tu inmunda existencia se termine.

Antes de que Torrejón pudiese blandir otro argumento del filósofo alemán, blandí el *Colt Python* y le disparé en la rodilla izquierda.

Los gritos de dolor volvieron a llenar el interior de aquella taberna.

Seis balas. Hasta ahora había disparado seis balas.

Con el tambor vacío, mi mano rebuscó en mi bolsillo derecho, y solo encontró una bala. Tan solo me quedaba una. No había traído más, sin embargo, no importaba. Tan solo necesitaba un disparo más. Un disparo que pondría punto final a una fase de mi vida, a una etapa larga, tortuosa y llena de muerte.

Finalmente, la crueldad se combate con crueldad, y la muerte se combate con muerte.

Contemplé a Torrejón por un instante, el modo en que se estaba retorciendo de dolor, el modo en que estaba sangrando a borbotones, el modo en que estaba recibiendo su merecido.

Estaba dispuesto a estirar ese momento, a convertirlo en eterno, a perpetuar su tortura por toda la eternidad, pero lo cierto es que una parte, la que aún conservaba un deje de humanidad, quería salir de allí y volver con Pulgoso.

Oprimí el botón de liberación del tambor con el dedo pulgar, lo basculé con un movimiento rápido de muñeca, y tras presionar el eyector, vacié los casquillos sobre aquel piso de madera rústico.

El repiqueteo de la evidencia desperdigándose sobre el suelo opacó momentáneamente el silencio que se había generado luego de que Torrejón callara.

Ahora, gravemente herido, sin más lacayos que pudiesen responder por él, me observaba fijamente mientras apretaba los dientes.

Tomé la última bala que me quedaba, la coloqué en el tambor, y lo cerré con otro enérgico movimiento de muñeca.

Miré fijamente a los ojos de Torrejón al tiempo que tiraba del martillo para que la presión del gatillo sea menor y así aumentar la precisión del disparo. Quería que esta última bala viajase al centro de su retorcido cerebro, e iba a tomar todos los recaudos para que así sucediese.

Apunté la punta del cañón hacia su cabeza, lo contemplé un instante más, y antes de que pudiese volver a poner en movimiento su lengua viperina, disparé.

A lo largo de mi vida, más específicamente a lo largo de estos últimos años, había escuchado varios disparos, sin embargo, este fue completamente distinto a todos. Aquel estruendo, que por lo general me provocaba una sordera momentánea, pareció efectuarse en un completo mutismo, sin generar ningún ruido aparente.

El tiempo pareció detenerse, brindándome un momento de paz, un momento de confidencia, un momento de liberación. El monstruo que me había convertido en un monstruo había muerto, y con él, una parte de mí también lo había hecho.

Capítulo cincuenta y siete

Ya no quedaba nada ni nadie en aquel sitio que pudiese obrar para retenerme por más tiempo. Finalmente había encontrado la libertad, o al menos lo que creía necesitar para terminar de sentirme libre por completo.

Como quien se retira de una fiesta familiar, salí de aquella taberna con paso presuroso, sintiendo un extraño crujido en mi rodilla derecha con cada zancada que daba.

Las calles estaban vacías, al parecer el sujeto con tendencias suicidas era el único que estaba rondando el lugar, por lo que aproveché para ir hasta el coche de alquiler a buscar un bidón de gasolina y una caja de fósforos.

Este método era mi favorito a la hora de borrar mi huella por algún sitio, siempre y cuando tuviese el tiempo y la oportunidad de incendiar el lugar por completo. El estar apartado de la civilización, o al menos de la civilización habitada, hacía que fuese la opción perfecta para desaparecer mi paso y mi pasado.

Unos minutos más tarde, luego de arrastrar los cuerpos de «Paquito 2» y del extraño sujeto, la taberna de Katrina estaba envuelta en llamas. El que todo su interior fuese de madera ayudó a la combustión, haciendo que todo el sitio ardiese en tiempo récord.

Algunos decían que el fuego purificaba el alma y que era capaz de limpiarlo todo. Ciertamente no entendía como podía limpiarlo todo con aquel humo que generaba, pero bueno, tan solo me quedaba encomendarme y rogar que mi alma finalmente encuentre la paz que tanto necesitaba.

El camino de regreso transcurrió nuevamente musicalizado por *Virginio Aiello* y sus notas magistrales. La canción «*Van Gogh*» se me antojó perfecta para este momento de cierre. Aquellas notas eran capaces de apaciguar hasta el alma más perturbada, y vaya que la mía lo estaba.

Dejé que la melodía sonase en bucle, obrando sobre mí, bajando mis pulsaciones, llevándome a un mundo de calma y sosiego, de nostalgia, de tristeza, de búsquedas infructuosas, de melancolías desechas por el paso del tiempo, de olvido eterno.

Mi ser se hallaba completamente imbuido, ajeno a la realidad que transcurría dentro de aquel auto, sobre aquella carretera. Mis ojos estaban abiertos, pero mis pupilas solamente podían ver hacia un pasado que se había marchado inmisericordemente, hacia un sueño que murió repentinamente, hacia la felicidad que me había sabido acariciar y luego abofetear, hacia el amor desencontrado de un nuevo día perdido en un viejo almanaque, hacia todo aquello que pudo ser pero que sencillamente no fue.

Mientras mi mente paseaba por los oscuros recovecos de mi memoria, una pregunta surgió, una pregunta tan divinamente simple en su complejidad que me dejó sin respuesta.

¿Acaso existía la justicia? Porque de ser así, no entendía su razón de ser, su poder, su sentido, su ambigüedad.

Quizás «la justicia» fuese simplemente una quimera, cuya única finalidad sea brindar una luz de esperanza, un motivo por el cual seguir, una ilusión de que las cosas no son tan malas como creemos, que lo que nos ocurrió puede remediarse, que el mañana será mejor, y así, hacer que

nuestra existencia sea más tolerable.

FIN

Agradecimientos

Una nueva historia llega a su fin, dejando su correspondiente sabor agridulce. Si estás pasando un momento complicado, por lo que fuese, me gustaría decirte que cada cosa que nos ocurre nos deja una enseñanza y nos sirve para seguir evolucionando. Me gusta ver a la vida como un vuelo, en el que a veces ocurren turbulencias, algunas más cortas, otras más largas, pero lo importante es salir fortalecido de cada una y nunca perder el deseo de vivir.

Muchísimas gracias por leerme, por darle vida a Fausto y a Pulgoso, por brindarme esta invaluable oportunidad. De corazón, espero que hayas podido pasar un grato momento de lectura, y si así fuese, te agradecería infinitamente que me lo hicieses saber mediante una reseña. Me hace mucha ilusión saber tu opinión, además de que es muy valiosa para dar a conocer mis libros a nuevos lectores.

También quería agradecer a mi madre, la mujer que más amo en el mundo, quien como siempre digo, es mi faro de luz en este mundo. Gracias por siempre creer en mí y apoyarme incondicionalmente.

Así mismo, no puedo dejar de agradecer a Moni, quien siempre me brinda su apoyo y su aliento, mostrándose ansiosa por una nueva obra (Gracias. Sabes que te quiero mucho).

Ahora sí, sin más que agregar, me despido hasta otra historia, que seguramente será muy pronto.

Vive, ama, sé feliz, y disfruta cada momento junto a tus seres amados.



Norman Fairbanks, seudónimo de Daniel Storino, nacido en La Plata en marzo de 1989, donde actualmente vive, es un escritor de novelas suspense y de thrillers psicológicos. Además de la escritura, es un apasionado por la nutrición y por ayudar a las personas a lograr sus objetivos de salud. Amante de los animales y la naturaleza en general, como así también de la filosofía y de todo arte que invite a la reflexión.

Hasta la fecha cuenta con catorce obras publicadas, entre las cuales destacan, «El Internado de las Almas Perdidas», «¿Y si el asesino está entre nosotros?» y «Durante la noche».